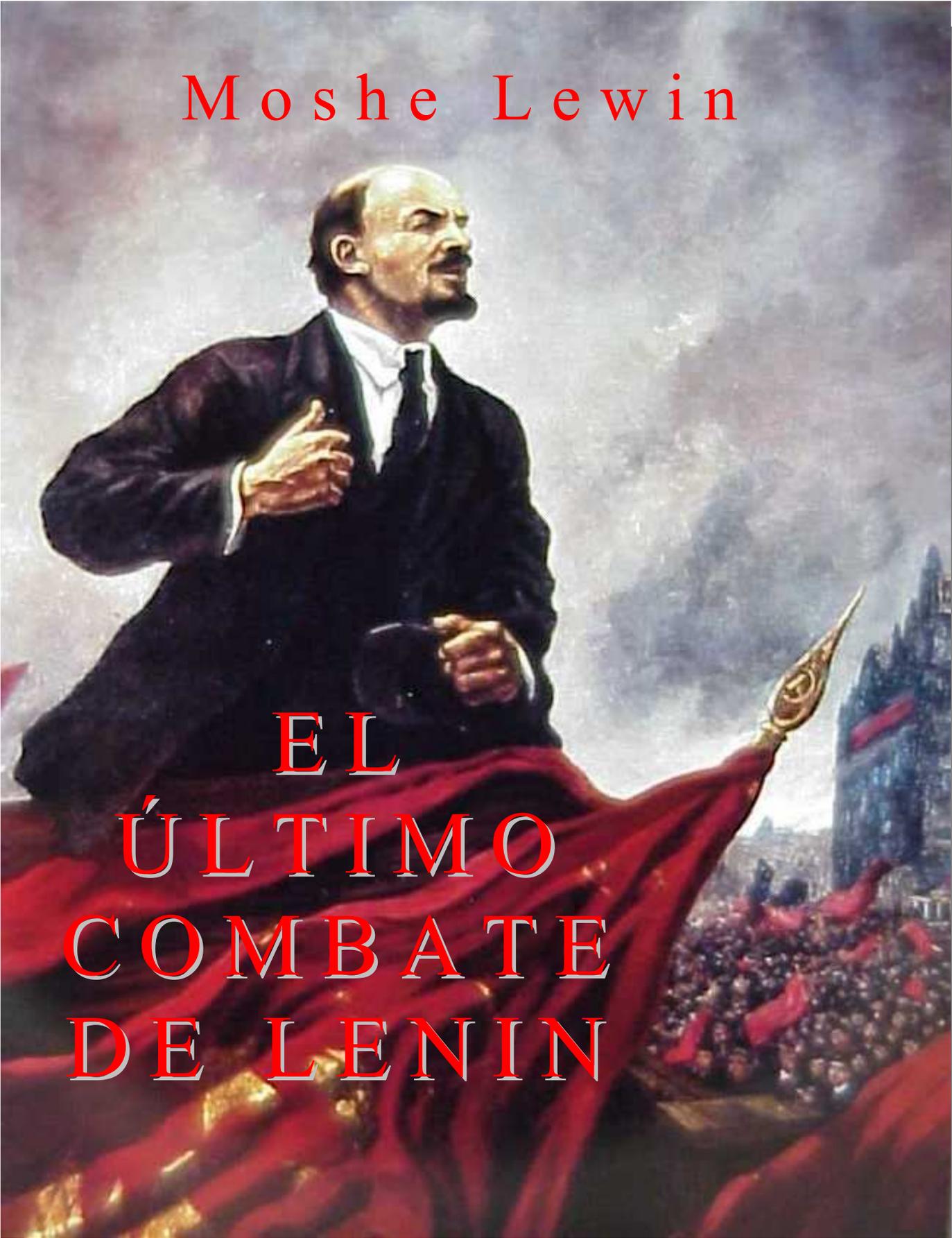


Moshe Lewin



EL
ÚLTIMO
COMBATE
DE LENIN

Moshé Lewin

El último combate de Lenin

Editorial Lumen



Título original: *Le dernier combat de Lénine*

Traducción:

ESTEBAN BUSQUETS

© de la edición original: Les Editions de Minuit, 1967

© de la edición en lengua española:

Editorial Lumen, Barcelona, 1970

Impresión: GRAFOS, S. A. ARTE SOBRE PAPEL

Paseo Carlos I, 157 - Barcelona-13

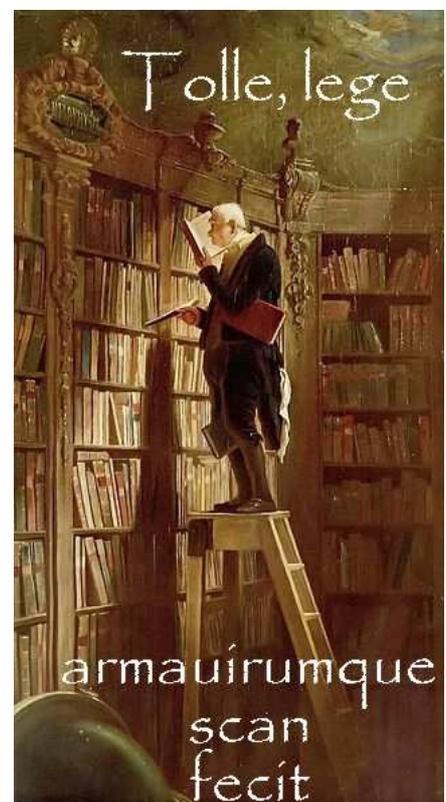
Depósito Legal: B. 4142-1970

Printed in Spain

EDITORIAL LUMEN,

AVENIDA DEL HOSPITAL MILITAR, 52

BARCELONA-6



ÍNDICE*

Prefacio	11
Capítulo 1	
Una dictadura en el vacío	20
Capítulo II	
La <i>Nep</i> , esta desconocida	40
Capítulo III	
El eclipse de Lenin	50
Capítulo IV	
Stalin, Trotsky y los georgianos	64
Capítulo V	
El enfermo y su guardián	88
Capítulo VI	
El “Testamento” de Lenin	100
Capítulo VII	
“El asunto clandestino”	115
Capítulo VIII	
Rusia entre Occidente y Oriente	130
Capítulo IX	
Para una reforma de las estructuras gubernamentales	144
Capítulo X	
Si Lenin hubiera vivido...	158
Anexos	175

* La numeración corresponde a la edición original [Nota del escaneador].

Lo peor que le puede acontecer al jefe de un partido extremista es verse obligado a ocupar el poder en un momento en que el movimiento todavía no está maduro para establecer el dominio de la clase que representa y para la aplicación de las medidas que este dominio requiere. [...] Se encuentra entonces, inevitablemente, ante un dilema insoluble: lo que puede hacer contradice toda su acción anterior, sus principios y los intereses inmediatos de su partido; lo que debe hacer es irrealizable. [...] Quienquiera que caiga en esta equívoca situación, está irremediabilmente perdido.

F. Engels, *La guerra de los campesinos en Alemania*

Habría que considerar irremisiblemente perdidos a aquellos comunistas que imaginaran que se puede consumir una empresa de alcance histórico mundial, como la de establecer las bases de una economía socialista (sobre todo en un país de pequeños campesinos), sin errores, sin retrocesos, sin recomenzar de nuevo múltiples veces tareas inacabadas o mal ejecutadas.

No están perdidos (y con mucha probabilidad no sucumbirán) los comunistas que no se dejen arrastrar por las ilusiones ni por el desánimo, y que conserven la fuerza y la flexibilidad necesaria para recomenzar desde cero y consagrarse a una tarea de las más difíciles.

Lenin, *Nota de un articulista*, finales de febrero, 1922

PREFACIO

Con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, han aparecido en la escena política internacional gran número de regímenes progresistas dictatoriales, cuyo único precedente lo constituye la Unión Soviética, que celebra ahora el cincuentenario de su creación. Estos cincuenta años de experiencias socialistas podrían ser, sin duda, muy provechosos para los nuevos Estados, si éstos se preocuparan de adquirir un conocimiento profundo sobre los mismos y meditaran respecto a los avatares de la primera dictadura proletaria: así, el fracaso de los “combinados agro-industriales”, creados en la U.R.S.S. en 1929-1930, ha prefigurado el de las comunas populares chinas, y Nikita Kruschev fue víctima de la misma megalomanía cuando en 1950 quiso implantar las “agrociudades”. En cuanto a las enseñanzas económicas y sociales, singularmente ricas, del período de la *Nep*, con excepción de algunos soviéticos, han sido sobre todo los especialistas anglosajones quienes las han tenido en cuenta, a pesar de que apenas podían sacar provecho de las mismas. Muchos otros períodos y otros elementos de la historia soviética permanecen sumergidos en una niebla más o menos densa, apenas disipada aquí y allá por los trabajos de algunos investigadores. Es poco probable que la élite gobernante de la Unión Soviética conozca la verdadera historia de su país —descontando las experiencias vividas por cada personalidad individual— ya que, a causa de un fenómeno singular, los países marxistas tratan su historia como un secreto de Estado. Los dirigentes parecen creer que el conocimiento de un pasado con frecuencia trágico es descorazonador para la construcción del futuro a los ojos de aquellos que deben construirlo; ahora bien, no cabe duda de que la ignorancia de la historia hipoteca toda prospectiva mucho más gravemente que su divulgación y su análisis. Mientras la historia sólo pueda alcanzar la divulgación a través de una sanción oficial, seguirá en la oscuridad, ya que es la disciplina científica que corre mayor riesgo de ser viciada por la estatización,

El estudio que aquí presentamos de Lenin y de su pensamiento al final de su vida no es, por descontado, totalmente nuevo: se han podido conocer ya muchas cosas al respecto gracias a las revelaciones de Trotsky en los años veinte y a través de las consecuencias del asunto del “testamento” de Lenin, provocadas por el XX congreso del P.C.U.S. Sin embargo, recientes publicaciones soviéticas nos han permitido reanudar este tema e intentar una reconstrucción a la vez más fiel y más detallada de las relaciones que se establecieron en las esferas supremas del poder en el momento de la enfermedad de Lenin. Confiarnos también en llevar algo más lejos el análisis del “testamento” de Lenin, es decir de su pensamiento político en el último período de su vida, y en proponer en algunas ocasiones una interpretación nueva del mismo.

Entre los documentos que constituyen nuestras fuentes, es preciso citar dos en primer lugar. Por una parte, la última edición hasta la fecha de las *Obras* de Lenin (5.^a edición), más completa que las precedentes y dotada de un importante aparato explicativo, y, por otra, el “Diario de las secretarías de Lenin”, notas de servicio tomadas entre el 21 de noviembre de 1922 y el 6 de marzo de 1923, publicadas por primera vez por una revista histórica soviética en 1963 y traducidas al francés en los *Cahiers du monde russe et soviétique*.¹ Estas notas son tan importantes por su contenido como singulares por su forma. Están presentadas en forma de un cuaderno con cuatro columnas: fecha, nombre de la secretaria de servicio, encargos recibidos, notas sobre su ejecución; en esta última columna también figuran observaciones relativas a los acontecimientos acaecidos en el transcurso

¹ *Voprosy Istorii*, 1963, núm. 2. El “Diario” también se reproduce en *Sotchinenija* (Obras) de Lenin, tomo 45, págs. 455-486; la traducción francesa en *Cahiers du monde russe et soviétique*, núm. VII-2, abril-junio de 1967. Nuestras referencias (*Sotch.*) corresponden siempre a la 5.^a edición.

de la jornada de trabajo en la oficina del presidente del *Sovnarkom*, del Consejo de Comisarios del Pueblo. Sus hechos y gestos, sus entrevistas, su correspondencia y sus palabras, son descritos a veces día a día, lo que nos ilustra sobre los métodos de trabajo de Lenin, pero no aporta al principio ninguna revelación notable. Sin embargo, no tardamos en advertir que Lenin trabaja con lentitud, que no acude con regularidad a su despacho, sino que a menudo prefiere llamar a una secretaria y dictar sin salir de sus aposentos privados. Lenin está ya minado por la enfermedad, sus médicos le obligan a cuidarse, a tomarse con frecuencia unos días de reposo en el campo, a faltar a algunas reuniones de trabajo, al Consejo de Comisarios o al Buró Político. El 13 de diciembre de 1922, el día siguiente a una importante entrevista con Dzerjinsky, Lenin sufre dos serios ataques y al fin debe someterse a las prescripciones imperativas de los médicos, aplazar sus tareas y guardar cama. A partir de este momento, el “Diario” se vuelve apasionante. Cuando Lenin llama a sus secretarias para hacerles un encargo o dictarles algo, éstas le observan con una sostenida atención, al acecho de sus palabras y de sus menores movimientos, que transcriben en el “Diario” en forma de breves anotaciones. Lenin está en cama, se encuentra en una pequeña habitación de su apartamento del Kremlin, la mano y la pierna derechas paralizadas, aislado casi por completo del mundo exterior y, en apariencia, alejado de toda actividad gubernamental. Las prescripciones de los médicos en este sentido son severas y están reforzadas por las prohibiciones formales del Buró Político.

Pero las notas del “Diario”, por lacónicas que sean, bastan para mostrarnos el combate intenso y apasionado que Lenin, paralizado y sin duda consciente de su cercano fin, libra, no sólo contra la decadencia física, sino también contra el aparato rector de su partido. Penosamente, traza un cuadro de conjunto de la situación del país, elabora un programa de acción y se esfuerza en imponerlo a sus colegas del Buró Político y del Comité Central. Este programa, que los miembros del Buró no le han pedido, comprende cambios importantes que alteran los métodos de gobierno, las personas y, en parte, los objetivos. La mayoría del Buró se muestra reticente.

Con la sola ayuda de algunas mujeres —Krupskaya, su esposa, Marija Ilinitchna, su hermana, y tres o cuatro secretarias, en especial Fotieva y Voloditcheva—, Lenin combatirá obstinadamente para obtener los dossiers que necesita. Interroga a los responsables, les propone líneas de acción; busca aliados, si es preciso se informa por medios indirectos de las ideas de tal o cual dirigente; prepara un enorme informe para el próximo congreso del Partido y publica artículos, ya que ha logrado obtener las autorizaciones necesarias, a veces de los médicos y a veces del propio Buró Político, para proseguir en parte sus actividades. Pero existen razones para que desarrolle clandestinamente otra parte de su actuación. En efecto, con la ayuda de sus íntimos, este gran enfermo, inquieto por la suerte de su obra, trama un verdadero complot. El corazón de la “conspiración” —la expresión es del propio Lenin— está formado por una comisión privada que él ha constituido secretamente para investigar los acontecimientos sobrevenidos en Georgia, en los que han sido implicados altos dignatarios del Partido. Las circunstancias de este asunto, que el “Diario” permite reconstruir con detalle, revelan o confirman cuáles eran las relaciones personales y políticas de los tres dirigentes: Lenin, Trotsky y Stalin. Las mismas notas nos permiten medir la amplitud del esfuerzo físico e intelectual de un hombre gravemente enfermo, nos hacen sentir su presencia y la intensidad de sus emociones, la influencia de su personalidad, nos hacen ver el encanto de sus risas estrepitosas.

Pero el estrecho marco de la pequeña historia queda ampliamente rebasado. Los historiadores hablan fácilmente de una “crisis intelectual” que Lenin habría vivido en el curso de estos días, de un “golpe de Estado” que habría preparado, de una rebeldía contra los resultados a que debía llevar su propia obra, de la tragedia, en fin, de un gran revolucionario que cree ver desvanecerse ante sus ojos su ideal de liberación y de emancipación de las masas, que tiene la impresión de perder toda influencia sobre los acontecimientos a causa de la desgraciada coincidencia de un accidente en su vida física y de implacables realidades políticas. Al proseguir el estudio de los acontecimientos, tendremos que examinar estas afirmaciones.

Por otra parte, la situación en que se encuentra el régimen soviético en el momento de la enfermedad de Lenin, los problemas a que éste debe enfrentarse en el transcurso de los últimos meses de su vida, siguen siendo de gran actualidad. Al abordarlos, descubriremos que nuestro

estudio tiene un alcance muy distinto al de una contribución biográfica. Lenin quiere dar al régimen, a cuyo advenimiento ha contribuido, un marco socioeconómico adecuado e inventar unos métodos de gestión adecuados a la vez a este marco y a los objetivos finales de la revolución: el resultado será la *Nep*, la Nueva Política Económica. Intenta imprimir a la máquina dictatorial un estilo determinado, darle un nuevo vigor y una nueva eficacia. Su comportamiento plantea el problema de los deberes y las responsabilidades que incumben a los dirigentes de una dictadura que se quiere socialista. Estas tres cuestiones clave se encuentran siempre en los primeros pasos de un régimen afín al arquetipo soviético, y cada vez que una dictadura se asigna la misión de desarrollar un país atrasado.

La primera cuestión, tal como se plantea a Lenin, es la del equilibrio difícil de establecer entre las fuerzas económicas espontáneas, necesarias para el primer impulso, a saber el campesinado de las granjas privadas, los artesanos, los hombres de negocios, y, por otra parte, el sector estatal centralizado y más o menos planificado, que debe asegurar al conjunto de la economía una dirección general determinada. Ya bajo la *Nep* existe el dilema del “mercado” y del “plan”. A pesar de la desaparición del campesinado privado y de las clases medias de tipo capitalista, todavía hoy ocupa un primer plano en las preocupaciones de los dirigentes soviéticos, que descubren que ambas nociones no son en absoluto excluyentes una respecto a la otra, sino que se completan si se saben poner en marcha simultáneamente de forma armoniosa.

La segunda cuestión, la del funcionamiento del Estado dictatorial, nos llevará más tiempo. Al principio, la dictadura se organiza para llevar a cabo su misión de desarrollo del país y establecimiento de una mayor justicia social, principios en nombre de los cuales se ha realizado la revolución. Pero el Estado dictatorial muestra tendencia a cristalizar en un organismo que tiene sus leyes e intereses propios, corre el riesgo de sufrir sorprendentes distorsiones en relación a los objetivos iniciales, escapar de las manos de sus fundadores y contrariar, al menos durante largo tiempo, las esperanzas de las masas. El instrumento se convierte entonces en un fin en sí, Un sistema coercitivo instituido para promover la libertad, puede, en lugar de asegurar a las fuerzas sociales exteriores al aparato estatal una creciente participación en el poder, convertirse en una máquina de opresión. Todo Estado que intenta ejecutar eficazmente tareas difíciles y a menudo penosas para la masa, pasa a constituir inevitablemente un estrato privilegiado de cuadros que gozan de un cierto prestigio y de ventajas materiales y políticas. Estos privilegios, si no se controlan y se mantienen dentro de límites estrictos, función de las realidades sociales y económicas, se hacen rápidamente peligrosos y frenan el desarrollo.

Ahora bien, se corre el peligro de que los privilegios y los poderes corrompan a los hombres. Los dirigentes y los administradores del Estado surgido de una revolución, aun si pertenecen a la élite a menudo valerosa, idealista y austera que ha hecho esta revolución, se sienten tentados a anteponer los privilegios a la función que los justifica, especialmente si se encuentran perdidos en el seno de una masa de funcionarios nuevos que no poseen el nivel ni el valor de los fundadores. ¿Cuáles son los medios para preservar la integridad y evitar esta decadencia? La respuesta no es fácil. Todo lo que puede decirse es que el temple moral y la conciencia política de la élite, así como ciertas garantías institucionales, constituyen factores decisivos. En estas condiciones, es tanto más fructuoso meditar sobre la advertencia de Lenin aconsejando a los comunistas conservar “fuerza y flexibilidad”, estar preparados para “recomenzar desde cero”; se trata de no perder el espíritu crítico y de saber batirse para rehacer, llegado el caso, todo o mucho de lo que ha sido intentado.

No nos extenderemos de nuevo sobre estas implicaciones actuales a lo largo de la obra. Después de apuntarlas aquí, nos proponemos sólo proporcionar lo más objetivamente posible todas las piezas necesarias para emprender una reflexión sobre el tema.

CAPÍTULO I

UNA DICTADURA EN EL VACIO

La Revolución de Octubre no tenía, a los ojos de sus promotores, sentido ni porvenir si se desligaba de su función internacional como catalizador y detonador: esta primera chispa debía permitir el establecimiento de regímenes socialistas en países que, contrariamente a Rusia, dispusieran de una infraestructura económica y una base cultural adecuadas. Sin el cumplimiento de esta función, el régimen soviético no hubiera debido siquiera sobrevivir. Lenin lo había afirmado con frecuencia y persistió en esta idea incluso después de transcurrir varios años sin que aportaran una confirmación a su esperanza. En junio de 1921, declara: “La República Socialista puede subsistir dentro de un cerco capitalista, pero, con seguridad, no por largo tiempo”. En febrero de 1922, es igualmente categórico: “Siempre hemos proclamado y repetido esta verdad elemental del marxismo, que la victoria del socialismo exige el conjunto de esfuerzos de algunos países avanzados”.¹

Rusia, que había iniciado sola el camino revolucionario, se encontraba desde el comienzo bastante aislada, pero dos factores impedían concienciar esta situación: por una parte, las concepciones internacionalistas de los dirigentes, y, por la otra, la persistencia durante cierto tiempo de la agitación social en Europa. Incluso durante la guerra civil, cuando Rusia, para sobrevivir, tuvo que hacer frente a una especie de internacional capitalista, los jefes soviéticos no se habían percatado de la soledad del país. Sólo hacia el final de la guerra, las ilusiones de los menos teóricos y de los menos internacionalistas empezaron a esfumarse. Al fin, todos tuvieron que rendirse a la evidencia. Lenin, en el último discurso público de su carrera, declara:

“Estamos solos: esto es lo que nos hemos dicho a nosotros mismos.

Estáis solos: casi todos los Estados capitalistas nos lo han repetido a cuenta de no importa qué asunto tratado con ellos.

*Es ahí donde reside la dificultad esencial, es preciso darse cuenta de ello.”*²

Pero el hecho de esta soledad de consecuencias incalculables para un largo período de tiempo, debía llevar también a registrar algunas consecuencias imprevistas, derivadas de ella, y a revisar determinados principios. La dictadura del proletariado, sistema de gobierno de la primera revolución victoriosa, debía, según la interpretación más usual de la teoría marxista, establecerse en un país de población en su mayoría obrera, y en este caso la dictadura del proletariado se ejercía sólo sobre una minoría negligible. Nada de esto era realizable en Rusia, pero en realidad los bolcheviques se sentían menos incómodos al constatarlo que los mencheviques; los primeros aceptaban una interpretación de Marx según la cual se admitía la posible consecución de un triunfo socialista en la Alemania atrasada de los años de 1850, gracias a “una revolución proletaria apoyada por una guerra campesina”. Había tanto menos motivo de inquietarse por la infraestructura rusa, dado que la revolución, más fácil de desencadenar en tales condiciones, se extendería de inmediato a otros países y cedería la dirección del movimiento a otros partidos hermanos más dignos de asumirla.

Pero si la segunda proposición resultó ser falsa, la primera se reveló asimismo en consecuencia bajo una nueva luz. Es incontestable que los obreros jugaron un papel de primer orden en la conquista del poder por parte de los bolcheviques. En el transcurso de la guerra civil, siguieron

¹ *Sotch.*, t. 44. págs. 9 y 418.

² Discurso del 20 de noviembre de 1922 *Sotch.*, t. 45, pág. 304.

proporcionando los cuadros más abnegados y adictos, tanto al ejército como a la administración soviéticos. Pero esta guerra, mortífera y devastadora, ocasionó un paro en la producción de numerosas fábricas, o incluso su destrucción; cobró un pesado tributo de hombres entre los obreros, combatientes de vanguardia en todos los frentes, y provocó asimismo su dispersión por los campos en busca de medios de subsistencia. Al mismo tiempo, los elementos más entregados y mejor dotados son movilizados por los servicios gubernamentales, locales y centrales. Las funciones gubernamentales merman las filas de la clase obrera, especialmente en los sectores donde se había reclutado su vanguardia: metalúrgicos, ferroviarios o mineros. La utilización de los obreros en el aparato administrativo fue quizá la carga más pesada para el proletariado ruso, cuyo número no abarcaba más de tres millones de obreros industriales. El propio Lenin lo constata: “Las fuerzas del proletariado han sido sobre todo agotadas por la creación del aparato administrativo”,³ y añade que el proletariado ha perdido conciencia de clase, es decir se ha desviado del camino de la clase que constituye. Ya fueran los obreros muertos en combate, integrados en el aparato administrativo o desmoralizados por la penuria y el tráfico de mercado negro emprendido para no perecer,⁴ el resultado fue en cualquier caso trágico. La revolución, presentada como la conquista del poder por la clase obrera, y que en efecto lo había sido en gran medida, encontró un resultado diferente al término de la guerra civil, porque la misma revolución había matado a sus pioneros en la tarea. Dos años después de Octubre, los soviets habían perdido el ejercicio directo del poder. En marzo de 1919, Lenin constatará con profundo enojo, pero con la mayor franqueza, que debido al nivel deplorable de la instrucción y de la educación de las masas “los soviets, que eran por naturaleza unos órganos de gobierno *por los trabajadores*, no son en realidad más que órganos de gobierno para los trabajadores, gobierno ejercido por el estrato más avanzado del proletariado, pero no por las masas obreras”.⁵

Desde el momento en que se admitió el hecho de la debilitación del proletariado, la dictadura perdió fatalmente uno tras otro los caracteres que se le habían atribuido. Deja de considerarse que el poder revolucionario se apoya sobre toda la clase obrera, ni siquiera sobre una gran mayoría de ella. Pero, en realidad, la dictadura no debe contar sólo con una delgada capa de obreros avanzados, o no se sostendría mucho tiempo; el Partido, en el que los obreros sólo constituyen una importante minoría, sustituye al proletariado, es a la vez el brazo y la espada del poder revolucionario. “La burguesía —dirá Lenin— comprende bien que en realidad «las fuerzas de la clase obrera» están formadas en la actualidad por la potente vanguardia de esta clase: el partido comunista ruso,”⁶ Por otra parte, escribirá también que el Partido es la más sólida raíz de la dictadura, lo que constituye un fenómeno aberrante con respecto a la teoría marxista. Bien organizados, guiados y encuadrados, las células y los grupos locales proporcionaban a la vez jefes y ejecutores para la lucha que se libraba en todos los frentes, para todas las tareas administrativas y económicas.

Un historiador norteamericano, que difícilmente puede suponerse simpatizante con el comunismo, dice: “Los Blancos tenían que enfrentarse a un enemigo que, ciertamente, tenía que afrontar deserciones, casos de corrupción y desobediencia, pero que en el partido comunista disponía todavía a través de todo el país de una masa de hombres adiestrados y disciplinados”.⁷ ¿No constituye esto un homenaje al poderoso instrumento forjado por Lenin y que quizás ahora tornaba un sesgo que él no había previsto? El Partido detentaba el poder real y soportaba su carga. En efecto, se había hecho evidente desde los primeros meses de la revolución, e incluso antes de las destrucciones causadas por la guerra civil, que la sola clase obrera no era capaz de gobernar ni siquiera de dirigir las fábricas donde trabajaba. Los comités de empresa, los consejos obreros, el control obrero, creaciones espontáneas y auténticas realizadas con el ímpetu revolucionario que siguió a la toma del poder y debidas a un impulso libertario de inspiración anarco-sindicalista, se encontraban plenamente legitimadas por *El Estado y la Revolución* de Lenin, pero sólo condujeron

³ *Ibid.*, pág. 106.

⁴ *Ibid.*, págs. 103 y 106.

⁵ *Sotch.*, t. 38, pág. 170.

⁶ *Sotch.*, t. 39, pág. 412 y t. 44, pág. 106.

⁷ DONALD TREATGOLD, *Twentieth Century Russia*, Chicago, Rand McNally & Co., 1959, pág. 181.

a desórdenes y a una ineficacia susceptibles de paralizar el aparato de producción del país. Hubo que cerrar el camino a esta orientación y emprender uno nuevo; muchos han visto en ello una traición a los ideales socialistas, pero Lenin mantuvo sus exigencias con la mayor energía: exigencias de disciplina garantizadas por el reinado de los directores (*edinonatchalia*) y la preponderancia de las administraciones. Antes de la hecatombe de obreros causada por la guerra civil, existe ya una ancha brecha abierta entre la teoría y la práctica de la dictadura del proletariado. Brecha a la que seguirían otras.

Hemos visto en una de las citas que Lenin escribía entre comillas las palabras: “las fuerzas de la clase obrera”. La vanguardia partisana ya no tenía tras ella el grueso de sus tropas; su base social estuvo en lo sucesivo entre comillas. Los cerebros más lúcidos del Partido se daban cuenta de que él mismo estaba en cierto modo suspendido en el vacío, pero creer que esta situación pudiera prolongarse por mucho tiempo era otra quimera de teóricos. El vacío social en cuestión iba a rellenarse muy pronto con fuerzas distintas de las que inicialmente se habían previsto.

Las administraciones industriales empiezan a afirmarse —aunque la industria sea todavía débil—, pero al lado de ellas se encuentra en los servicios locales y centrales una enorme masa de funcionarios que son, según Lenin, antiguos burócratas zaristas y que ocupan un lugar cada vez más importante en la vida política. El régimen no podía prescindir de una máquina gubernamental de este tipo, pero, y siempre según la opinión de Lenin, esta maquinaria no es soviética, constituye una vergonzosa anomalía. Estos funcionarios zaristas —el término ruso *tchinovniki* indica muy bien su carácter— habían boicoteado el nuevo régimen al principio, y después se habían dejado convencer. “Regresaron y ésta fue nuestra desgracia”,⁸ dijo Lenin. No sabemos qué hubiera sucedido si no hubieran vuelto, pero he ahí lo que pasó: “Tenemos en la cúspide del poder, no sabemos exactamente cuántos, pero como mínimo unos miles, y como máximo unas decenas de millares de los nuestros. Sin embargo, en la base de la jerarquía, centenares de miles de antiguos funcionarios que hemos heredado del zar y de la sociedad burguesa, trabajan, en parte a sabiendas, en parte inconscientemente, contra nosotros”.⁹ Ante esta red apenas marcada por la influencia soviética, Lenin queda perplejo y desarmado. Por otra parte, su análisis no es totalmente exacto, ya que esta máquina se ha convertido, contra la voluntad de los funcionarios en cuestión, en un auténtico sostén social del poder; ejecuta mal que bien las tareas que le son asignadas por éste y a pesar de todo está ligada a él por el hecho de que, aunque parcialmente, está constituida por elementos adictos al nuevo régimen en una proporción más importante que la que dice Lenin. Escuchemos a este respecto otro valioso testimonio, el de Trotsky: “La desmovilización de un Ejército Rojo de cinco millones de hombres iba a jugar un papel considerable en la formación de la burocracia soviética. Los graduados victoriosos ocuparon los puestos importantes en los soviets locales, en la producción, en las escuelas, para llevar a todas partes, obstinadamente, el régimen que les había hecho ganar la guerra civil. Las masas fueron eliminadas paulatinamente por todas partes de la participación efectiva en el poder”.¹⁰ El lugar ocupado por estos combatientes responsables ha sido mucho más considerable de lo que haría creer la cifra propuesta por Lenin de algunas decenas de millares de comunistas en la cumbre de la jerarquía administrativa, puesto que éstos se mezclaron en todos los niveles a la masa de los *tchinovniki*.

En realidad, Lenin se siente profundamente inquieto y descontento ante la forma en que ejerce el poder y cumple las tareas cotidianas el conjunto de las administraciones, sea cual fuere su composición. No cesa de criticar a los héroes de la guerra civil que se muestran incapaces de cumplir las tareas del tiempo de paz; es el único que puede hacerlo impunemente. En el propio Moscú, donde se han reunido algunos millares de los mejores cuadros comunistas, Lenin descubre y fustiga la rutina y la incuria.¹¹ Los comunistas se dejan asfixiar por una masa extraña y no son ellos quienes deciden efectivamente la marcha de los asuntos:

⁸ *Sotch.*, t. 45, pág. 290.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ TROTSKY. *La Révolution trahie*, en *De la Révolution*, París, Ed. de Minuit, 1963, pág. 501.

¹¹ Véase *O prodnaloge*, *Sotch.*, t. 43, pág. 234.

“¿Qué es lo que falta entonces? Está muy claro, lo que falta a los dirigentes comunistas es la cultura. Consideremos el caso de Moscú: cuatro mil setecientos comunistas responsables y una masa enorme de burócratas. ¿Quién dirige y quién es dirigido? Dudo mucho que pueda decirse que los comunistas dirigen, creo que puede decirse que son dirigidos.”¹²

Todos los fenómenos que acabamos de revisar ejercen una profunda influencia en los mecanismos del poder: prácticamente, el Partido lo ejerce solo en lo sucesivo, y escapa a un control preponderante de cualquier fuerza social. Mientras la clase obrera se debilita, el Partido acrecienta su poder. Figuran obreros entre sus nuevos miembros, por descontado, pero también un número considerable de campesinos, y sobre todo de intelectuales y de funcionarios procedentes a veces de otros horizontes políticos. Se aflojan los lazos con la ideología de los fundadores; incluso pueden faltar totalmente cuando son vulgares arribistas atraídos por los privilegios de un partido en el poder los que se afilian a él. En el transcurso de unos años, el nivel político y cultural del Partido en su conjunto debió bajar considerablemente: “La inmensa mayoría de los miembros del Partido no están lo bastante educados políticamente para que se tenga una dirección efectivamente proletaria en un momento tan difícil, sobre todo si se tiene en cuenta el enorme predominio numérico del campesinado en el país, que despierta con rapidez a una política de clase independiente”.¹³

A decir verdad, aun en el caso de que hubiera una mayoría de obreros en el Partido, esto no cambiaría nada, serían a pesar de todo incapaces de poner freno a su propensión a degenerar en pequeños burgueses. Lenin lo sabe,¹⁴ y el motivo de sus peores temores es la posible asfixia bajo el océano de la pequeña burguesía, tan poderosa en Rusia. Por el contrario, se muestra mucho menos consciente de otro peligro que aparece en el horizonte en una dirección totalmente distinta.

El Partido, al tener que imperar sobre los obreros que han permanecido fuera de su organización, tiende a adoptar la misma actitud hacia los obreros que se han unido a sus filas; y esta dominación se ejercerá con mayor razón sobre los miembros de otras clases sociales que han podido ser admitidos. La mayoría de obreros, incluso aquellos que trabajan en la gran industria y que en teoría deberían ser por tanto los más sólidos pilares del poder, son demasiado incultos para poder participar de forma efectiva en la elaboración de la política y en el ejercicio de la función gubernamental. Al decir esto, queremos referirnos a los obreros en cuanto a grupo, ya que, individualmente, llegaban a los puestos más altos del Partido, que había permanecido fiel a la doctrina en este terreno y extraía sus cuadros de las filas de la clase obrera, a veces hasta agotar la fuente. Era la misma élite interna la única que podía asumir a la vez con éxito la dirección de los asuntos y la educación de los miembros del Partido, ya fueran obreros o procedieran de otras clases sociales.

La dictadura del proletariado, que la presión de las circunstancias había transformado en dictadura de una minoría socialmente diversa, se convirtió pronto en una dictadura del Partido. Pero, en este sentido, la contracción del núcleo dirigente todavía no ha terminado. En el mes de marzo de 1922, Lenin, en una carta a los miembros del Comité Central, debe rendirse ante una nueva evidencia: “Hay que reconocer que la política proletaria del Partido no es determinada en la actualidad por sus efectivos, sino por la autoridad inmensa y no compartida de esta capa delgadísima que puede denominarse la vieja guardia del Partido”.¹⁵ Sin embargo, el proceso todavía no ha terminado. Sigue actuando la singular dinámica que lleva a una concentración cada vez mayor del poder en un número de manos cada vez más restringido. Se diría que sobre el régimen soviético pesa una fatalidad, pero es más justo ver en un conjunto de circunstancias particularmente duras el origen de esta evolución. La guerra civil ha tenido sobre este régimen una influencia más decisiva y duradera de lo que se cree generalmente. Apenas instaurado y todavía muy poco firme en su organización y sus métodos, se vio sometido a un terrible esfuerzo y tuvo que volcar todas sus fuerzas hacia un solo objetivo: vencer para sobrevivir. Quisiéramos insistir sobre el punto de que en la época que comentamos el régimen salía de la guerra civil y había sido tan moldeado por ella

¹² *Sotch.*, t. 45, pág. 95.

¹³ *Ibíd.*, pág. 19.

¹⁴ *Ibíd.*, págs. 18, 19.

¹⁵ *Ibíd.*, pág. 20.

como por las doctrinas del Partido, o por la doctrina sobre el Partido, en la que muchos historiadores ven el “pecado original” de Lenin.

Ante los ejércitos “blancos”, numerosos, bien equipados y apoyados por varios países occidentales, se imponía en forma imperiosa un centralismo y un absolutismo estrictos. No obstante, en el curso de este período, la discusión en el seno del Partido no se detuvo; estuvo sólo limitada por la solidaridad contra el enemigo. La interdicción de fracciones y la ilegalidad de todo debate que tocara demasiado a fondo los problemas, no hicieron su aparición hasta finalizada la guerra. El carácter constantemente alarmante de la situación, la persistencia del estado de emergencia, exigían una movilización constante de los cuadros y su transferencia de un frente a otro, o de una tarea militar a otra económica y viceversa. Ningún procedimiento democrático hubiera permitido estas soluciones. Sólo las hacían posibles los procedimientos autoritarios: órdenes, nombramientos, desplazamientos de oficio. Estos métodos, absolutamente imprevistos por la teoría o por los estatutos, pero practicados durante tres años, se convirtieron en una realidad de la vida del Partido. Nombrar desde arriba un secretario de una organización del Partido pasó a ser cosa natural; las organizaciones locales que necesitaban personal se dirigían a veces ellas mismas a la jerarquía y pedían que se les enviaran jefes; por otra parte, ya se designaban mediante nombramiento todos los puestos importantes de la vida nacional ajenos al Partido. Con el retorno de la paz, estas costumbres no se perdieron, y siguió funcionando una oficina especial (*utchraspred*) afecta al Comité Central, que distribuía los cuadros según las necesidades. El procedimiento era eficaz pero iba a provocar numerosas protestas, ya que resultaba facilísimo para el secretariado del Comité Central cambiar de un puesto a otro, menos importante o más alejado, a cualquier persona políticamente molesta, opuesta a una determinada línea o a uno de los jefes. Las protestas que surgieron con la implantación de la *Nep* contra este procedimiento, juzgado antidemocrático y contrario al principio electivo consagrado por los estatutos del Partido, fueron poco eficaces. Para poner fin a esta política que, en el interior del Partido, otorgaba un enorme poder al *Orgbjuro*, el Buró de Organización, era necesario proceder a una reorganización de arriba abajo del sistema de dirección, a una modificación casi revolucionaria.¹⁶ Ahora bien, la implantación de la *Nep*, en plena hambre, con la rebelión de Kronstradt y el espectro de un levantamiento campesino generalizado, no era todavía el momento adecuado para el aflojamiento de los controles. Hacia marzo-abril de 1921, la situación parecía todavía más grave que antes y Lenin, deseoso de evitar la parálisis del Partido, única fuerza de que disponía, prohibió las fracciones y reservó al Comité Central el derecho de excluir del Partido a los miembros acusados de fraccionarismo. Movimiento impaciente ante la urgencia, decisión temporal,¹⁷ o bien fruto de un error de cálculo y de falta de clarividencia, en cualquier caso esta medida iba a gravitar pesadamente sobre el futuro del Partido y del país. Iba a reforzar todavía más el Buró Político, su secretariado y su *Orgbjuro*. La propia posición del Comité Central se debilitó. Crecía la tendencia de pasar todos los asuntos por el Buró Político; los altos funcionarios, incluidos también los comisarios del pueblo, llevaban ante la instancia suprema todos los asuntos que se sentían demasiado timoratos para resolver por sí mismos, y Lenin se lamenta amargamente de ello en el XI congreso del Partido.

Esta situación se disimula, al menos en parte, con la presencia de Lenin en el *Sovnarkom.*, en tanto éste puede mantenerse en su puesto, y el Buró Político se dedica ante todo a la elaboración de las grandes líneas de la política nacional y a la resolución de problemas de principio. No obstante, el propio Lenin discutía en el Buró Político problemas corrientes que habrían debido depender de la actividad del *Sovnarkom* y, cuando cae gravemente enfermo, el Buró Político se convierte en la institución clave del país. El secretariado que dirige el trabajo administrativo y de ejecución por cuenta del Buró y del Comité Central sigue siendo en apariencia un engranaje secundario pero, con las nuevas prácticas aparecidas en el Partido, no es difícil ver qué formidable poder puede adquirir

¹⁶ Véase CARR, *Socialism in One Country*, 1924-1926, t. 2, Londres, Macmillan, 1959, cap. 19, especialmente págs. 201-204 sobre el sistema de nombramientos.

¹⁷ Véase CARR, *The Interregnum*, 1923-1924, Londres, Macmillan, 1954, anexo. TROTSKY, *op. cit.*, pág. 506: “La interdicción de las fracciones estaba concebida, repetimos, como una medida excepcional destinada a caer en desuso en cuanto mejorara la situación.”

su jefe.

En abril de 1922, Stalin es nombrado secretario general, *genssek*, en el lenguaje del Partido. En este momento, sigue siendo comisario para las nacionalidades y, durante algún tiempo, comisario para la Inspección Obrera y Campesina, cúmulo impresionante de poderes y competencias que, en aquel entonces, sólo el prudente Preobrajensky denunció con energía. A partir de este momento, ya no está muy lejos la materialización de la situación que Trotsky, al criticar el punto de vista de Lenin sobre la organización del Partido, había previsto en 1903-1904: “La organización del Partido ocupará el puesto del propio Partido; el Comité Central ocupará el puesto de la organización; y, finalmente, el dictador ocupará la del Comité Central...”¹⁸ El único error de Trotsky fue considerar el centralismo de Lenin como un “egocentrismo”: las concepciones de Lenin no ocultaban ninguna sed de poder personal y, en definitiva, la máquina política que Lenin y Trotsky contribuyeron a construir se revolvió contra ellos.

A fin de comprender mejor el pensamiento político de Lenin durante los últimos meses de su vida, no es inútil insistir en otro aspecto del fenómeno de concentración del poder. Los bolcheviques creían sinceramente en la doctrina de la dictadura del proletariado. La sustitución del proletariado por el Partido, puro estado de hecho al principio, tuvo que ser introducida, no sin ambigüedad, en la doctrina; se consideró como un fenómeno transitorio, en espera del reagrupamiento de los obreros de las grandes fábricas y del incremento de las industrias por medio de las futuras realizaciones. En realidad, empezó en las fábricas el reinado de las administraciones, y la instalación de la burocracia en todo el país. Lenin explicaba esta situación por la carencia de bases económicas adecuadas. Este estado de hecho no era muy molesto en tanto subsistieran perspectivas revolucionarias en Europa; pero, ala larga, este hándicap iba a resultar trágico. Lenin decía que, aunque Rusia poseía el régimen político más avanzado del mundo, no había logrado construir todavía ni siquiera las bases de una economía nacional; la ausencia de las bases del socialismo, tal como se constataba, significaba casi que nada había sido logrado definitivamente: “Las fuerzas enemigas del capitalismo moribundo todavía pueden recuperar el poder”.¹⁹ Así, los términos de la fórmula básica del materialismo histórico se encuentran invertidos por sus más fieles adeptos. Fallan trágicamente las bases socioeconómicas indispensables para la realización de los objetivos oficiales del poder. El nuevo poder se encuentra suspendido en una especie de “doble vacío”: la primera carencia es la del proletariado; la segunda, la de la infraestructura económica. El profesor Carr dijo que la dictadura del proletariado estaba *in posse* más bien que *in esse*.²⁰ Se está muy lejos de las concepciones optimistas, utópicas y simplistas expuestas en *El Estado y la Revolución* en 1917, donde todos los problemas parecían resueltos por anticipado con el ejemplo de la Comuna de París. Los militantes acostumbrados a deducir lo político de lo económico y lo social, descubren una situación desconcertante en la que una élite gobernante desprovista de base social encama una especie de “poder político puro” e impone su voluntad a una sociedad, cuya entera dinámica espontánea, bajo la *Nep*, tiende a fines opuestos a los del Partido.

Lenin y la doctrina leninista tuvieron que acomodarse a esta nueva situación. Dos elementos les prestaron su ayuda: la importancia del papel atribuido a la toma de conciencia, que no es espontánea, y una cierta concepción del Partido que le atribuye la tarea de despertar esta conciencia. El puesto central otorgado al Partido en la estrategia leninista y la interpretación más bien voluntarista que el leninismo da del marxismo no deben, sin embargo, llevar a imputarle, como lo hacen algunos, toda la responsabilidad de ciertos fenómenos, como la contracción progresiva del poder político descrita anteriormente, que, a fin de cuentas, debía culminar en una autocracia. El leninismo, por descontado, no es monolítico; la dictadura del Partido sobre el proletariado no entraba en los esquemas de Lenin, y constituyó el resultado final totalmente imprevisto de una serie de circunstancias igualmente imprevistas. A pesar de la aguda intuición de Trotsky, sería equivocado creer que la concentración de poder que llegó a su paroxismo con el régimen estaliniano

¹⁸ *Loc. cit.* BERTRAM D. VOLFE, *Lénine et Trotsky*, París, Calmann-Levy, 1951, pág. 142.

¹⁹ *Sotch.*, t. 44, pág. 148 y t. 45, pág. 109.

²⁰ CARR, *op. cit.*, t. 1, págs. 103-104.

sea el resultado de las ideas y escisiones de 1903-1904. Su origen está en la historia de otro período, en los acontecimientos postrevolucionarios y en la forma en que éstos desviaron la doctrina. Ni el “comunismo de guerra”, ni las nociones diametralmente opuestas que dieron lugar a la *Nep*, pueden remontarse a las preocupaciones y a las teorías prerrevolucionarias. Una vez conquistada la paz con la victoria interior, Lenin procuró dotar de bases seguras al poder político en todos los frentes: la adquisición de una infraestructura económica, la elevación del nivel cultural de los cuadros y del pueblo, que tenía que empezar por la alfabetización. Lenin sabía que, en la situación en que se encontraba su régimen, lo político se anteponía a lo económico, pero la idea de que tal preponderancia pudiera prolongarse en forma durable le intranquilizaba. No se resignaba a servirse durante largo tiempo de la palanca política que muchos en nuestra época consideran como la más potente y la más decisiva.²¹

Sobre este punto, otra decepción esperaba a los militantes al salir de las ilusiones del comunismo de guerra. La construcción de las bases que faltaban al edificio no iba a permitir un acceso directo al socialismo y, con más razón, al comunismo. Lenin calma a los impacientes repitiendo que es sólo un período de transición el que empieza, período para el cual él admite la prolongación de la política de la *Nep*. Y, sin embargo, Lenin ve perfectamente las terribles amenazas que a causa de ella se ciernen sobre el régimen: amenazas exteriores, inestabilidad interior (la del campesinado), pero asimismo el peligro que representa la tendencia a la degeneración de los propios comunistas bajo la presión de un medio corruptor. Ante el XI congreso del Partido, Lenin, prosiguiendo su idea de que los comunistas ya no dirigen el juego sino que, por el contrario, son dirigidos, declara:

“Ha sucedido algo parecido a lo que se nos enseñaba en las lecciones de historia de nuestra infancia: sucede que un pueblo subyuga a otro. El que ha subyugado es entonces un pueblo conquistador y el que ha sido subyugado es un pueblo vencido. Efectivamente, pero, ¿qué sucede con la cultura de estos dos pueblos? La respuesta no es tan sencilla. Si el pueblo conquistador es más culto que el pueblo vencido, le impone su cultura. Pero, en el caso contrario, el pueblo vencido puede imponer su cultura al conquistador. ¿No es esto lo que ha sucedido en la capital de la R.S.F.S.R., y cuatro mil setecientos comunistas (casi una división) de los mejores no han sido sometidos a una cultura extranjera? Es verdad que pudiera tenerse la impresión de que la cultura de los vencidos es de alto nivel. Error: es miserable e insignificante. Pero aun así es superior a la nuestra.”²²

Este texto muestra que Lenin tenía un sentido agudo de los peligros que acechaban a su régimen. Aun cuando los acontecimientos ulteriores de la historia hayan sido bastante diferentes a lo que él suponía, debe reconocerse que Lenin era un hombre que analizaba primero la situación y decía seguidamente sin ambages, al Partido y al país entero, la verdad de la situación tal como él la veía.

²¹ La primacía de la política sobre la economía en un sentido que seguramente difiere de la concepción marxista clásica fue expresada claramente por Lenin, en especial en *O nachej revoltsii, Sotch.*, t. 45, págs. 378-382, y en el texto que hemos reproducido en exergo. Véase también, CARR, *op. cit.*, págs. 130-131.

²² *Sotch.*, t. 45, págs. 95-96.

CAPÍTULO II

LA NEP, ESTÁ DESCONOCIDA

En las condiciones que hemos expuesto, los dirigentes del régimen soviético, debían, al final de la guerra civil, resolver una serie de problemas. ¿Cómo evitar un enfrentamiento con Occidente, a la espera de nuevas revoluciones en Europa o en Asia? ¿Cómo impedir la degeneración del poder, o mejor, como preservar la pureza ideológica y moral del Partido convertido en gobernante? ¿Cómo acabar con la plaga burocrática? No había respuesta a estos problemas, que comprendían múltiples incógnitas, pero las cosas se complicaron más todavía con la implantación de un sistema económico original e inesperado conocido bajo la denominación de “Nueva Política Económica”. Esta política se adoptó ante la imperiosa necesidad de poner remedio al marasmo en el que estaba sumergido el país y principalmente la agricultura. Al cabo de dos años de funcionamiento, demostró ser útil, pero, para los bolcheviques, era un auténtico pacto con el diablo.

Lenin explicó que se trataba, con el fin de salvar al país del desastre, de hacer las concesiones necesarias al campesinado para que éste reemprendiera la producción y alimentara al país. Y estas concesiones podían resumirse en la inyección de una dosis de capitalismo, “capitalismo que debemos y podemos admitir, y al que podemos y debemos asignar ciertos límites, ya que es necesario a la gran masa del campesinado y al comercio que permite satisfacer las necesidades de los campesinos. Hay que procurar que sea factible el curso regular de la economía y del circuito de intercambio capitalistas. Hay que hacerlo por el pueblo. Sin esto no podríamos vivir [...] Para ellos, para la facción campesina, sólo esto es absolutamente necesario; en lo demás, ellos pueden tomar partido”.¹ Lenin efectúa, por lo tanto, una operación que raramente se ha visto en la historia. Concede a los campesinos una fuerte dosis de capitalismo a cambio de “lo demás”, a saber, el poder político en manos de los bolcheviques, operación ventajosa, cierto, pero también peligrosa. Numerosos militantes temían que este remedio, aunque saludable para el paciente, resultara mortal para el médico. En el mundo entero menudearon los comentarios; los enemigos del régimen abrigaron la esperanza de que la *Nep*, que introducía de nuevo el capitalismo, anunciaba el fin del bolchevismo. Los componentes de todas las tendencias que existían en el interior del Partido habían aceptado al principio esta solución como la única posible, pero muchos no tardaron en ver en ella una verdadera traición, una alianza contra natura. El Partido estaba en todo caso inquieto, y no sin razón, ya que ahora se venían abajo las ilusiones suscitadas por el comunismo de guerra: era preciso restablecer el mercado campesino y el comercio privado, que no dejarían de penetrar en todos los sectores de la vida soviética y de ser un elemento de corrupción y de disolución, incluso para el Estado y para el Partido. En aquel entonces se pudo haber pensado en dar la razón a Rosa Luxembourg: “La reforma agraria de Lenin ha creado en el campo una nueva y poderosa clase de enemigos para el socialismo, enemigos cuya resistencia puede ser mucho más peligrosa y obstinada de lo que fuera la de los grandes terratenientes aristócratas”.²

Se verá que Lenin, sin poner en discusión la reforma, dijo más o menos lo mismo de los campesinos. El campesinado ruso, poco interesado en las experiencias socialistas, iletrado en su mayoría, y, por añadidura, muy mal productor, constituía una masa de cien millones de personas en cuyo seno se incubaba constantemente cierto espíritu de rebelión, el de la *pugatchevchtchina* o sublevación popular, que a menudo había turbado la tranquilidad de los zares. La *Nep* tenía la ventaja de conceder la libertad de comercio, pero parecía aumentar aún los inconvenientes políticos de la división que había provocado la reforma; no hacía otra cosa que ligar un poco más los

¹ *Sotch.*, págs. 35-86.

² ROSA LUXEMBOURG, *La Révolution russe*, París, Cahiers Spartacus, mayo de 1948, pág. 22

campesinos a la economía capitalista y separarlos de los principios colectivistas del Partido.

Pero había algo todavía peor. La *Nep* se encaminaba a reinstaurar la clase capitalista, hombres de negocios, comerciantes, industriales, nuevos o antiguos. Así, la revolución no sólo seguía decepcionando a los proletarios,³ sino que iba a proporcionar al campesinado un foco antibolchevique y los jefes necesarios a la rebelión en el caso de que cualquier conflicto con el Estado disgustara a los campesinos. Nadie dejaba de considerar el peligro que suponía ver al campesinado inclinarse del lado de los *neprnany*, o nueva burguesía, y de los cuadros burgueses tradicionales todavía hostiles al régimen, eventualmente ayudados por los países capitalistas extranjeros, que seguían gozando de una superioridad económica y militar aplastante. La *Nep* hacía pensar en una auténtica mina situada bajo el edificio todavía mal consolidado del nuevo régimen.⁴ Ya las haya admitido o refutado en público, Lenin no estaba menos abrumado que otros militantes por la perspectiva de estas amenazas. La *Nep* era una apuesta que no estaba ganada de antemano. Todos seguían preguntándose con Lenin: “*Kto kovo?*”, “¿Quién la ganará?”, y esta vez en el frente interior.

Durante este tiempo, con la esperanza de llegar al fin a una fase de construcción pacífica, los bolcheviques hacen un esfuerzo considerable. El período que va desde marzo de 1921, implantación de la *Nep*, hasta la aparición de las primeras luces esperanzadoras con la buena cosecha de 1922 y un cierto apaciguamiento del campesinado, fue aquel en que se buscó con mayor intensidad unos métodos de gestión y unos remedios a los fracasos registrados, pero fue igualmente un tiempo de gran confusión teórica entre los militantes. Muchos de los dogmas y conceptos anteriormente admitidos saltaron bajo la presión de los hechos. Era preciso replantearse la cuestión capital del propio carácter de la revolución de Octubre. Lenin no escapa a la confusión; la reconoce al mismo tiempo que es víctima de ella. En agosto de 1921 escribe que la revolución había sido democrático-burguesa entre noviembre de 1917 y el 5 de enero de 1918, y que entonces había comenzado la etapa socialista con la instauración de la democracia proletaria. Pero en el mismo texto se trasluce otra división en períodos, que se acerca a la adoptada en otoño de 1918. La etapa socialista habría sido alcanzada cuando el movimiento del comité de los indigentes o *kombedy* había llevado la lucha de clases al campo, contra los kulaks. Ahora bien, es útil recordar que los *kombedy* fueron suprimidos a fines del año 1918.⁵ Dos meses después del artículo citado, en octubre de 1921, aparece todavía una nueva división en períodos. La etapa democrático-burguesa de la revolución no habría terminado hasta 1921. Y algo más adelante, se encuentra una versión ligeramente distinta: la Revolución de Octubre había sido plenamente una revolución proletaria, pero habría cumplido “de paso” las tareas de una revolución democrático-burguesa.⁶ En realidad, estas incertidumbres no son tan sorprendentes como parecen; sólo los resultados a largo término de los acontecimientos de Octubre iban a permitir revelar su verdadero carácter. Otro punto: ¿cómo justificar teóricamente la *Nep*, qué definición estratégica podía darse? ¿Se trataba de una “retirada” en relación al período precedente —y, en tal caso, no se renunciaba a los objetivos ni a los métodos del comunismo de guerra, que se consideraban como muy prematuros—, o se había reemprendido, por el contrario, la línea más justa adoptada en la primavera de 1918? Y, desde este último punto de vista, el comunismo de guerra no era más que una política de circunstancias ampliamente errónea.⁷ Lenin no opta claramente por una u otra de estas dos ideas pero, en su último discurso, volverá a la de una “retirada”, de un retroceso para saltar mejor.⁸

Todo esto no proporcionaba una explicación suficiente de la *Nep*. Largo período de transición, la

³ Lenin confirmará públicamente en 1921 que hasta entonces habían sido los campesinos, y no los obreros —a quienes había correspondido la carga más pesada— los que se habían aprovechado más de la revolución. Véase *Sotch.*, t. 44, pág. 46. Esto iba a ser todavía más cierto un año después.

⁴ Véase capítulo 1, nota 20.

⁵ El texto de agosto de 1921 está reproducido en *Sotch.*, t. 44, págs. 101-102. Lenin declaró el 6 de noviembre de 1918 en el congreso de los Soviets: “La Revolución de Octubre de las ciudades no se ha convertido en una auténtica Revolución de Octubre para el campo hasta otoño de 1918”. *Sotch.*, t. 37, pág. 144.

⁶ *Sotch.*, t. 44, págs. 102, 145, 147.

⁷ Véase CARIZ, *The Bolshevik Revolution*, t. 2, págs. 273-278.

⁸ *Sotch.*, t. 45, pág. 310 y más adelante.

Nep debía ser necesariamente primero una retirada estratégica, después una reanudación de la marcha hacia delante. Lenin intentó poner un poco de orden en toda esta confusión enunciando la teoría del “capitalismo de Estado”, formulada en su folleto *Sobre el impuesto en especies*, en ocasión del lanzamiento de la *Nep*. Este concepto, utilizado ya después de la revolución de Febrero y asimismo a principios de 1918, se inspiraba en la experiencia de la economía alemana de guerra, fuertemente estatificada y estrictamente controlada. En el marco de la economía soviética existía, sin embargo, una diferencia sustancial: el Estado no era capitalista sino proletario, y ocupaba directamente importantes posiciones económicas.

Lenin empleó el término de “capitalismo de Estado” porque requería la colaboración del capitalismo ruso y sobre todo del gran capital extranjero; creía que Rusia tenía necesidad de un largo período de desarrollo capitalista para asimilar los métodos de organización, los conocimientos técnicos, y para adquirir los capitales y los medios intelectuales que el Estado obrero todavía no poseía. Este, evidentemente, debía mantenerse constantemente alerta e inventar los métodos de fiscalización y de control necesarios. Lenin esperaba, pues, construir el socialismo “con manos extranjeras”, creyendo que éstas no dejarían de apreciar el interés del tributo que podrían obtener en esta ocasión. Otra singularidad de esta teoría contribuyó a que otros responsables, y entre ellos Preobrajensky, Bukharin y Trotsky, la acogieran con críticas o reservas. Según Lenin, el principal enemigo del Estado ya no era en este momento el gran capital, sino el sector pequeño-burgués, anárquico, dividido, que desafiaba toda planificación y toda disciplina estatal. En sí mismo, el gran capital presentaba cualidades útiles al progreso, a saber, su capacidad de organizar en gran escala, su tendencia a planificar y su sentido de la disciplina. Esta era la razón de que el Estado obrero tuviera que pactar con él para combatir la influencia perniciosa de la pequeña burguesía vacilante. Lenin dijo: “El Estado proletario debe formar un bloque o alianza con el capitalismo de Estado contra la anarquía pequeño-burguesa”. Y, en un texto anterior del mismo año, cita una opinión expresada ya en 1918: “la anarquía pequeño-burguesa es entre nosotros el principal enemigo del socialismo”.⁹

Ahora bien, es preciso comprender que la pequeña burguesía en cuestión no es otra cosa que el campesinado. ¿En qué paraba, pues, el imperativo estratégico, considerado también fundamental, de una alianza con el campesinado, tal como la expresaban los slogans? En el curso de la historia, Stalin iba a resolver esta profunda contradicción con los métodos que le eran familiares. Lenin proponía otros, pero no los pudo aplicar por sí mismo.

En lo inmediato, la teoría ambigua del capitalismo de Estado iba a conocer una suerte curiosa. Fue concebida para llenar simultáneamente varias funciones: primero, disipar toda ilusión sobre el pretendido carácter socialista de la sociedad soviética, y, a continuación, formular en términos marxistas la naturaleza del período de transición por que pasaba Rusia y definir en qué forma el desarrollo de este período llevaría a Rusia al socialismo, cuyas condiciones previas no se habían reunido por el momento. La noción de capitalismo de Estado, considerada como la forma política y social más perfecta del capitalismo, y, por lo mismo, la que precedía directamente al socialismo, podría cumplir estas funciones de clarificación y de explicación, siempre que la teoría se verificara en las condiciones específicas de Rusia. Pero tuvo que abandonarse dos años después, rebatida por los hechos. Lenin, al no obtener la colaboración del gran capital, buscó la del campesinado. Volveremos sobre esta cuestión; baste constatar que, por el momento, la *Nep* se revelaba beneficiosa para la vida económica del país; parecía abrirse un período de edificación pacífica, aunque nadie supiera con exactitud cuánto tiempo podría durar. Lenin, sin pronunciarse firmemente, parecía admitir que, en las condiciones de un cerco capitalista, no sería “evidentemente por largo tiempo”.¹⁰

Para tener éxito en esta empresa, era preciso reorganizar, sobre todo en el plano concreto. En una situación así, totalmente nueva, faltaban las estructuras de referencia, la experiencia y toda base científica para la elaboración de los programas de acción. Primer mal a curar, el que se denunciaba

⁹ *Sotch.*, t. 44, pág. 108 y t. 43, pág. 206.

¹⁰ *Ibid.*, pág. 4. Véase pág. 21. Sin embargo, se muestra más optimista en otros pasajes.

con más frecuencia, el de la burocracia. Lenin confiesa: “No sabemos cómo actuar”.¹¹ Durante cierto tiempo creyó que la iniciativa partiría de provincias. Le parecía más fácil experimentar y aprender los procedimientos de una buena gestión en unidades administrativas limitadas, ya que “el mal de la democracia se concentra naturalmente en el corazón”. Pero, ante los hechos, Lenin cambió pronto de parecer y, sin dejar de denunciar a Moscú como la capital de las nefastas rutinas burocráticas, arremetió también contra las influencias locales, oscurantistas y corruptoras, y los ejemplos de liquidación de cuentas que facilitaban.¹² Era preciso por tanto acudir de nuevo a los obreros más avanzados, a la élite proletaria, o mejor, al Partido. Gracias al apoyo de que éste gozaba por parte de una fracción de los obreros y campesinos pobres, podría empezarse de nuevo sobre nuevas bases, aprovechando la neutralidad del conjunto del campesinado satisfecho con la *Nep*. Debía dotarse a la élite de nociones teóricas claras y de amplia jurisdicción gubernamental. En caso necesario, debía sobre todo poder emplear el terror a fin de “organizar la coacción en interés de los trabajadores”,¹³ según una antigua fórmula de 1917.

Por el momento, la primera arma de la élite, es decir un programa claro de acción, no existía. En su último discurso, Lenin se pregunta: “¿Cómo reorganizar?”, y responde: “Todavía no lo sabemos”. La otra arma, a la que se podía recurrir siempre, también debía ser adaptada a un período de reconstrucción pacífica y de economía de mercado. Lenin empieza a reorganizar la Checa y a disminuir sus prerrogativas. Quedaba entonces por resolver el problema más amplio: ¿Cómo preservar la pureza de la élite detentora de un poder absoluto? ¿Dónde buscar las garantías contra su eventual corruptibilidad?

¹¹ *Sotch.*, t. 43, pág. 234.

¹² *Sotch.*, t. 45, págs. 197-201.

¹³ Fórmula empleada el 21 de noviembre de 1917. *Sotch.*, t. 35, pág. 110.

CAPÍTULO III

EL ECLIPSE DE LENIN

La formidable máquina administrativa creada en el curso de la guerra civil fue un factor decisivo de la victoria bolchevique. Lenin, a pesar de dedicarle las críticas más amargas, no dejaba de constatar este éxito. Declara que la victoria en el curso de los años 1917-1921 sólo había sido alcanzada gracias a la creación del aparato bélico y estatal. Añade incluso que “constituyó una obra grande y excitante”.¹ Pero, en Rusia, la historia avanza aprisa y se pasa de una crisis a otra; un factor favorable se convierte rápidamente en una maldición y produce amargos frutos. Las consecuencias de la guerra se hicieron sentir también en el personal directivo del Partido. Pronto aparece un tipo específico de dirigentes, que ocupa en exclusiva los peldaños de la jerarquía. Tenían que saber ser rudos, tenían que ser buenos organizadores, tenían que mostrarse capaces de utilizar sin excesivos escrúpulos los enormes poderes que les confería la dictadura en tiempo de guerra, ya que lo que se les exigía era vencer a toda costa, y no se les exigía razonar o dudar.

El fin de la guerra no se sintió de inmediato como un aflojamiento de la tensión. La conciencia de que acababa de empezar una época nueva sólo aparecería en el curso de los dos años siguientes. La implantación de la *Nep* se presentó como una medida de urgencia para evitar la catástrofe. El funcionamiento de la máquina gubernamental iba a proseguir, pues, en forma natural durante algún tiempo tras la estela del pasado. El hecho de que la prohibición de las fracciones sobreviniera sólo después de la guerra civil, demuestra que la psicología seguía siendo la de una lucha por la existencia. Cierta número de hombres abandonan entonces el Secretariado del Comité Central. Entre ellos se encuentran los tres secretarios Krestinsky, Preobrajensky y Serebriakov, todos futuros opositoristas de izquierda y futuras víctimas de las purgas estalinianas. Y, en forma significativa, Kaganovitch, Uglanov, Jaroslavsky y Molotov llegan a los peldaños más altos. Todos ellos son futuros estalinistas; casi todos son de la “raza” de hombres de acción realistas y prácticos.²

La conmoción de la guerra civil no ha dejado al país, aparte del Partido, más que una sola estructura resistente y bien articulada: el aparato administrativo del Estado. En cualquier otro punto, es preciso reconstruir y reconsiderar. Pero la máquina administrativa y, ahora más que antes, la máquina del Partido prosiguen su camino hacia el endurecimiento dictatorial. Al principio, el proceso se desarrolla sin duda de acuerdo con los deseos de Lenin pero, cada vez más, aparecen tendencias, ora a sus espaldas, ora a su pesar, contra las que está mal pertrechado, ya que después de tres dolorosos años de guerra, de luchas, de trabajo y de inquietud, Lenin cae enfermo.

A finales del año 1921 se encuentra ya muy afectado por la enfermedad y se ve obligado a tomarse un descanso de varias semanas. En el curso del primer semestre del año siguiente, se reduce constantemente su capacidad de trabajo. Luego, de repente, el 25 de mayo de 1922, sobreviene una crisis catastrófica: parálisis de la mano y de la pierna derechas, y perturbación —o incluso pérdida— de la capacidad de hablar. La convalecencia es larga y penosa. “Comprendes, dirá más tarde Lenin a Trotsky, no podía hablar ni escribir, era preciso que aprendiera de nuevo.”³ Su robusta constitución le salva una vez más, pero no reanuda el trabajo hasta el 2 de octubre, y su salud no está del todo restablecida. Los síntomas de fatiga y de malestar que mostraba, sus frecuentes ausencias de las sesiones de trabajo y su última crisis no pasaron inadvertidos a los miembros del *Sovnarkom* y del Buró Político. En el círculo restringido de los dirigentes se había planteado ya sin duda el problema de la sucesión. La reaparición pública de Lenin constituyó para él una prueba.

¹ *Sotch.*, t. 44, pág. 106.

² Después de haber ayudado eficazmente a Stalin a combatir la oposición de izquierda, Uglanov se hará, sin embargo, bukhariniano en 1928.

³ TROTSKY, *Ma vie*, París, Livre de poche, 1966, pág. 547.

Alfred Rosmer, que le vio aparecer en la tribuna del IV Congreso de la Internacional, el 13 de noviembre de 1922, aporta su testimonio: “Aquellos que le vieron por primera vez dijeron: «Es el Lenin de siempre»). Los otros no podían hacerse esta ilusión; en lugar del Lenin vigilante que habían conocido, el hombre que tenían ante sus ojos había quedado duramente marcado por la parálisis, sus rasgos estaban como congelados, su aspecto era el de un autómatas; su habla habitual, sencilla, rápida, segura de sí, se había convertido en un hablar vacilante, a trompicones. El camarada que le había sido asignado le ayudaba mal, Radek lo apartó y le sustituyó”.⁴

El regreso a la *vida* pública no tuvo larga duración. El 13 de diciembre, un nuevo ataque obliga a Lenin a retirarse, esta vez definitivamente. Es, por lo tanto, evidente que su participación en los asuntos del año 1922 es muy limitada. Esto constituye un hecho importante para comprender todo este período, que ha jugado un papel capital en los destinos de la Rusia soviética. La máquina gubernamental creada bajo Lenin, mucho más a causa de las circunstancias que por una voluntad premeditada, sigue funcionando sin que él casi participe. Sus camaradas del Buró Político se acostumbran a gobernar solos y se aficianan a esta independencia adquirida gracias a la ausencia del “viejo”. Pero su forma, su estilo de acción, seguían inspirándose principalmente en la experiencia y en la rutina anteriores.

A principios de 1922, Lenin aceptó y quizás incluso sugirió el nombramiento de Stalin para el cargo de secretario general. Este puesto no tenía todavía una importancia de primerísimo orden, pero la adquirió considerablemente en el curso del año, ante la sorpresa quizá del propio Lenin, cuya ausencia contribuyó mucho a ello. Mientras Lenin perdía capacidad de trabajo y la dirección de los asuntos se le escapaba cada vez más de las manos, Stalin se afirmaba, adquiría soltura, seguridad, muy a menudo en pugna con Lenin. Se rodeó de hombres de su conveniencia; durante la guerra civil ya se había constituido una camarilla muy adicta a él. Algunos de los miembros del Buró Político ni siquiera se daban cuenta. Este fenómeno se hizo patente con el examen del asunto llamado “del comercio exterior”, y más todavía a través de los meandros del conflicto georgiano, dos ocasiones en las que Lenin tuvo que luchar contra sus compañeros de equipo, y que reflejan todos los problemas del régimen en el momento del eclipse de su jefe supremo.

El problema del monopolio del comercio exterior se planteó con cierta gravedad hacia finales de 1921, cuando Milutin, delegado soviético en las negociaciones de Riga, prometió la abolición de este monopolio.⁵ No se sabe quién le dio instrucciones en este sentido, pero es probable que la mayoría de los jefes del Partido intentaran arreglar este asunto dentro del espíritu general de la *Nep*. Bukharin, Sokolnikov, Frumkin y otros, poniendo en duda la capacidad del comisariado para el comercio exterior de llevar a buen término los intercambios económicos internacionales y deseosos de desarrollarlos con la mayor velocidad, preconizaban ya la atenuación del rigor del monopolio, ya su abolición pura y simple. El propio Stalin era partidario de una de estas tesis. Pero Lenin veía en ello un error capital, un golpe inadmisibles a los intereses del país. Según él, era no sólo imprudente, sino indudablemente nefasto permitir que los exportadores extranjeros entraran en contacto directo con los hombres de negocios privados del interior, los *nepmany*, puesto que entonces “los extranjeros van a llevarse todo lo que posea algún valor”. Pero el argumento más importante se relacionaba con la realidad social básica de Rusia, el campesinado. Sin duda, los contrabandistas infringían de todas formas el monopolio del comercio —los partidarios de su debilitación insistían sobre este punto—, pero, siempre según Lenin, sólo se trataba de un puñado de especialistas, y sería algo completamente distinto “tener que habérselas con todo el campesinado, que se defenderá como un solo hombre y se batirá contra el poder que intente privarlo de su propio interés”.⁶

Lenin acumulaba pruebas para intentar convencer al Comité Central de sus puntos de vista. Únicamente el mantenimiento rígido del principio del monopolio permitiría conjurar la debilidad económica del país. Era necesario considerar la capacidad del extranjero en ofrecer precios de

⁴ ALFRED ROSMER, *Moscú sous Lénine*, París, Pierre Horay, 1953, pág. 231.

⁵ *Sotch.*, t. 44, págs. 562-563.

⁶ Carta secreta a Kamenev, del 3 de mayo de 1922, publicada por primera vez en 1959 (*Sotch.*, t. 44, pág. 247). Véase igualmente la carta dirigida a Stalin, el 13 de octubre de 1922, publicada en 1950 (*Sotch.*, t. 45, pág. 221).

sostén, sin hablar de las condiciones del mercado internacional, muy ventajosas en sí mismas para el productor agrícola ruso. La menor brecha abierta en la defensa acabaría por destruir la débil industria nacional y ayudaría a establecer una alianza entre las fuerzas del capitalismo internacional y los hombres de negocios, por una parte, y el conjunto del campesinado ruso, por la otra, en contra del poder de los soviets.

En el mes de marzo, los argumentos de Lenin parecían triunfar, y el monopolio fue confirmado por medio de una serie de decretos, pero no era más que una tregua. Lenin comprueba con inquietud que los medios gubernamentales y del Comité Central no cesan de poner esta cuestión sobre el tapete y de impugnar la solución adoptada formulando constantemente nuevos proyectos de modificaciones legislativas. Estas incesantes tergiversaciones perjudicaban en forma considerable las conversaciones de los delegados comerciales soviéticos con los medios comerciales extranjeros. Krestinsky, por entonces delegado en Berlín, lo señala así a Lenin. Los extranjeros, al creer que iba a ser abolido el monopolio del comercio exterior, preferían probablemente esperar la posibilidad de entrar en contacto con los comerciantes privados antes que tratar con la incógnita que era entonces en este campo el gobierno soviético. Lenin, irritado, acaba por exigir, en una carta a Stalin, que el principio del monopolio sea reafirmado y que sean prohibidos todos los proyectos en sentido contrario.⁷ Quizás es en esta ocasión cuando Lenin descubre que el *gensek* no está totalmente de acuerdo con él y que le hace frente con una firmeza creciente. A la carta de Lenin, Stalin responde lo siguiente: “En esta etapa, no me opongo a la prohibición formal de las medidas que tiendan a debilitar el monopolio del comercio exterior. Creo, sin embargo, que la debilitación se hace inevitable”.⁸ Las proposiciones de Lenin fueron adoptadas por el Buró Político el 22 de mayo, pero, durante su prolongada ausencia a causa de su primera parálisis, los adversarios del monopolio logran, por fin, una victoria. Algunos días después del regreso de Lenin a sus tareas, en la sesión del Comité Central del 6 de octubre, son ratificadas por el pleno las propuestas de Sokolnikov, tendentes a introducir notables derogaciones en el monopolio estatal. Lenin, indispuerto, estaba ausente de la sesión, y consideró esta decisión un golpe por la espalda. Según su costumbre, se lanzó a la batalla para exigir que el Comité Central revisara la decisión, y empezó a preparar el terreno para tornar el desquite en la próxima sesión plenaria.

Era necesario primero lograr el acuerdo del Comité Central para que la cuestión figurara de nuevo en su próxima orden del día. Para lograr sus fines, Lenin envía carta tras carta a los miembros del Buró Político, a los *cekistas*, los miembros del Comité Central, y a los altos funcionarios, se reúne con Stalin y otras personalidades, busca apoyos activamente, y a menudo en forma discreta, entre los miembros más importantes del gobierno. Desde su retorno al trabajo, esta acción le ocupa la mayor parte de su tiempo. Hecho significativo: el 11 de octubre invita a Trotsky a conferenciar con él, especialmente de este problema. Dos días más tarde envía una carta urgente al Buró Político en la que exige en términos categóricos la revisión de la decisión. El Buró se ve obligado a ceder algo de terreno: decide poner a votación del Comité Central la demanda de Lenin. Una vez más, Stalin añade una nota a la carta de Lenin: “La carta del camarada Lenin no me ha hecho cambiar de opinión en cuanto a lo acertado de la decisión del pleno [...] en lo que respecta al comercio exterior”.⁹ Sin embargo, al fin cede y, como la mayoría de los *cekistas*, da su conformidad para un nuevo examen de la cuestión, “vista la insistencia del camarada Lenin”. La mayoría del Comité Central se pliega, pues, al ruego apremiante de Lenin, quien, en espera de la sesión, maniobra para movilizar a los adictos y para “trabajar” a los miembros del Comité Central, pero su estado de salud se agrava y él sabe que no podrá asistir a este pleno. Consciente de que Trotsky es también un defensor del monopolio, el 12 de diciembre le propone hacer causa común con él. Trotsky respondió en el acto, pero aprovechó esta ocasión para plantear su antigua idea de reforzar el papel del *Gosplan*, especialmente en la regulación del comercio exterior. Lenin prefirió aplazar esta segunda cuestión y se contentó con dar a entender que estaba dispuesto a hacer concesiones.

⁷ Carta a Stalin del 15 de mayo de 1922, desconocida hasta 1959 (*Sotch.*, t. 45, pág. 188).

⁸ *Ibid.*, pág. 548.

⁹ Citado por FOTIEVA, *Iz vospominanij o Lenine*, Moscú, 1964, págs. 28-29. La carta se reproduce en el anexo IV.

Logrado un acuerdo de principio sobre lo esencial, Lenin insistió, en términos cada vez más cordiales, para que Trotsky se encargara de la defensa de su tesis común, cualesquiera que fueran sus divergencias con respecto al *Gosplan*: “En cualquier caso, te ruego que en el próximo pleno tornes a tu cargo la defensa de nuestro común punto de vista”.¹⁰ Del 12 al 15 de diciembre, los dos hombres intercambian una abundante correspondencia entre ellos, así como con algunos altos funcionarios adictos a la tesis de Lenin, el cual, no hay que olvidarlo, se dispone a dejar sus ocupaciones. En caso de fracaso, queda acordada una táctica: se volverá a la carga ante la fracción comunista del próximo congreso de los Soviets y, más tarde, ante el congreso del Partido.

El 15 de diciembre, Lenin expone sus conclusiones: “Camarada Trotsky, creo que hemos llegado a un acuerdo en todo; te ruego anuncies al pleno nuestra solidaridad”. En una posdata añade que rechaza con firmeza toda tentativa de tergiversar y de aplazar el debate con el pretexto de su enfermedad y en espera de que él mismo participe en la discusión. “El aplazamiento, que hace totalmente inestable nuestra política en uno de los campos vitales, me preocupa diez mil veces más.”¹¹ El mismo día, en una carta dirigida a Stalin y a los otros miembros del Comité Central, anuncia que ha tomado las disposiciones necesarias para retirarse, pero —y esto debió causar sensación entre los cekistas— también declara: “He concluido un acuerdo con Trotsky sobre la defensa de mis opiniones respecto al monopolio del comercio exterior”.¹²

Tanto en el Comité Central como en el Buró Político, el problema de la sucesión preocupaba secretamente a los dirigentes. Trotsky, que acababa de ganar puntos gracias a Lenin, no logró más que suscitar una mayor hostilidad entre los antiguos compañeros de éste en la emigración o los antiguos militantes clandestinos del interior. Los “viejos”, a los ojos de los cuales Trotsky sólo era un intruso arrogante e insoportable, cerraron sus filas después de la carta de Lenin. En el curso de estas jornadas empezaron a aparecer los perfiles del futuro triunvirato Stalin, Kamenev, Zinoviev, fundado sólo en la aversión que sentían hacia Trotsky y en el deseo de cerrarle el camino hacia el poder.¹³ Lenin, en realidad, había ido todavía más lejos en otra posdata de su carta, donde reafirmaba su oposición a todo aplazamiento, seguro como estaba, decía, de “que Trotsky defendería sus opiniones tan bien como lo hubiera hecho él mismo”.¹⁴ Tales palabras no podían menos que aumentar la tensión y hacer crecer la desconfianza y las envidias en el seno del Buró Político.

El 18 de diciembre, el Comité Central reunido en sesión plenaria anulaba su acuerdo precedente, que tantos trabajos e inquietudes había costado a Lenin. Stalin había cedido en toda la línea. Ya entonces, éste era su procedimiento preferido cuando se sentía en posición de inferioridad. Lenin, ya guardando cama, satisfecho del éxito logrado, felicitó calurosamente a Trotsky: “Se diría que la fortaleza ha sido tomada a mansalva, por medio de una simple maniobra; propongo no detenerse ahí y seguir la ofensiva”.¹⁵ Más adelante podrán verse las consecuencias de esta carta, que hizo perder los estribos a Stalin. Por el momento, limitémonos a extraer algunas conclusiones de esta “batalla del monopolio”.

Puede advertirse en primer lugar que, si bien Lenin preveía una larga duración de la *Nep*, no era por ello menos consciente de los peligros que hacía gravitar sobre el régimen. La alianza con el campesinado no podía obtenerse sin hacerle concesiones, pero, por otra parte, no se podían hacer concesiones sin mantener ciertos cerrojos de seguridad. Por lo tanto, nada de libertad del comercio

¹⁰ La primera carta de Lenin a Trotsky a propósito del monopolio fue escrita el 12 de diciembre. Trotsky contestó el mismo día. El día siguiente, Lenin le escribe de nuevo haciendo constar su acuerdo en cuanto al monopolio, pero demostrando sus dudas en lo que respecta al problema del *Gosplan*. Estas cartas fueron publicadas por Trotsky en *La Révolution défigurée (De la Révolution)*, París, Les Editions de Minuit, 1963), págs. 155-158. Esta correspondencia está publicada en la actualidad en *Sotchinenija*, tomos 45 y 54, excepto una carta que figura en el texto de Trotsky.

¹¹ *Sotch.*, t. 54, págs. 325-326.

¹² *Sotch.*, t. 45, pág. 338.

¹³ No podemos estudiar aquí las relaciones entre Trotsky y los otros miembros del Buró Político durante la enfermedad de Lenin. Pueden leerse los capítulos que hacen referencia a ello en DEUTSCHER, *Le Prophète désarmé*; CARR, *The Interregnum*, 1923-1924, y DANIELS, *The Conscience of the Revolution*. Harvard University Press, 1960.

¹⁴ *Sotch.*, t. 45, pág. 339.

¹⁵ *Sotch.*, t. 54, págs. 327-328.

exterior. Esta libertad privaría al poder de todo medio de controlar los precios y al productor campesino. Tampoco había necesidad de dar libertad política al campesinado: “Sin capitalismo, el campesinado no puede vivir ni producir, mientras que sí puede hacerlo, nosotros lo afirmamos, sin escuchar la propaganda de los socialistas revolucionarios y de los mencheviques”. Lenin en este campo no quiere embaucar a nadie ni practicar la demagogia. “No prometernos libertad ni prometemos democracia”, Advertimos que esta denegación es provisional: “En efecto, no serán concedidas libertades mientras no estemos afianzados definitivamente contra los ataques de la burguesía”.¹⁶

Segundo punto que el estudio del asunto del comercio exterior nos ha permitido esclarecer: ¿cuál era la naturaleza de la dirección leninista? Se ve claramente que *las* opiniones y los proyectos de Lenin no son adoptados automáticamente; a menudo se ve obligado a luchar contra otros miembros de la Dirección, que en esta época sigue siendo auténticamente colectiva, a pesar de la posición preeminente que Lenin ocupa en ella: los otros miembros del Buró Político en primer lugar, pero asimismo otros cekistas, pueden hacer prevalecer sus opiniones y luchar para obtener la mayoría. Lenin, al igual que los otros, debe, en caso de litigio, buscar apoyos, maniobrar y persuadir, para que sus proposiciones sean aceptadas, sin que tenga asegurado por anticipado el éxito final. Gracias a su inmenso prestigio, a su capacidad táctica y a su poder persuasivo, triunfaba, es verdad, en la mayoría de los casos en que estaban en juego problemas de principio.

Cuando es necesario, Lenin llega incluso a organizar a los partidarios de sus tesis en una forma que hubiera podido tacharse de fraccionaria, si alguien hubiera osado blandir contra él una acusación semejante. Sin embargo, los métodos utilizados habrían parecido enteramente corrientes en un contexto distinto a aquel donde estaban prohibidas las fracciones. Se dice a menudo que Lenin era el “amo de Rusia”. Es indispensable puntualizar que no era un dictador dentro de su Partido, sino más bien un jefe. Su dirección era incontestable e incontestada, pero exigía de él un constante esfuerzo de pensamiento y de organización; debía actuar como si tuviera que reafirmarla y reconquistarla cada día.

Un año de enfermedad no le hace, ciertamente, perder su prestigio, pero debilita su dominio real sobre los asuntos. Oponerse a Lenin se convierte en un medio de afirmarse, medio del que Stalin no se priva en el curso del año en cuestión. En realidad, lo utiliza con mucha más frecuencia de lo que creíamos antes de algunas recientes revelaciones soviéticas. Si llega el caso en que Lenin es minoritario en alguna cuestión que juzga primordial, busca la ayuda de Trotsky contra Stalin y otros jefes; y es a él a quien se dirige cuando se encuentra en algún apuro. El segundo conflicto que vamos a examinar ilustra todavía mejor estos fenómenos.

¹⁶ *Sotch.*, t. 45, pág. 120 y t. 44, pág. 54.

CAPÍTULO IV

STALIN, TROTSKY Y LOS GEORGIANOS

En los años 1920-1921, las relaciones entre las seis repúblicas nacionales (Ucrania, Bielorrusia, Georgia, Azerbaidján, Armenia y Federación Rusa-R.S.F.S.R.), aun sin estar definidas con claridad, estaban reguladas por una serie de tratados bilaterales entre la Federación Rusa y cada una de las otras cinco repúblicas. En virtud de estos tratados, se había establecido una colaboración en los campos de la economía, la defensa y la política extranjera. Todos los gobiernos de las repúblicas poseían una estructura paralela a la del gobierno de Rusia. La dirección central del Estado se ejercía prácticamente por medio de los Comités Centrales de los Partidos de cada república, que dirigían los gobiernos locales, pero que estaban sometidos a la autoridad del Comité Central y del Buró Político con sede en Moscú a través de los lazos de disciplina interna del Partido. Segundo factor de cohesión que reforzaba la seguridad del régimen: la centralización del ejército, aunque las repúblicas estuvieran implícitamente autorizadas a disponer de unidades militares propias.

Las tres repúblicas caucásicas, que nos interesan aquí particularmente, no habían pasado a ser soviéticas hasta el transcurso del año 1920, y sólo en 1921 por lo que respecta a Georgia, después de su conquista por el Ejército Rojo con la complicidad más o menos amplia de los comunistas locales y de la población obrera rusa, preponderante en los centros industriales del país. Ordjonikidze había sido a la vez el responsable político y el jefe militar del frente caucásico durante la guerra civil. Fue él quien conquistó militarmente las repúblicas caucásicas para el régimen soviético. Después de la guerra, permaneció allí y representó a Moscú en la región, como jefe del buró caucásico del Partido, *Kavbjuro*. En 1921, Lenin, por razones de eficacia, apremia al *Kavbjuro* para que proceda a la unificación económica de las tres repúblicas, sobre todo en lo que respecta a las comunicaciones, los correos y el comercio exterior, dentro del marco de una Federación Transcaucásica, en que la dirección regional del Partido será rebautizada con el nombre de *Zakkrajkom*. Ordjonikidze se consagra con celo a esta tarea, en la que despliega toda la experiencia adquirida y algunos de los métodos aprendidos en el curso de la guerra civil y las conquistas. Ahora bien, aunque él mismo es georgiano, choca con la oposición del Comité Central de los comunistas de Georgia que, aun aprobando la consolidación de los lazos con Rusia y el sistema soviético, velaba por la salvaguardia de los atributos de la independencia nacional.

Deseosos de obtener apoyo popular en este Cáucaso donde los sentimientos nacionales y nacionalistas eran tenaces y habían sido reavivados recientemente por la experiencia de la independencia bajo un gobierno menchevique que acababa de ser derrocado por la fuerza, los comunistas georgianos, con un equipo dirigente valioso, afirmaban con más fuerza que cualquier otro grupo nacional del Partido el principio de la independencia dentro del marco del sistema soviético. Por otra parte, la oposición de los georgianos a Ordjonikidze se exacerbó particularmente a causa de sus maneras de procónsul, que hacía poco caso de las opiniones de los responsables locales. Opiniones tan resueltas y firmes, que Lenin tuvo que admitir a finales del año 1921 que el proyecto era prematuro y que era preciso preparar primero el terreno por medio de una campaña de propaganda entre la población.¹ Se intensificaba el enfrentamiento entre el representante del Comité Central de Moscú, vigorosamente apoyado por Stalin, cuyo peso político aumentó gracias a sus nuevas funciones de *gensek*, y los cekistas georgianos, ya que éstos también gozaban de un apoyo, el del prestigioso Makharadze, hasta entonces partidario del *Zakkrajkom*. Makharadze era conocido por su internacionalismo, que en un tiempo le había llevado a combatir el principio de

¹ El problema nacional y las relaciones entre la Rusia Soviética y las Repúblicas del Cáucaso son tratados en detalle por RICHARD PIPES, *The Formation of the Soviet Union*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1964, capítulos 5 y 6.

autodeterminación de las naciones tan caro a Lenin; no podía ser acusado fácilmente de “desviación nacionalista”, pecado que entonces era reprochado de continuo a los georgianos por Stalin y Ordjorákidze.

Los georgianos saboteaban cuanto podían las medidas adoptadas por Ordjonikidze para realizar la integración económica de las tres repúblicas. Situaron guardias militares en las fronteras de la República de Georgia, exigieron permisos de residencia, etc.² Mientras Ordjonikidze se preparaba para volver a la carga, los georgianos hicieron aprobar por su comité militar revolucionario y después por el congreso de los soviets de su república, unas resoluciones solemnes sobre la inviolabilidad de su independencia nacional, cuyo carácter anti-federacionista no estaba ni siquiera disimulado. Sin embargo, en el mes de marzo, Ordjonikidze, haciendo caso omiso de la oposición georgiana y contando con los dirigentes más dóciles de Armenia y Azerbaidján, proclamó el proyecto de constitución de la Federación, proyecto que, a la vez que prometía la salvaguardia de la soberanía de las repúblicas, anunciaba la creación de un gobierno federal. La tensión entre Stalin y Ordjonikidze por una parte y los cekistas georgianos por otra, aumentó todavía más. Los representantes de Moscú declaraban en sus discursos que las tendencias nacionalistas de los cekistas georgianos debían ser “quemadas con hierro candente”.³

Esta lucha obstinada y llena de peripecias prosiguió a lo largo del año 1922 y sus ecos llegaron con frecuencia hasta Moscú. Este asunto, el de más gravedad pero no el único, originado por el complicado ordenamiento de las relaciones entre las repúblicas, que se planteaba en un momento en que el Estado Soviético empezaba a entrar en la arena internacional, incitó a los dirigentes a normalizar y clarificar el conjunto del sistema de política nacional del país. El 10 de agosto de 1922, el Buró Político requirió al *Orgbjuro* a fin de constituir una comisión que preparara, para la próxima sesión del Comité Central, un proyecto de reglamento de las relaciones de la Federación Rusa con las otras repúblicas. Lenin estaba enfermo y controlaba cada vez menos los asuntos. La prisa de los dirigentes era evidente, y es posible que incluso tuvieran una idea precisa de las conclusiones a que debían llegar, puesto que la comisión quedó formada el día siguiente al de la decisión del Buró Político. Su composición no deja de ser interesante. Figuraban en ella Stalin, Kuybychev, Ordjonikidze, Rakovsky, Sokolnikov, y probablemente también Molotov, que presidió una de las sesiones, como representantes centrales, y por las repúblicas: Agamali-Ogly (Azerbaidján), Mjasnikov (Armenia), Mdivani (Georgia), Petrovsky (Ucrania) y Tcherviakov (Bielorrusia).⁴

A la cabeza de la comisión se encontraba, naturalmente, Stalin, como comisario para las nacionalidades, cargo que conservaría todavía aproximadamente un año, investido de sus funciones de *genssek*, podía en la actualidad influir en la composición de las comisiones constituidas por el Buró Político. En efecto, vemos que en el seno de la comisión que comentamos sus amigos políticos ocupan un lugar preponderante. El propio Stalin redactó, con mano maestra, la resolución de esta comisión relativa a las relaciones mutuas entre la R.S.F.S.R. y las repúblicas independientes, proyecto llamado “de autonomización”, que preveía la inclusión pura y simple de estas “repúblicas independientes” en la Federación Rusa como “repúblicas autónomas”. El proyecto estipulaba, además, que el gobierno de la República Rusa, su V.C.I.K. (Comité Ejecutivo Central) y su *Sovnarkom* constituirían en lo sucesivo el gobierno del conjunto.⁵

El texto de Stalin fue enviado a los Comités Centrales del Partido de las repúblicas; mereció la aprobación de los de Azerbaidján y de Armenia, dirigidos por hombres incondicionales, pero en el resto fue mal recibido. El Comité Central de Bielorrusia respondió que prefería unas relaciones basadas como hasta entonces en tratados bilaterales. Según nuestras fuentes, Ucrania no habría tomado posición, pero no se nos explica el por qué.⁶ La respuesta de los georgianos fue clara: estaban en contra. La sesión de su Comité Central del 15 de septiembre decidió: “La unificación

² FOTIEVA, *op. cit.*, pág. 54.

³ *Ibid*

⁴ Según las notas del Instituto del Marxismo-Leninismo publicadas en las *Soichnenija*, págs. 556-560

⁵ En el anexo I se encontrará el proyecto de Stalin.

⁶ *Sotch.*, t. 45, pág. 556.

propuesta sobre la base de las tesis del camarada Stalin bajo la forma de una autonomización de las repúblicas independientes debe considerarse prematura. Por el contrario, la unificación de los esfuerzos económicos y de la política común debe considerarse indispensable, pero salvaguardando todos los atributos de la independencia”.⁷ Esta resolución, tomada por unanimidad menos un voto, provocó una réplica inmediata de Ordjonikidze y de su *Zakkrajkom*, que adoptó de inmediato una resolución favorable al proyecto de Stalin y, todavía más, utilizando su superioridad en la jerarquía del Partido, ordenó al Comité Central georgiano que se ajustara a las órdenes de Stalin y no hiciera públicas sus divergencias con Moscú.⁸ Siempre según la misma fuente, ésta no era la primera vez que se intentaba poner a los georgianos ante el hecho consumado; ya había sucedido así cuando se decidió invadir Georgia y acabar con el gobierno menchevique sin prevenir a los comunistas locales. En el caso presente, incluso antes de que sus proyectos sobre la autonomización fueran discutidos, Stalin habría teleografiado, según parece, a Mdivani el 29 de agosto de 1922 para anunciarle que a partir de entonces las decisiones de las esferas gubernamentales superiores de la R.S.F.S.R. (C.I.K., Sovnarkom y S.T.O., el Consejo de Trabajo y de Defensa) tenían fuerza obligatoria para todas las repúblicas. Una iniciativa de esta índole sólo podía hacer más categórico el *niet* de los georgianos a la totalidad del proyecto.

La comisión se reunió de nuevo el 24 y 25 de septiembre, una vez registradas en Moscú las reacciones de los Comités Centrales de las repúblicas. La proposición de Stalin fue aprobada globalmente. Hubo una sola abstención, la del delegado de Georgia, Mdivani. La discusión párrafo a párrafo no ocasionó demasiadas dificultades a Stalin y Molotov, presidentes de las sesiones sucesivas. Sólo el segundo párrafo, en el que se estipulaba que el gobierno de la Federación Rusa se convertiría en el gobierno del conjunto de las Repúblicas, encontró cierta oposición: abstención del delegado de Ucrania, Petrovsky, y voto en contra de Mdivani. En realidad, este éxito era sólo aparente; el auténtico sentir de los delegados iba a revelarse con ocasión del examen de los problemas secundarios. Es probable que nadie deseara desafiar a los representantes del Buró Político y del *Orgbjuro* en el peligroso terreno de una cuestión de principio. Pero, cuando Petrovsky propuso que el proyecto fuera sometido otra vez a la discusión de los *ohkomy*, los comités regionales del Partido en las repúblicas, su enmienda, que apenas ocultaba la voluntad de aplazar la decisión y quizá de enterrarla, obtuvo cuatro votos sobre nueve, entre los cuales estaba el de un “incondicional” de Moscú, Agamaly-Ogly, que se había unido a los de Mdivani, Petrovsky y Tcherviakov, lo que demuestra la verdadera amplitud de la oposición de las repúblicas a la autonomización; sobre seis, al menos cuatro estaban en contra, en diversos grados. Una vez rechazada su moción, Petrovsky exigió que constara en el protocolo la mención de que Ucrania todavía no había tomado posición sobre el proyecto global. El juego de los ucranianos era muy evidente: no osaban o no querían todavía atacar de frente el texto de Stalin —quizá deseaban sondear el terreno y conocer primero la posición de Lenin y las relaciones de fuerzas en el seno del Buró Político y del Comité Central—, pero, según el historiador norteamericano Pipes, el 3 de octubre, unos días después de las sesiones de la comisión, su Comité Central votó por mantener relaciones con la R.S.F.S.R. dentro del marco de las proposiciones de la comisión Frunze, es decir dentro del marco de la independencia, del *statu quo*.

Entretanto, Lenin, convaleciente pero vivamente interesado en el problema, pidió a Stalin informes sobre la marcha de los trabajos de la comisión. Los obtuvo el 25 de septiembre; Stalin le facilitó todo el expediente. La reacción de Lenin no se hizo esperar. En la carta que dirigió el día siguiente a Kamenev, su segundo en el *Sovnarkom*, y no directamente a Stalin, llamaba la atención de este último sobre la importancia del asunto y pedía que le dedicara una profunda reflexión. Lenin no se siente alarmado por los acontecimientos concretos, ni por los métodos empleados para la ejecución, ya iniciada, del proyecto. El conflicto georgiano no le interesa todavía en cuanto a tal y, a pesar de sus frecuentes conversaciones con todos los protagonistas del asunto, prevalece la impresión de que seguía fiándose de las informaciones proporcionadas por Stalin y su amigo

⁷ *Ibid.*

⁸ PIPES, *op. cit.*, págs. 271-272.

Ordjonikidze. Se tienen pruebas adicionales de ello al mes siguiente. En su carta, Lenin habla de Mdivani como de alguien “que se sospecha que es un *nezavisimest*”, es decir un nacionalista, en sentido peyorativo, pero no asume formalmente esta acusación por su cuenta, y, por otra parte, encuentra a Stalin “algo precipitado”.⁹ Por lo tanto, es por razones de principio y no de hecho que Lenin se ve impulsado a rechazar el proyecto de autonomización y a proponer una solución diferente. Es preciso llegar, dice, a “una Federación de Repúblicas con igualdad de derechos”. Para mejor garantizar esta igualdad, tacha del proyecto de Stalin el párrafo relativo a la adhesión de las repúblicas a la R.S.F.S.R., y en su lugar preconiza “una unificación formal conjuntamente con la R.S.F.S.R., dentro de una Unión de Repúblicas Soviéticas de Europa y Asia”.

El gobierno ruso no será el gobierno de la Unión. Lenin propone la creación de un Comité Ejecutivo Federal de la Unión de Repúblicas Soviéticas, así como de un *Sovnarkom* federal, órgano nuevo, que englobe también el gobierno particular de Rusia. Así nace el proyecto que pronto va a denominarse U.R.S.S. Después de su carta a Kamenev, que debía comunicarse asimismo a los otros miembros del Buró Político, Lenin, desde su casa de campo de Gorki, va a seguir atentamente en lo sucesivo el desarrollo de la cuestión. El 29 de septiembre, recibe a Ordjonikidze, y el día siguiente se reúne con los cekistas georgianos: Okudjava, Dumbadze y Minadze, enviados por los georgianos a Moscú para oponerse a Stalin. Es probable que Lenin tuviera que decepcionarlos, pero al menos los escuchó.

Durante este tiempo, Stalin se comporta efectivamente como un hombre con prisas. Seguro de la razón de su punto de vista y decidido a establecer un hecho consumado, comunica, sin esperar la opinión de Lenin, los resultados de los trabajos de la comisión a todos los miembros del Comité Central, como material de su próxima sesión, que debía tener lugar el 6 de octubre. La carta de Lenin que contenía un proyecto de unión de las Repúblicas Soviéticas de Europa y Asia no era a sus ojos más que una injerencia del “viejo” en un campo donde él, comisario para las Nacionalidades, había adquirido una sólida reputación y garantizaba la marcha sin tropiezos de los asuntos de su incumbencia, que los georgianos no podían tener la pretensión de perturbar en forma duradera. La intervención de Lenin irritó a Stalin, pero no le impresionó. En ocasión de una de las sesiones del Buró Político probablemente, Stalin y Kamenev intercambiaron dos breves notas referentes al memorándum de Lenin.

Nota de Kamenev: “Ilitch torna las armas para defender la independencia”.

Respuesta de Stalin: “Creo que hay que mostrarse firmes contra Lenin”.¹⁰

Esto es lo que ahora hacía, dejando a un lado su habitual prudencia. Al comunicar el texto de Lenin a los miembros del Buró Político, agregó al mismo una carta, el 27 de septiembre, en la que no ocultaba su opinión y acusaba claramente al jefe del *Sovnarkom* de un “liberalismo nacional” que no dejaría de estimular a los separatistas. Citemos un extracto de esta carta, de la que poseemos una parte:

“Párrafo 2. La modificación aportada por Lenin al párrafo 2, en que propone la creación de un Comité Ejecutivo Central de la Federación, paralelo al de la R.S.F.S.R., es a mi entender inaceptable. La coexistencia de dos Comités Centrales Ejecutivos en Moscú, de los que uno será sin duda la Cámara Alta y el otro la Cámara Baja, originará roces y conflictos. [...]

Párrafo 4. A propósito del párrafo 4, el camarada Lenin, a mi entender, se «ha precipitado un poco» al reclamar la fusión de los comisariados de finanzas, abastecimiento, trabajo y economía pública con los comisariados federativos. Apenas cabe duda de que esta precipitación servirá a los «independientes» en detrimento del liberalismo nacional de Lenin.

Párrafo 5. La modificación del párrafo 5 solicitada por Lenin es a mi entender superflua.”¹¹

⁹ La carta de Lenin se reproduce en el anexo 11.

¹⁰ V. I. Lenin. *Biografía*, Moscú, 1963, pág. 611.

¹¹ Esta carta es reproducida por Trotsky en *La Révolution défigurée (De la Révolution)*, págs. 160-161). El Instituto del Marxismo-Leninismo no la reproduce, pero confirma su existencia y las acusaciones de Stalin contra el “liberalismo nacional” de Lenin.

Stalin devuelve a Lenin golpe por golpe, no sin caer en la ligereza y en la demagogia. La acusación, bastante moderada en conjunto, formulada por Lenin, de haberse precipitado un poco, le es devuelta, y Stalin añade una reprobación de principio con este “liberalismo nacional” de que le acusa. Pero no se detiene ahí; en previsión de los contraataques de Lenin, le declara culpable de un centralismo precoz que es exactamente lo contrario del pretendido “liberalismo nacional”. Stalin, en cierto sentido, se retrata por entero en esta carta. Por su manera de argumentar, se comprueba que, para él, la táctica se antepone a cualquier otra consideración. Así, no creyó necesario defender más allá unas opiniones que, sin embargo, había expuesto en tono tan tajante. Comprendiendo que tendría minoría en el Comité Central, cedió en toda la línea y transformó su proyecto de autonomización en un proyecto de unión, en el sentido de las enmiendas de Lenin. El nuevo texto, firmado con los nombres de Stalin, Molotov, Ordjonikidze y Miasnikov, fue enviado a los miembros del Comité Central sin señalar las diferencias que había respecto al anterior. Los redactores del volumen 45 de las *Obras* de Lenin dicen que estas diferencias “fueron escamoteadas”. La introducción al nuevo proyecto pretendía con toda tranquilidad que sólo se trataba de una “formulación *ligeramente* modificada, más precisa” que la del *Orghjuro*, la cual había sido “correcta en principio y plenamente aceptable”.¹²

Ignoramos si Lenin leyó la carta de censura de Stalin y el preámbulo del proyecto refundido por el *gensek*. Tampoco participó en la sesión del Comité Central que, el 6 de octubre, ratificó la nueva versión. Pero, dato curioso, movido por un impulso del que ignoramos la razón inmediata, el día de la sesión hizo pasar a Kamenev una pequeña nota que no iba a hacerse pública hasta quince años después. No sin cierto humor, Lenin exclama:

“¡Camarada Kamenev! Yo declaro la guerra, no una pequeña guerra sino una guerra a muerte, al chauvinismo gran-ruso. Cuando me haya librado de mi maldito diente, lo devoraré con todos mis dientes sanos. Es *absolutamente* preciso que

un ruso
un ucraniano
un georgiano, etc.
presidan por turno

el C.I.K. de la Unión.

¡Absolutamente!

Tuyo Lenin.”¹³

Gracias a la autoridad de Lenin, cuyas concepciones parecían ser aceptadas por todo el mundo, el Comité Central adoptó el proyecto globalmente y confió a una nueva comisión la tarea de elaborarlo con más detalle para la próxima sesión. Mdivani, presente en aquella sesión, no se opuso al proyecto, pero exigió que Georgia, a semejanza de Ucrania y Bielorrusia, fuera admitida en la Unión como miembro independiente y no a través de una Federación de Transcaucasia que Ordjonikidze y Stalin seguían preconizando. El Comité siguió adelante sin preguntarse qué sentido tenía la Federación Transcaucasiana dentro del marco del nuevo proyecto. En realidad, era la prosecución de una venganza personal en la que Stalin y Ordjonikidze habían comprometido todo su prestigio. Para estos dos georgianos, se trataba de hacer prevalecer su razón sobre la razón de otros georgianos, y el silencio de Lenin sobre este punto no podía dejar de alentarlos. Los georgianos protestaron una vez más ante Moscú contra la Federación Transcaucasiana. Se granjearon una dura respuesta de Stalin, en la que afirmaba que el Comité Central había rechazado su protesta por unanimidad.¹⁴ Surgió entonces una nueva ola de protestas más violentas en forma de reuniones clandestinas e incluso públicas, en el curso de las cuales los georgianos no cesaron de

¹² *Sotch.*, t. 45, pág. 559. El texto de las resoluciones finales se reproduce en el anexo III.

¹³ *Ibid.*, pág. 214.

¹⁴ PIPES, *op. cit.*, pág. 274.

proclamar y reafirmar su independencia.

Ordjonikidze comenzó a emplear recursos extremos. Con la caución del Secretariado de Moscú, de la que se beneficiaba constantemente, alejó de Georgia a los partidarios del Comité Central de esta república, ordenándoles por vía disciplinaria que abandonaran la región y se pusieran a disposición del Comité Central de Moscú.¹⁵ Cuando, a su regreso de la capital, donde había seguido el desarrollo del asunto por cuenta del Comité Central georgiano, los tres emisarios enviados por esta república presentaron su informe, el Comité Central georgiano, por gran mayoría, confirmó su exigencia de adherirse en forma directa a la Unión. Al mismo tiempo, Makharadze y Tsintsadze enviaban cartas personales a Bukharin y a Kamenev, esperando bloquear de esta forma la acción de Stalin. No tardaron en ver defraudadas sus esperanzas: sus dos nuevos interlocutores hablaban el mismo lenguaje que el Secretariado; respondieron con nuevas acusaciones de nacionalismo e insistieron en la necesidad de someterse a *la* disciplina. Una decepción más amarga todavía esperaba a los georgianos. Cuando Bukharin transmitió sus demandas a Lenin, éste, que todavía no veía contradicción alguna entre sus principios “unionistas”, su resolución de combatir el chauvinismo gran-ruso y la política practicada respecto a Georgia, respondió de inmediato con un telegrama glacial e irritado:

“21/10/22 (cifrado)

TBILISSI, al C.C. del P.C.G., Tsintsadze y Kavtaradze (copias al miembro del Comité Central Ordjonikidze y al secretario del *Zakkrajkom* Orachelachvili).

Asombrado por el tono indecente de la nota por comunicación telefónica directa firmada Tsintsadze y otros, que me ha sido transmitida no se sabe por qué por Bukharin y no por uno de los secretarios del Comité Central. Estaba persuadido de que todas las divergencias habían sido extinguidas por las resoluciones del pleno del Comité Central, con mi participación indirecta y la participación directa de Mdivani. Por este motivo condeno resueltamente las invectivas dirigidas a Ordjonikidze e insisto en que vuestro conflicto se transfiera, en un tono decente y leal, para ser resuelto por el Secretariado del C.C. del P.C.R., al que transmito vuestra declaración por comunicación telefónica directa.

Firmado: Lenin.¹⁶

Lenin estaba, pues, tan seguro del valor de sus informaciones sobre el asunto que remitía la queja contra Ordjonikidze y Stalin a manos de... ¡Stalin!

Al término de su paciencia, desesperando de encontrar justicia en Moscú, exasperados por las “deportaciones” ordenadas por Ordjonikidze, los cekistas georgianos dieron un paso sin precedentes: el 22 de octubre presentaron su dimisión colectiva.¹⁷ Ordjonikidze probablemente no esperaba otra cosa. Su *Zakkrajkoïn* nombró de inmediato un nuevo Comité Central compuesto de jóvenes incompetentes y dóciles, que aceptaron sin pestañear la Federación. El Secretariado de Moscú se apresuró a aceptar la dimisión de los antiguos cekistas y los nuevos nombramientos. Sin embargo, el absceso no estaba todavía resuelto. Los miembros del Comité Central dimisionario no habían renunciado a la lucha. El cambio de equipo no hacía otra cosa que subrayar la impopularidad de Ordjonikidze en su país natal. Este experimentaba por esta causa la más viva irritación, tanto más cuanto las medidas concretas de puesta en obra de la Federación progresaban demasiado lentamente para su gusto, saboteadas por los partidarios de la independencia de Georgia. Los incidentes, las intrigas, las quejas a Moscú se multiplicaban.

En el curso de una de estas confrontaciones, Ordjonikidze perdió el control de sí mismo: golpeó a otro miembro del Partido, adicto a Mdivani. El hecho sucedió durante una sesión privada en casa de Ordjonikidze. Estaba presente Rykov, adjunto de Lenin y miembro del Buró Político.¹⁸ El “impetuoso Sergo” (Ordjonikidze) se creía invulnerable. Pero, esta vez, una queja contra él y una

¹⁵ FOTIEVA, *op. cit.*, pág. 49.

¹⁶ *Sotch.*, t. 54, págs. 299-300.

¹⁷ FOTIEVA, *op. cit.*, pág. 52. De hecho, nueve de los once miembros del Comité Central georgiano dimitieron.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 75. El incidente se produjo sin duda hacia fines del mes de noviembre.

demanda de apertura de expediente llegadas a Moscú con la firma de Makharadze y otras personalidades, no podían ser ignoradas.¹⁹ Aunque se obstinan en defender “la línea justa en principio del *Zakkrajkom*” y en fustigar “las posiciones esencialmente incorrectas” del Comité Central georgiano, que en sus comentarios designan con el nombre de “grupo de Mdivani”, los presentadores de las *Obras* de Lenin, en su última edición, enumeran, sin embargo, una serie impresionante de “errores cometidos por Ordjonikidze” “No dio pruebas de la flexibilidad y prudencia necesarias en la dirección de la política nacional del Partido en Georgia, adoptó métodos administrativos, tomó con excesiva rapidez determinadas medidas y no siempre tuvo en cuenta las opiniones y los derechos del Comité Central del Partido Comunista de Georgia. Tampoco mostró un adecuado dominio de sí mismo en sus relaciones con el grupo de Mdivani”.²⁰

Lenin empieza entonces a inquietarse. Lo que parece le alarmó de repente fue, al parecer, una carta del georgiano Okudjava, cekista dimisionario, en la que acusaba a Ordjonikidze de haber proferido amenazas contra los comunistas de Georgia.²¹ Cuando el Buró Político le hizo llegar, al objeto de que votara, los nombres de los miembros de la comisión investigadora que el Secretariado enviaba a Georgia para restablecer la paz en el seno del Partido, Lenin, según se lee en el “Diario” con fecha 24 de noviembre, prefirió abstenerse. No sabemos si pretendía así manifestar sus dudas acerca de la imparcialidad de la comisión, tres miembros de la cual —Dzerjinsky, Lozovsky y Kapsukas-Mitskevitchius— habían sido propuestos por Stalin, pero es evidente que empezaba a desconfiar de sus primeros informadores y buscaba otras fuentes para formarse una idea de los acontecimientos. Rykov se dirigió a Georgia, sea porque Lenin le envió, sea porque tuviera otras razones. De todos modos, debía seguir el asunto e informar de él a Lenin. Este espera con impaciencia creciente el regreso de la comisión y de Rykov. Las secretarías anotan fielmente en el “Diario” sus incesantes preguntas sobre sus itinerarios.

Llegados a esta etapa del desarrollo del asunto, nos permitiremos hacer algunas observaciones de orden general. No estamos en presencia de un simple desequilibrio, inevitable en el curso de la ejecución de una política, entre los principios y los objetivos, por una parte, y los métodos de ejecución, por la otra. En este caso, el conjunto de los medios refleja un cambio de objetivos que se opera con frecuencia de modo inconsciente entre ciertos dirigentes: han convertido el centralismo del Estado en un principio supremo. Ordjonikidze se comporta como un auténtico gobernador general, se burla de las consideraciones legalistas y estatutarias, emplea la violencia pura y simple contra los comunistas de las repúblicas nacionales, lleva a cabo, en suma, todo lo que los oponentes en el seno del Partido, y a menudo paradójicamente los propios estalinistas, englobaban bajo el término peyorativo de *administrirovanie*. Estas prácticas cuajan en un sistema que se quiere justificar con motivaciones distintas a las que habían engendrado la Revolución de Octubre. Aun preconizando la prudencia, la circunspección y la flexibilidad, sobre todo en lo que respecta al difícil problema nacional, Lenin dirigía una dictadura que sólo podía sobrevivir siendo implacable. No es sorprendente que contribuyera a encumbrar a unos dirigentes capaces de vencer; así, Ordjonikidze había sido enviado al Cáucaso en calidad de conquistador. Entre estos delegados y comisarios, comandantes de los frentes y secretarios de grandes regiones en el curso de los combates de la guerra civil e inmediatamente después, encontramos las dos grandes categorías de militantes de que se componía el Partido. Unos eran intelectuales sensibles a las exigencias de la doctrina, idealistas apegados a su visión del socialismo; en su mayoría habían sido iniciados en un marxismo occidental, especialmente a través de largas permanencias en Europa durante la emigración. Los otros eran ante todo ejecutantes, hombres de acción, prácticos de la revolución, más apegados a las realidades cotidianas; su formación y su capacidad raramente hacían de ellos intelectuales; eran en la mayoría de casos antiguos combatientes clandestinos del interior que jamás habían conocido la emigración.

Cada una de estas dos categorías de hombres había tenido un papel a jugar en las tareas de la

¹⁹ *Ibid.*, pág. 52.

²⁰ *Sotch.*, t. 45, pág. 595.

²¹ PIPES, *op. cit.*, pág. 281.

revolución, de la guerra civil, en las tareas propuestas por los ideales de Lenin. Pero el curso de los acontecimientos, más trágico y penoso de lo que habían previsto los teóricos, iba a dar muy pronto una preponderancia a los activistas del temple de Ordjonikidze, de Kaganovitch, Molotov, Kuybychev o Stalin, sobre los Rakovsky, Krestinsky, Serebriakov, Preobrajensky, Makharazde, Trotsky, etc. La terrible lógica de las realidades rusas empujaba a unos hacia destinos catastróficos, y prometía a los otros un largo reinado, aunque algunos debían ser eliminados en las grandes purgas de 1936-1938. Isaac Deutscher propone distinguir, entre los bolcheviques, aquellos que se aferraron al sueño y aquellos que se consagraron al poder. En el curso de la realización del sueño, aparecieron dilemas cada vez más graves y se fue ahondando la separación entre los dos grupos.²²

La personalidad de Lenin realizaba en cierto modo la feliz síntesis de estos dos tipos caracterológicos; podía unir así una fidelidad idealista a los fundamentos de la doctrina a un pragmatismo que le preservaba de una rigidez doctrinaria utópica o conservadora. Esto era lo que constituía a la vez su fuerza, su debilidad y sus tribulaciones, esto era lo que le permitía colaborar con Trotsky y entregar, al mismo tiempo, las más altas responsabilidades a Stalin. La ascensión de Stalin se había producido en el curso de la “Civil” y de la enfermedad de Ludri. A pesar de las apariencias, y aunque el país casi no le conocía, mientras que Trotsky gozaba de gran popularidad, Stalin se había convertido bajo Lenin en un dirigente de primerísimo orden; Lenin lo reconocía así. Esto se hace patente en la carta sobre la constitución de la U.R.S.S., escrita a Kamenev el 26 de septiembre, en la que Lenin se felicita de haber arrancado a Stalin una concesión sobre un párrafo del proyecto. El estudio del “testamento” confirmará esta constatación.

En el curso del año 1922, Lenin ve con frecuencia a Stalin y en cada ocasión conversa largamente con él. Su confianza queda demostrada por el hecho de que, en el conflicto georgiano, haya podido darle constantemente la razón durante un año en contra de la gente de Mdivani, a pesar de las entrevistas personales con representantes de su facción. Sin embargo, se puede medir el abismo que separaba a Lenin de Stalin al comparar sus respectivas actitudes con respecto a la cuestión nacional. Stalin propone una solución tan simple como expeditiva, que cristalizará y reforzará la realidad del poder: ¿el gobierno de la R.S.F.S.R. no era, acaso, prácticamente el del conjunto de las repúblicas? Pues bien, se convertiría oficialmente en el gobierno de la Unión. ¿Cómo proceder? En el párrafo 6 del proyecto de Stalin se lee: “La presente decisión, si es confirmada por el Comité Central del P.C.R., no será publicada sino comunicada a los Comités Centrales de las repúblicas para circular en el ámbito de los órganos soviéticos, los comités ejecutivos centrales, o los congresos de los Soviets de dichas repúblicas, antes de la convocatoria del congreso panruso de los Soviets, donde se declarará que expresa el deseo de estas repúblicas”. Puesto que de todas formas era el Comité Central de Moscú el que decidía e imponía su decisión a los Comités Centrales nacionales por medio de “circulares directivas”, es decir por medio de órdenes cuya no ejecución era penable con medidas disciplinarias, puesto que iba a declarar solemnemente que la voluntad del Comité Central respondía al deseo de las repúblicas, el sentido del proyecto de Stalin es evidente: se trataba de hacer ratificar el hecho para que se convirtiera en ley. Lenin, por el contrario, se niega a tomar en consideración la mera eficacia administrativa, e intenta resolver el problema aplicando sus viejos principios. En su carta dice, y no hay razón para dudar de su sinceridad, que no quiere destruir la independencia de las repúblicas soviéticas, sino crear un nuevo escalón en el ordenamiento constitucional: “una Federación de Repúblicas *independientes*”; Para Lenin, la eficacia cuenta, claro está, y la solución adoptada debe también reforzar el Estado, pero, precisamente, el conjunto de la cuestión de las nacionalidades debe *resolverse* y no suprimirse. No debe renegarse del internacionalismo en beneficio del centralismo; también hay que seguir combatiendo la fuerte tradición de opresión que caracterizaba al estado zarista. Esta voluntad constante de tener presente en el espíritu los principios de la ideología socialista encuentra su expresión en el proyecto de unión de Lenin, que subraya el carácter federativo de la Unión, los derechos de las repúblicas, la salvaguardia de su independencia y la preocupación por sus susceptibilidades. Las instituciones que él propone debían servir de garantía

²² DEUTSCHER, *Le Prophète désarmé*, op. cit.

contra la tendencia a la usurpación por parte de la nación predominante. Para que este proyecto fuera realizable en las condiciones soviéticas, era preciso que el Comité Central de Moscú tuviera la intención, la convicción y la fuerza de velar para que las instituciones y las garantías previstas no se convirtieran en letra muerta, cualesquiera que fueran las presiones en sentido contrario. Era preciso también que las repúblicas y sobre todo los comunistas locales pudieran legal e institucionalmente defender sus puntos de vista en el seno del Partido, sin correr el riesgo de caer inmediatamente bajo el golpe de medidas punitivas por “actividades divisionistas” o por “haber infringido la disciplina”. Para que las proposiciones de Lenin tuvieran sentido, era preciso realizar modificaciones en el régimen interno del Partido. Más adelante se verá la manera en que Lenin las había previsto.

Stalin, por su parte, era sincero cuando, al presentar la nueva versión del proyecto de Unión, decía que sólo variaba en algunos detalles respecto a su proyecto inicial, el cual también, afirmaba, era “correcto en principio y absolutamente aceptable”. En efecto, estaba persuadido de que prevalecerían en el curso de los acontecimientos, los intereses auténticos del Estado, y de que la Unión funcionaría como él había previsto. En estas condiciones, no veía inconveniente en ceder totalmente ante Lenin, sobre el papel. Además, a sus ojos no existía ninguna clase de divorcio entre los principios del programa bolchevique y la práctica. Lenin, por el contrario, se dará cuenta de esta distorsión, considerará que él es en parte responsable y que debe evitar que las cosas tomen un cariz excesivamente ajeno a su voluntad.

CAPÍTULO V

EL ENFERMO Y SU GUARDIÁN

Cuando Lenin reasume la dirección de los asuntos, en octubre de 1922, no recupera ya su capacidad de trabajo ni su antigua influencia. Su discurso del día 20 es confuso y visiblemente improvisado. Aborda en él los temas que le inquietan pero, deseoso de no sembrar el pánico y de tranquilizar a su auditorio, intenta proponer soluciones; sin embargo, le falta la visión clara de las perspectivas. La *Nep*, indispensable pero peligrosa, no se domina bien todavía ni es lo suficiente familiar: “Este cambio de rumbo sigue ocasionándonos ciertas dificultades, sigue ocasionándonos, incluso diría, grandes dificultades”.¹ Y agrega: “Es preciso adoptar medidas extraordinarias, es preciso realizar inventos extraordinarios”. El régimen había efectuado una retirada, pero era preciso reponerse y pasar de nuevo al ataque; ahora bien, no se sabía por qué medios. La situación general era desastrosa: “Vivimos en las condiciones de un Estado hasta tal punto arruinado por la guerra, desviado por completo de su camino normal y de tal modo sometido a prueba por el infortunio que, a pesar nuestro, es preciso que hagamos nuestros cálculos tomando como punto de comparación un índice más que débil: el de antes de la guerra”.

La ayuda del exterior no iba a llegar con rapidez, y el discurso muestra a un Lenin dolorosamente dividido entre la voluntad de salvaguardar todos los logros, léase todas las esperanzas del pasado — las de las jornadas de Octubre y también las de la guerra civil, reales o ilusorias—, y la conciencia de que habría que disponerse si era necesario a ceder más terreno todavía, sin perder la esperanza ni el poder. La conciliación de los fines y de los medios no era fácil. Con la *Nep* era preciso aprenderlo todo de nuevo: “Es para hacer factible este estudio que me parece llegado el momento de reafirmarnos mutuamente en esto: a pesar de efectuar este movimiento de retroceso, que hemos denominado la Nueva Política Económica, hemos procurado no abandonar ninguna nueva adquisición y, al mismo tiempo, ofrecer a los capitalistas tales ventajas que todo Estado, sea cual fuere su hostilidad, se viera obligado a aceptar tratos y relaciones con nosotros”.

Lenin sabe que esto tiene el aspecto de reto, puesto que los comunistas no poseen todavía práctica en los asuntos públicos y están dominados por los aparatos administrativos en lugar de ser ellos quienes los dominan. Lo único que Lenin puede proclamar sin titubeos es que “la *Nep* sigue siendo la consigna principal, inmediata, universal, de hoy”.²

Sin embargo, esta nueva orientación no ha recibido todavía una formulación definitiva; todavía no se ha logrado nada definitivamente.

Unos días después de este discurso, cuando en el ánimo de Lenin empiezan a aparecer amargos celos con respecto al asunto georgiano, los médicos le exigen que reduzca considerablemente el ritmo de su trabajo. Lenin es un paciente difícil de cuidar; a este bulldozer le es difícil aceptar la inactividad, pero debe rendirse a la evidencia del declive de sus fuerzas físicas. Finalmente, acepta irse a Gorki a descansar, pero prosigue su participación activa en la vida política por medio de cartas y llamadas telefónicas. Espera con impaciencia noticias de Rykov y de Dzerjinsky, pero dedica lo mejor de su tiempo a organizar el trabajo de sus adjuntos, tres en la actualidad, Rykov, Kamenev y Tsjurupa. Está en contacto permanente con ellos para establecer colectivamente el funcionamiento del *Sovnarkom*. La reorganización del *Sovnarkom* con una nueva división de tareas está visiblemente unida en su espíritu a la problemática de la sucesión. Así, a primeros de diciembre, Lenin invita a Trotsky a una nueva entrevista, en el curso de la cual le sugiere la constitución de un “bloque contra la burocracia”, es decir prácticamente le invita a participar en un comité especial que se constituiría para dirigir esta lucha: le propone también que pase a ser uno de sus adjuntos en el gobierno. Trotsky expresa su convicción, ya bastante antigua, y base

¹ *Sotch.*, t. 45, págs. 300-309.

² *Ibid.*, pág. 308.

probablemente de sus críticas anteriores contra la Inspección Obrera y Campesina que tanto irritaran a Lenin, de que la lucha contra la burocracia debía empezar por la eliminación de este mal entre aquellos que debían dirigirla, es decir en el seno del Partido, y en especial en sus altas esferas.³ Lenin, mejor informado y menos confiado que antes, iba a adoptar pronto esta idea de Trotsky y a extraer de ella muchas consecuencias.

Rykov regresó al fin de Georgia y presentó su informe a Lenin el 9 de diciembre de 1922.⁴ El “Diario” sólo menciona el acontecimiento e ignoramos lo que dijo Rykov. Dzerjinsky llegó tres días después, y Lenin regresó de Gorki a Mosca para conversar con él. La investigación de Dzerjinsky se orienta, naturalmente, en el sentido de las explicaciones proporcionadas anteriormente por el Secretariado. Ordjonikidze quedaba libre de culpa, y todas las faltas se inscribían, una vez más, en el debe de los peligrosos desviacionistas. Pero en esta ocasión, Lenin estaba alerta y presentía una patraña bajo el andamiaje de la tesis oficial. Dos hechos, que Dzerjinsky no pudo ocultar, le impresionaron de un modo especial: la comisión había tomado la decisión de llamar a Moscú a los jefes del antiguo Comité Central georgiano, que tenían toda la culpa. Otra revelación: Ordjonikidze, irritado, había llegado a golpear a un contrincante, también él miembro del Partido. Fotieva cuenta, y el propio Lenin lo confirma, que el relato de Dzerjinsky “lo ha consternado profundamente”.⁵ La lectura del “Diario” nos muestra hasta qué extremo este incidente preocupó a Lenin durante su enfermedad.

Uno podría preguntarse si no era un poco ridículo atribuir tanta importancia a una manifestación de malhumor de un jefe del Partido que andaba a la greña con las dificultades de ejecución de la política que le había sido ordenada, en un país que, todavía ayer, era presa de las matanzas y del hambre. Uno podía preguntárselo realmente en el seno del Secretariado del Partido, entre hombres aguerridos y cómplices. Pero, a los ojos de Lenin, la imagen de un gobernador comunista que se comportaba como un sátrapa en país conquistado representaba un indicio, un síntoma inquietante de la enfermedad que atacaba a todo el cuerpo político, y de los estragos que todavía podía hacer. Los laberintos del asunto georgiano se le aparecieron de repente bajo otra luz. El 30 de diciembre, escribiría: “Si las cosas han llegado hasta ahí, es fácil imaginar en qué lodazal nos hemos hundido”. La entrevista con Dzerjinsky tuvo una influencia nefasta sobre el curso de la enfermedad de Lenin y sin duda precipitó la crisis. La noche debió ser agitada; en la mañana del 13 de diciembre, dos ataques graves obligan a Lenin dejar definitivamente el trabajo.

Los dos días dedicados a la entrega de los expedientes fueron todavía de mucha actividad. Lenin prosigue su correspondencia con sus adjuntos respecto a la organización del trabajo en el *Sovnarkom*; recibe la visita de varias personas con la ayuda de las cuales espera hacer anular la decisión del Comité Central relativa al monopolio del comercio exterior; intercambia cartas con Trotsky y le encarga, como hemos visto, que defienda la causa común. Otra noche de insomnio y, en la mañana del 16 de diciembre se produce un nuevo y grave ataque. Lenin se apresura, sin embargo, a dictar una última nota destinada a sus adjuntos antes de la llegada de los médicos. Se ha perdido toda esperanza de que pueda participar en el próximo congreso de los Soviets, para el que se había estado preparando durante las semanas precedentes. En adelante, Lenin ya no saldrá de su pequeña habitación del Kremlin: era imposible trasladarlo a Gorki como se había pensado inicialmente. Esta circunstancia será, por otra parte, de gran importancia para el desarrollo de las actividades del ilustre enfermo durante los ochenta días en que conservará todavía las facultades intelectuales. En el futuro, le son prohibidas las visitas. Verá sólo a su mujer Krupskaya, su hermana Marija Ilinitchna, y tres o cuatro de sus secretarías, sin contar, naturalmente, el personal médico. Se prohíbe a sus acompañantes que le transmitan cualquier clase de correspondencia o le informen de los asuntos corrientes del Estado, a fin “de no darle motivos de preocupación y de

³ Véase el testimonio de Trotsky sobre esta conversación en *La Révolution défigurée (De la Révolution)*, pág. 165) y DEUTSCHER, *op. cit.*, págs. 66, 68-69. Trotsky se negó de nuevo esta vez a convertirse en adjunto de Lenin, pero sin la misma firmeza que antes. Sobre las críticas anteriores de Trotsky contra el R. K. 1. y el *Gosplan*, véase *Sotch.*, t. 45, págs. 180-182.

⁴ PIPES, *op. cit.*, pág. 281.

⁵ FOTIEVA, *op. cit.*, pág. 54 y *Sotch.*, t. 45, pág. 596.

inquietud”.⁶ Empieza entonces el fatigoso combate de Lenin para que le tengan al corriente de lo que le interesa y para formular sus opiniones y darlas a conocer a los interesados. No se trata del capricho de un enfermo que, negándose a enfrentarse con la muerte, prosigue un simulacro de actividad. Lenin, por el contrario, sabía que la muerte podía alcanzarlo repentinamente, en unos momentos en que el país y el Partido se debatían en una situación extremadamente difícil, sin un claro programa de acción, sin ni siquiera unos jalones que indicaran el camino a seguir. Sentía que debía decir al menos lo más esencial sobre los temas más acuciantes, que esto constituía el deber primordial del jefe del Estado, del líder de una revolución hasta la fecha sin precedentes. Se consideró que el estado del enfermo se agravaría con las preocupaciones políticas, pero era una preocupación peor para el jefe del Estado no poder avanzar, mientras le fuera humanamente posible, hacia el cumplimiento de su misión.

Lo ambiguo de la situación aumentaba todavía por el hecho de que el hombre que estaba encargado de velar para que fuera respetado escrupulosamente el régimen del enfermo no era otro que Stalin.⁷ Los médicos dictaban las prescripciones, pero en constante coordinación con el guardián nombrado por el Comité Central, Stalin estaba encargado oficialmente de mantenerse al corriente de todo lo que ocurriera a la cabecera de Lenin, y se dedicó a esta tarea con auténtico celo. Un significativo incidente ocurrido entre Krupskaya y Stalin muestra en qué forma entendía cumplir su misión.

El 22 de diciembre, al enterarse por sus informadores de que el día anterior Krupskaya había tomado al dictado un carta, de hecho cuatro palabras, de Lenin, la llamó por teléfono y la cubrió, dice la propia Krupskaya, “de injurias indignas y de amenazas”.⁸ Pretendía demandarla ante la Comisión Central de Control del Partido por su “infracción” a las prescripciones del régimen del enfermo. Este tipo de rudeza no tenía precedentes en las relaciones entre los jefes del Partido y la familia de Lenin. No existía evidentemente ninguna razón para dudar de la devoción que Krupskaya sentía por el enfermo y de su aptitud para velar por él. La intervención de Stalin era incluso injustificada en derecho: Krupskaya obtuvo autorización del médico que asistía a Lenin, y Stalin podía comprobarlo fácilmente. Pero había dejado de lado toda consideración de prudencia y de tacto, debido a que había actuado en un verdadero acceso de cólera: la carta de Lenin era la que dirigió a Trotsky para felicitarlo por su actuación en la sesión del Comité Central durante el debate dedicado al monopolio del comercio exterior. Stalin no ignoraba las relaciones cada vez más estrechas que se establecían estos últimos tiempos entre Lenin y Trotsky. No le habían inquietado mucho en el curso del año 1922, ya que los dos Grandes, sin combatirse en cuestiones de principio, forcejeaban en constantes escaramuzas sobre cuestiones secundarias. Lo cual no había impedido a Lenin proponer a Trotsky que fuera su adjunto, pero Trotsky rehusó y, en esta ocasión, Stalin logró, no sin cierta maliciosa satisfacción, que el Buró Político reprendiera a Trotsky por falta en el cumplimiento del deber.⁹ Sólo después se llegó a la cordial “entente” sobre la cuestión del monopolio.

Por otra parte, el 25 de noviembre. Lenin, como hemos sabido recientemente,¹⁰ había informado al Buró Político de que aprobaba las proposiciones de Trotsky sobre el empleo de tácticas relativas a la Internacional. Sobre todo, en la segunda parte de este mensaje, Lenin aventuraba una opinión muy lisonjera sobre las tesis de Trotsky relativas a la *Nep*: deseaba que fueran editadas en forma de folleto y profusamente difundidas. Esto constituía sin duda un gran cumplido, ya que se trataba de uno de los problemas más complicados de la política soviética y que causaba muchas preocupaciones a Lenin. No es, pues, sorprendente que Stalin, a quien atañía más que a nadie el problema de su sucesión, se saliera de sus casillas al enterarse de esta nueva muestra de gratitud de Lenin hacia Trotsky, tanto más cuanto que el acercamiento entre los dos hombres —ya podía

⁶ *Sotch.*, t. 45, pág. 710.

⁷ Por una decisión del Comité Central del 18 de diciembre de 1922 (*Ibid.*, t. 45, pág. 608).

⁸ La carta de Krupskaya a Kamenev se expone, por lo que parece con cortes, en *Sotch.*, t. 54, págs. 674-675. Véase anexo V.

⁹ DEUTSCHER, *op. cit.*, p. 61.

¹⁰ *Sotch.*, t. 54, pág. 314.

presentirlo— iría unido a una verdadera campaña contra él. A causa de esto, hará lo imposible para reforzar todavía más su vigilancia sobre Ilitch. He aquí una prueba: una llamada telefónica a una cercana colaboradora de Lenin, su secretaria principal Fotieva. Esta vez el tono es correcto. Fotieva anota en el “Diario”, el día 30 de enero: “Stalin ha preguntado si yo no digo demasiadas cosas a Vladimir Ilitch, ¿Cómo está él al corriente de los asuntos en curso? Por ejemplo, su artículo sobre la Inspección Obrera y Campesina demuestra que conoce ciertas circunstancias”. Una vez más, se trataba de un tema a través del cual se hacía alusión a Stalin personalmente, en forma velada sin duda, pero evidente para el interesado.

Lenin tendrá que librar su último combate contra esta vigilancia y contra esta limitación a sus actividades, por otra parte legalmente justificadas. La primera batalla se produce el 23 de diciembre. Lenin ha sufrido una grave recaída en el transcurso de la noche del 22 al 23. Ha podido, sin embargo, dormir, pero, al despertar por la mañana, comprueba que de nuevo tiene paralizada una parte de su cuerpo, la mano y pierna derechas. La noticia es comunicada de inmediato al Buró Político. A pesar de la conmoción provocada por este ataque, el pensamiento de Lenin gira fundamentalmente en torno a los destinos del Estado y del Partido. Exige entonces un permiso para dictar cinco minutos al día. Presiente que el momento en que habrá que “entregar la guardia” puede sobrevenir en cualquier instante y, si no dieta, “cuando un problema le inquieta, no puede dormir”. Concedido el permiso, Lenin llama a una de sus secretarias y le dicta una treintena de líneas en cuatro minutos. Los médicos, avisados, se mantienen cerca. Al día siguiente, exige el derecho de proseguir lo que llama su “Diario”. Los médicos intentan impedirselo, pero Lenin les pone un ultimátum: si no se le permite dictar algunos minutos cada día, se negará a cuidarse.¹¹ Un consejo compuesto por médicos y miembros del Buró Político, Stalin, Bukharin y Kamenev, no encuentra forma de negarse a su petición. La autorización es concedida, pero la decisión del Buró Político especifica que las notas no pueden tener el carácter de una correspondencia y no deben requerir ninguna clase de respuesta.¹² En esta forma se redactó el “testamento”, una serie de notas muy breves al principio, dictadas a costa de un enorme esfuerzo durante unos minutos al día. Sin embargo, la fuerte constitución de Lenin parece obrar un milagro. Su estado de salud empieza a mejorar y surgen esperanzas de curación. Podrá dictar hasta tres cuartos de hora cada día, e incluso podrá leer y proseguir la lucha por medio de su fiel “entourage”: su mujer, su hermana y las secretarias, totalmente adietas a él.

El “testamento”, en el sentido estricto del término, está constituido por las notas dictadas entre el 23 y el 31 de diciembre, con un anexo del 4 de enero, notas que en las *Obras* se titulan “Carta al Congreso”. Pero la verdadera exposición de las ideas de Lenin, el testamento en el auténtico sentido del término, lo constituye el conjunto de escritos de este período. En él puede encontrarse una visión coherente de la situación y las perspectivas internacionales, elementos importantes para un programa y una línea de acción, así como un intento de dilucidación en lo que se refiere al desarrollo interno. Además de las notas, existen cinco artículos escritos en enero y febrero de 1922, aunque la mayoría del Buró hizo lo posible para evitar o aplazar su aparición.¹³ Tiempo de reflexión, dictado —a veces con dos versiones—, correcciones, estudios previos, documentación, lectura intensa de obras sobre historia, economía, socialismo, marxismo, problemas agrarios, toda esta tarea estaba estrictamente planificada. En cuanto su estado de salud mejoró un poco, Lenin dictó un plan de trabajo, que al fin llegó a realizar casi por completo.¹⁴ La enfermedad no había disminuido su lucidez, pero la debilitación de sus fuerzas iba a repercutir inevitablemente en la rapidez de elaboración de sus ideas, y a veces también en la claridad de la redacción, en particular durante los primeros dictados, demasiado breves.

¹¹ Relato de Uljanova, la hermana de Lenin, citado en *Sotch.*, t. 45, pág. 591.

¹² *Ibid.*, pág. 170. Véase anexo VI.

¹³ Las notas de Lenin se encuentran reproducidas en el volumen 36 de la cuarta edición en francés de sus obras, los artículos en el volumen 33. Reproducimos el plan de trabajo y el último artículo en los anexos VII y IX. Estas notas y artículos son reproducidos de nuevo en el volumen 45 de la 5.^a edición francesa y en el volumen 54 se reproducen muchas cartas inéditas.

¹⁴ Este plan de trabajo se reproduce en *Sotch.*, t. 45, pág. 592. Véase nuestro anexo VII.

CAPÍTULO VI

EL “TESTAMENTO” DE LENIN

Las notas que Lenin empezó a dictar el 23 de diciembre tenían por objeto, como manifiesta él mismo ya en la primera línea, proponer al próximo congreso del Partido la realización de “una serie de cambios en nuestro sistema político”.¹ Enumera con extrema concisión las razones que le llevan a proponer estos cambios: la dirección del país deberá hacer frente sin duda a un encadenamiento de circunstancias poco favorables, puesto que la lucha se agravará en el terreno internacional. Es preciso en primer lugar reforzar la unidad del Comité Central, a fin de que sea capaz de cumplir la urgente tarea que representa la reorganización o mejor la reconstrucción del aparato estatal, a fin también de impedir que el Partido sucumba al peligro que le acecha: la escisión susceptible de producirse como consecuencia de las luchas entre grupos o entre personalidades. Según Lenin está en peligro la estabilidad del Partido. Y a este problema concede él la prioridad.

Primer remedio: un importante aumento del número de miembros del Comité Central haría que esta asamblea fortaleciera “varios millares de veces” la estabilidad del Partido. Lenin propone asimismo “otorgar, bajo ciertas condiciones, carácter legislativo a las decisiones del *Gosplan*, avanzando así en el sentido de las posiciones del camarada Trotsky, hasta cierto punto y bajo ciertas condiciones”.² Estos conceptos sólo pueden comprenderse insertándolos en el conjunto del plan de Lenin, pero, lo que aquí nos interesa, es el papel que las notas jugaron en el desarrollo de las relaciones entre los jefes y de sus luchas.

La primera nota, la del 23 de diciembre —lo hemos sabido recientemente— fue enviada directamente a Stalin, y estaba destinada a los miembros del Buró Político. Es probable que Stalin no la mostrara a nadie³. Este nuevo indicio de aproximación a Trotsky era inconfundible: se trataba, en efecto, de un tema (el *Gosplan*) que había sido motivo de litigio entre Lenin y Trotsky durante todo el año 1922. Seguirían otras notas, que habrían podido tranquilizar a Stalin si las hubiera visto. Pero no fueron comunicadas a nadie durante algún tiempo; eran, por indicación de Lenin, “categóricamente secretas”.⁴

Las divergencias más serias y la escisión que podía resultar de ellas —los enemigos del régimen tenían razón en contar con ella— podían tener dos orígenes. Uno consistía en la misma base social del régimen. Todo el sistema se basaba en la alianza entre los obreros y los campesinos; si ésta fallaba, era “inútil hablar siquiera de la estabilidad de nuestro Comité Central”. Pero esta eventualidad era lejana e improbable. El peligro más inmediato residía en las relaciones personales en la cumbre del poder. “Más de la mitad del peligro de escisión” que Lenin quería remediar dependía de las relaciones entre Stalin y Trotsky. Después de haber llegado a esta comprobación profética, Lenin esboza los retratos de seis personalidades: Stalin y Trotsky, Zinoviev y Kamenev, Bukharin y Pjatakov. Estas notas, redactadas los días 23 y 24 de diciembre —cuando el estado del enfermo era alarmante en extremo—, revelan un doloroso esfuerzo de reflexión y ponderación, para expresar lo esencial sin frustrar a causa de una palabra imprudente el objetivo perseguido: la continuidad y la estabilidad del poder en manos de un Partido unido.

De los dos hombres más jóvenes, Bukharin y Pjatakov, uno es un brillante teórico, favorito del Partido, y el otro posee voluntad y gran capacidad. Pero también tienen defectos. El pensamiento de

¹ *Sotch.*, t. 45, pág. 343. Para la traducción francesa, véase capítulo V, nota 13.

² *Ibid.*

³ *Ibid.*, págs. 593-594.

⁴ *Ibid.*, págs. 592-593. Las notas debían prepararse en cinco ejemplares —uno para los archivos secretos, uno para Lenin, tres para Krupskaya y debían ponerse en sobres sellados. Voloditcheva reveló estos detalles en 1929. Sólo Lenin tenía derecho a abrir estos sobres y, después de su muerte, Krupskaya. Pero Voloditcheva no osó escribir en los sobres las fatídicas palabras “después de su muerte”.

Bukharin no es enteramente marxista, “ya que hay en él algo de escolástico (no ha aprendido nunca, y creo que nunca ha comprendido plenamente, la dialéctica)”. Pjatakov, por su parte, está “demasiado ligado al lado administrativo de las cosas para que se le pueda confiar una cuestión política importante”. Sin embargo, al tener respectivamente treinta y cuatro y treinta y dos años, todavía estaban a tiempo ambos de corregir sus defectos.

Respecto a Zinoviev y Kamenev, hay una sola observación, cuya interpretación provoca, sin embargo, ciertas dificultades. Se trata de su “episodio de Octubre”, de su actitud en el momento del golpe de Estado: “Evidentemente no fue fortuita, pero no debe invocarse más contra ellos personalmente que el no-bolchevismo de Trotsky”. ¿Por qué esta alusión al pasado? ¿Significa una advertencia? ¿Una disculpa? ¿Ambas cosas a la vez? Quizá será más fácil responder a estas preguntas a la luz de los retratos que Lenin traza de Stalin y de Trotsky, cuyos caracteres opuestos podían provocar una escisión súbita y no intencionada:

“El camarada Stalin, al convertirse en secretario general, ha concentrado en sus manos un poder inmenso, pero no estoy seguro de que sepa usar siempre de él con la necesaria prudencia. Por otra parte, el camarada Trotsky, tal como lo ha demostrado su lucha contra el Comité Central en la cuestión del cornisa-nado de vías y comunicaciones, se distingue no sólo por su capacidad excepcional —personalmente es en forma incontestable el hombre más capaz del actual Comité Central--- sino también por una excesiva confianza en sí mismo y por una tendencia algo excesiva a considerar sólo el lado puramente administrativo de las cosas.”⁵

La idea de que Stalin y Trotsky eran los dos grandes jefes podía con motivo —por la categoría que se otorgaba a Stalin— asombrar al país, herir a Trotsky y sorprender desagradablemente a Zinoviev y a Kamenev que, durante unos años, en el futuro triunvirato, iban a creerse los más fuertes. Por parte de Lenin significaba quizá la comprobación de dos nuevos factores: la importancia del cargo de secretario general creado escasamente ocho meses atrás, y la posibilidad para su detentador de haber adquirido en tan poco tiempo un poder inmenso. Puede observarse asimismo que el paralelo entre Trotsky y Stalin se formula en tales términos que no se puede descubrir en él la menor preferencia, ya que las cualidades que se reconocen a Trotsky tienen como contrapartida importantes defectos. ¿Cuál era la gravedad de su “tendencia a considerar sólo el lado puramente administrativo de las cosas”? Es preciso analizar las cualidades que Lenin exigía a un verdadero jefe: las pone de relieve en sus notas sobre el *Gosplan*. Los días 27, 28 y 29 de diciembre, Lenin enumera y repite con insistencia cuáles eran en su opinión las cualidades que se requerían para dirigir toda gran institución del Estado, las mismas que sin duda debían exigirse a los hombres que ocupaban los cargos supremos. El jefe, según Lenin, debe poseer una sólida preparación científica en una de las ramas de la economía o de la tecnología, debe ser capaz de captar “una realidad global”, debe poder ejercer cierta atracción sobre la gente a fin de guiar y „controlar su trabajo. Al mismo tiempo, debe estar dotado de capacidad organizadora y administrativa. Pero, “la coincidencia de estas dos cualidades en una sola persona se encuentra raramente y no es indispensable”.⁶ En una institución como el *Gosplan*, el aspecto administrativo era secundario. De los dos hombres que formarían un equipo ideal, era el científico, hombre reflexivo y a la vez dotado para las relaciones humanas, quien debería ser el jefe. Lenin creía sin duda haber encontrado así la fórmula ideal para la dirección del Estado. No insistiría tanto si sólo se tratara de mantener a Krjijanovsky a la cabeza del *Gosplan*, poniéndole de adjunto a Pjatakov. Ahora bien, Trotsky y Stalin no formaban un tándem de este tipo. En lugar de complementarse se empeñarían en excluirse mutuamente.

Era sin duda injusto reprochar a Trotsky una actitud que respondía a las circunstancias de la guerra civil y que representaba entonces una fuerza y una garantía de éxito. En circunstancias distintas, Trotsky era más capaz de abordar los problemas del Estado y de la revolución de una

⁵ *Ibid.*, pág. 345.

⁶ *Ibid.*, pág. 351.

forma científica que el resto de los miembros del Comité Central. Podía perfectamente captar “una realidad global” como Lenin exigía de un jefe modelo. Por el contrario, era dudoso que tuviera “poder de atracción”, y, por otra parte, Lenin sabía que carecía de ciertas cualidades de político en un sentido más estricto: flexibilidad con los hombres, afición a la táctica, capacidad de maniobra, habilidad para navegar en la “cocina” política de la dictadura sin inhibiciones ni excesivos escrúpulos. El desarrollo de los acontecimientos demostró que Trotsky era incapaz de jugar este juego, y con mayor razón de salir airoso de él. Lenin tenía razón en dudar de sus facultades de político, aunque las críticas formuladas contra él no lo fueran en términos muy explícitos. En resumen, la posición de Trotsky resulta algo disminuida por las consideraciones del “testamento”, en especial porque no se le sitúa en un plano superior a Stalin y porque su no-bolchevismo, aun no debiendo “ser invocado personalmente contra él”, no deja de ser mencionado.

Si Lenin no encuentra aparentemente nada concreto que reprochar a Stalin, hace, no obstante, una reserva en cuanto a él: ¿sabrá utilizar con suficiente prudencia el inmenso poder que detenta? Pero, en la práctica, esta reserva, cualquiera que fuera el valor de la intuición que la inspiraba, no tenía gran importancia política en estos primeros días de 1923 y no podía perjudicar a Stalin. Supongamos por un momento que la redacción de las notas se hubiera detenido aquí y que hubieran sido leídas seguidamente en la tribuna de un congreso del Partido: hubieran parecido dominadas por un afán de equilibrio, por la voluntad de mantener el *statu quo*, para evitar la escisión. En efecto, salta a la vista el carácter intencionado del reparto equitativo de elogios y censuras. Lenin no podía legar su poder; no era un monarca. No se sentía autorizado a proponer un delfín al Partido, aunque el problema de su sucesión ya le hubiera preocupado antes de su enfermedad. En espera de la hora de “entregar la guardia” se esforzaba en no perjudicar la cohesión de su partido con una preferencia personal demasiado marcada. Y, en el momento de dictar estas primeras notas, seguramente no tenía todavía ninguna. Aunque ya entonces simpatizaba más con Trotsky, tenía que ocultarlo para no envenenar las relaciones entre los dirigentes. No podía ignorar la actitud hacia Trotsky de sus antiguos compañeros de lucha, la de Zinoviev y de Kamenev, la de Stalin y diversos grupos de militantes. Su no-bolchevismo le había perjudicado a menudo en numerosas querellas a propósito de las cuales Lenin había tenido que emplear todo su prestigio para defenderlo. No podía pensar en imponerlo como heredero, tanto menos cuanto que, hasta formarse una nueva opinión de Stalin, no había considerado la hipótesis de un heredero único.

En suma, Lenin sugería en este estadio que los dos altos jefes, Stalin y Trotsky, conservaran ambos su preeminencia, que Zinoviev y Kamenev siguieran en segunda posición, ya que la debilidad que habían mostrado ante una gran prueba no era fortuita y podía por tanto repetirse, que los dos jóvenes, Bukharin y Pjatakov, por último, quedaran en tercera posición a la espera de su perfeccionamiento. Pero, como no se podía resolver mejor la situación, el Partido debía permanecer atento y vigilar a sus jefes, puesto que no estaban exentos de defectos y sus rivalidades podían acarrear consecuencias fatales. Tampoco había que olvidar controlar el uso que Stalin hiciera de su poder. Para ejercer estos controles, era preciso reforzar la competencia y el prestigio del Comité Central. Pero, para apreciar la clarividencia de Lenin, es preciso observar que en aquel entonces ya señalaba el “detalle” que iba a trastornarlo todo, este “poder inmenso” de Stalin que dejaba en clara desventaja a los otros cinco personajes, detalle sobre el cual no hacía ningún comentario de momento, pero del que más tarde extraería consecuencias, al volver sobre el problema de las personalidades tras haber reflexionado largamente sobre las cuestiones de fondo.

En efecto, puesto que su estado de salud todavía se lo permite, Lenin prosigue su trabajo y, diez días después de la redacción de las primeras notas, cuando su atención estaba vuelta ya hacia otros horizontes, añade, el 4 de enero de 1923, un último escrito a su “testamento”, que trastorna por completo todo el prudente equilibrio de los primeros textos, o, mejor, corrige el desequilibrio de hecho del que daba cuenta en forma implícita. Lenin propone apartar a Stalin de sus funciones de secretario general:

“Stalin es demasiado rudo, y este defecto, plenamente soportable en las relaciones entre nosotros, comunistas, se hace intolerable en las funciones de secretario general. Por esta razón, propongo a

los camaradas que reflexionen sobre la forma de desplazar a Stalin de este cargo, y de nombrar en su lugar a un hombre que, en todos los aspectos, se distinga de él por su superioridad, es decir, que sea más paciente, más leal, más educado y más atento con los camaradas, menos caprichoso, etc.”

¿No serían estas palabras expresión de una brusca reacción ante un hecho irritante? Puede sentirse la tentación de relacionarlas con la grave afrenta de Stalin a Krupskaya ocurrida el 22 de diciembre. Stalin no la habría cometido si no hubiera sabido que el león estaba herido de muerte, y Lenin, por su parte, como iba a expresarlo en una carta escrita a Stalin dos meses después, no era hombre que perdonara estas impertinencias: “No tengo intención de olvidar tan fácilmente lo que se ha hecho contra mí, y ni que decir tiene que lo que se hizo contra mi esposa lo considero como si se hubiera hecho contra mí”.⁷: La conmoción que corría el peligro de provocar en Lenin si éste se enteraba de lo sucedido era una razón suficiente para impedir que Krupskaya se lo contara en los últimos días de diciembre, cuando estaba demasiado gravemente enfermo. Por aquel entonces, Krupskaya desahogó su indignación quejándose amargamente a Kamenev en una carta que reproducimos en el anexo V. Pero pudo revelar el incidente a su marido unos días más tarde, ya espontáneamente, ya acosada a preguntas por él, en el caso de que Lenin hubiera notado en ella algún signo de aflicción especial. Lenin, furioso, habría dictado de inmediato esta nota en la que sólo habla de los defectos de carácter de Stalin, sin hacerle reproches de orden político. Los presentadores de las *Obras* suponen que Krupskaya no había contado el hecho a Lenin hasta principios del mes de marzo. Pero esta versión, como cualquier otra, no puede tenerse por cierta. Por otra parte, sabemos lo suficiente sobre Lenin para encontrar a las declaraciones de Ilitch contra Stalin una explicación que cuadre mejor a su carácter, a su conciencia de jefe responsable, para quien la política se antepone a cualquier otra consideración. El estudio de la primera nota del “testamento” muestra claramente cuál era la preocupación más acuciante de Lenin, y algunos otros datos lo confirman. Es vano suponer que una ofensa personal cometida contra su mujer —no olvidemos que considera la rudeza “plenamente soportable” en las relaciones entre los comunistas —le hubiera podido impulsar a un acto político capaz de trastornar las relaciones de fuerza en el seno del Comité Central. Para realizarlo tenía graves razones de otra índole. Para convencerse de ello basta estudiar las notas sobre la cuestión nacional y sobre la autonomización dictadas los días 30 y 31 de diciembre, cuestiones que, fiel a su plan de trabajo, aborda una semana después del comienzo de sus dictados.

Este texto cuenta entre los más importantes del “testamento”, y sin duda es el más significativo en cuanto nos permite medir la profundidad de la crisis que Lenin atravesaba en este período, a la vez que su honestidad intelectual y su audacia política. Es incluso verosímil pensar que sus tribulaciones a propósito de los negocios públicos fueran de tal magnitud que precipitaran el progreso de su enfermedad.

Las consideraciones sobre la cuestión nacional empiezan con una autocrítica: “Por lo que parece soy muy culpable ante los obreros de Rusia por no haber intervenido en forma suficientemente áspera y enérgica en este famoso problema de autonomización que se denomina, diríamos, oficialmente, el problema de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas”.⁸ Sigue una larga justificación personal, especialmente por las circunstancias de la enfermedad, y después la descripción del efecto revelador producido por el informe de Dzerjinsky: ¡la violencia de Ordjonikidze se desató, pues, hasta tal extremo que había sido capaz de golpear a un oponente comunista! “¡En qué lodazal nos hemos hundido!” Al conocer Rusia, su burocracia “apenas matizada de espíritu soviético”, al conocer sobre todo el carácter de “este hombre auténticamente ruso, este chauvinista gran-ruso, esencialmente dañino y agresivo que es el típico burócrata ruso”, Lenin ha podido darse cuenta de que su régimen no ha hecho lo necesario para defender a las naciones minoritarias contra la invasión de los cabos de vara, de los *dzerjinmordy* rusos. Pero la crítica va más lejos: las filas de los culpables no están formadas únicamente, como había creído, por los tráfugas del antiguo

⁷ *Sotch.*, t. 54, pág. 337. Esta carta podrá leerse más adelante.

⁸ *Sotch.*, t. 45, pág. 356.

aparato de opresión; el régimen soviético, los jefes más altos del Partido, habían seguido un comportamiento auténticamente imperialista, aunque fuera sólo en los detalles. Lenin sabía perfectamente, y no temía decirlo, que una situación así, que descubría con consternación, reducía a la nada el valor de “toda la sinceridad de principio, toda la defensa de principio de la lucha contra el imperialismo” proclamadas por el Partido. Esto era tanto más grave cuanto que “el día que llega será precisamente un día en que los pueblos oprimidos por el imperialismo despertarán definitivamente, y empezará una lucha decisiva y difícil para su liberación”. Era inútil añadir que la sinceridad socialista y revolucionaria del Partido era objeto de graves sospechas si se consideraban las actuaciones que Lenin no dejó de estigmatizar en lo sucesivo.

Según Lenin, los jefes del Partido no han comprendido siquiera el primer principio que debía guiarlos a dar una solución al problema de las nacionalidades dentro de un espíritu internacionalista. El proletariado debía, en su propio interés, conquistar la confianza de los pueblos alogenos. Estos experimentaban una profunda desconfianza respecto a la nación mayoritaria, que les había inferido ofensas hirientes y repetidas injusticias; de suerte que si la gran nación se contenta con proclamar una simple igualdad formal, su actitud puede calificarse de burguesa. Para reparar las injusticias cometidas contra las pequeñas naciones, la gran nación de los antiguos opresores está obligada a admitir cierta desigualdad en su propio detrimento, está obligada a practicar una especie de autodiscriminación para compensar la desigualdad de hecho que sigue existiendo en la vida en detrimento de las pequeñas naciones. Es preciso redoblar las atenciones, las concesiones y las medidas prudentes en beneficio de los pueblos pequeños. Esta no era precisamente la política de Stalin, Ordjonikidze y Dzerjinsky. Lenin los condena en términos de una tal severidad que no deja duda en cuanto a su profunda hostilidad política hacia ellos y hacia los que actúan como ellos. Stalin es acusado de una precipitación fatal y de una cólera nefasta contra el pretendido “social-nacionalismo”. Dzerjinsky ha dado muestras de esta actitud “auténticamente rusa” que caracteriza a los extranjeros rusificados; responsable de una comisión investigadora, ha dado pruebas de un prejuicio imperdonable, y los trabajos de su comisión deben considerarse nulos y deben rehacerse “para corregir esta enorme masa de irregularidades y de juicios preconcebidos que contienen sin duda”. Lenin acusa resueltamente a Ordjonikidze y a Stalin de haber actuado como brutales gran-rusos, de haber infringido las reglas del internacionalismo proletario y de haber naufragado en una actitud imperialista. Exige así un “castigo ejemplar” para Ordjonikidze —según Trotsky se trataba de expulsarlo del Partido, al menos temporalmente— y asimismo una inculpación oficial de Stalin y de Dzerjinsky, políticamente responsables. Al propio tiempo, vuelve contra los propios acusadores el calificativo de “desviacionistas”.⁹ Reconoce que todo el proyecto de autonomización “era probablemente injusto en su esencia y prematuro”, admite el mantenimiento de la Unión, pero siempre que se esté dispuesto a hacer marcha atrás, si la experiencia lo muestra necesario, y a dejar subsistir de la Unión solamente la fusión de la política exterior y la defensa, mientras sería necesario “en todos los otros campos, reconstituir la independencia completa de los antiguos comisariados”, es decir, a partir del próximo congreso de los Soviets, volver a las relaciones que existían anteriormente. Es legítimo suponer, como lo hace el historiador norteamericano Pipes, que si Lenin no hubiera sido abatido definitivamente en el mes de marzo, “la estructura final de la Unión Soviética habría sido distinta de la que Stalin iba a darle posteriormente”.¹⁰

Puede emitirse una hipótesis análoga en lo que respecta al conjunto de estructuras del régimen soviético, Entretanto, señalemos que Lenin dictaba estas reflexiones sobre la autonomización precisamente en el momento en que comenzaba el congreso de los Soviets que ratificó la solución sobre la que Lenin abrigaba tantas dudas. Fotieva afirma que esto no sucedió por casualidad, ya que Lenin “experimentaba un creciente sentimiento de inquietud en cuanto a la solución correcta de la cuestión nacional”.¹¹ La crítica de la política de nacionalidades llevada a cabo por Stalin y de su

⁹ Ver más adelante, capítulo VII.

¹⁰ PIPES, *op. cit.*, pág. 276.

¹¹ FOTIEVA, *op. cit.*, pág. 50.

comportamiento con los georgianos explican suficientemente el cambio de actitud de Lenin que le llevó a la idea de destituir a Stalin. Lenin se había formado ya su opinión. En lo sucesivo, sólo le guiarían consideraciones de orden táctico en la elección de los métodos y de los plazos adecuados para la defensa de sus nuevas ideas.

CAPÍTULO VII

“EL ASUNTO CLANDESTINO”

Los meses de enero y febrero de 1923 fueron para Lenin dos meses de intenso trabajo. Durante este período, su salud experimentó altos y bajos. A veces su humor era excelente, se comprobaba una mejoría del estado general, Lenin estaba satisfecho de sus dictados y bromeaba. Los médicos le concedían entonces un tiempo suplementario de trabajo y el permiso de leer, después, cuando pareció ceder la parálisis de la mano derecha, consideraron incluso la posibilidad de permitirle recibir visitas y leer los periódicos. Con frecuencia, Lenin se sentía perfectamente, hasta tal punto que un día llegó a creer que su enfermedad era sólo nerviosa.¹ Pero los buenos ratos alternaban con períodos de gran fatiga, de disminución de la memoria, de dificultad en el hablar, de tensión y de dolores. Los que le rodeaban estaban atentos al flujo y al reflujo de la enfermedad; los miembros del Buró Político observaban vigilantes las alternancias de su dolencia. Durante estos meses, se jugaba el futuro del poder y la suerte de sus jefes. Y todo dependía de la respuesta que el destino diera a la pregunta: ¿se restablecería Lenin y podría participar en el congreso del Partido? Y, en este caso, ¿qué es lo que diría?

Durante estos dos meses de enero y febrero, a través de cinco artículos en los que desarrollaba las ideas expuestas en las notas, los proyectos de Lenin se convirtieron en un vasto programa de estrategia política preparada con miras al próximo congreso del Partido que debía celebrarse dentro de unas semanas. Lenin se siente impelido a acelerar su preparación, tanto por el temor de no poder asistir a él como por el carácter urgente de las reformas preconizadas.

En el terreno práctico, tres cuestiones dominaban su atención.

Primero, quería conocer los resultados del censo de funcionarios en las grandes ciudades, que acababa de realizarse a instancias suyas. Su obsesión por la burocracia había motivado que reclamara con frecuencia estos datos. Finalmente, su secretaria tuvo que confesarle que estos documentos no se le podían proporcionar sin la autorización de Stalin; Lenin lo ignoraba. Según el relato de Fotieva en sus *Memorias*,² este asunto provocó un gran malhumor en Lenin tres días más tarde, el 10 de enero y, un mes después, el 12 de febrero, provocó en él una verdadera crisis. Uno de los médicos, Föster, que iba ya a permitirle visitas y periódicos, puso fin bruscamente a sus esperanzas y prohibió la “información política”. Cuando Lenin le preguntó qué es lo que entendía con ello, el médico respondió: “Ah, por ejemplo, usted se interesa por la cuestión del censo de los funcionarios soviéticos”. Esta respuesta causó tal conmoción en Lenin que le temblaban los labios; el hecho de que los médicos estuvieran al corriente de tales detalles e hicieran distinciones de este tipo no hacía más que confirmar sus sospechas. Fotieva anota en el “Diario”, en un estilo cauteloso: “Es probable, por añadidura, que Lenin adquiriera la impresión de que no son los médicos quienes dan las órdenes al C. C., sino el C. C. a los médicos”. En realidad, para Fotieva, ya no se trataba de una simple probabilidad, sino de una verdadera certidumbre.³

Segunda cuestión que preocupaba a Lenin: su proyecto de fusión del comisariado para la Inspección Obrera y Campesina con la Comisión Central de Control, pieza maestra de su plan de reorganización del Comité Central y de toda la cima del organigrama del Partido. En el “Diario” se ve constantemente que Lenin pide la opinión de su adjunto Tsjurupa y de los miembros del comisariado a quienes se han comunicado sus proyectos. Los impele a actuar, a preparar estos cambios importantes para el Estado, y por último se muestra firmemente decidido a llevar todo este

¹ Véase el “Diario” en la fecha del 14 de febrero. No sabemos cuál era en este momento el diagnóstico de los médicos y qué sabía Lenin de él. El fallecimiento fue atribuido a arteriosclerosis.

² FOTIEVA, *op. cit.*, pág. 70

³ Véanse las notas de Fotieva en el “Diario” el 1 y el 3 de febrero.

asunto a conocimiento del Congreso.

Pero las principales fuentes de actividad y de inquietud seguían siendo el embrollo georgiano y la constitución de la U.R.S.S. Una vez determinada su opinión de principio y realizado su juicio sobre las personas en su memorándum de diciembre, Lenin tenía que actuar, y actuar aprisa, a fin de reunir antes de la apertura del congreso la documentación necesaria para determinar las faltas cometidas y el papel exacto de los responsables, dadas las medidas radicales que debían caer sobre estos últimos. Una vez más, podemos situar en forma bastante satisfactoria la “gran conspiración” de Lenin gracias al “Diario” y a diversos textos dispersos en la 5.ª edición de las *Obras*. El 24 de enero, después de haber terminado y remitido a *Pravda* su artículo sobre la Inspección Obrera, Lenin llamó a Fotieva y pidió los expedientes de la comisión investigadora Dzerjinsky sobre Georgia. Ignoraba que esta cuestión iba a ser debatida de inmediato en el Buró Político. El día siguiente, Lenin pregunta de nuevo si Stalin o Dzerjinsky le habían enviado el expediente. Entre tanto, el Buró Político aprueba en sus deliberaciones las conclusiones de la comisión, condena una vez más a los georgianos y justifica a Ordjonikidze y a Stalin. La comisión había aconsejado que Mdivani, Makharadze, Tsintsadze y otros fueran llamados a Moscú. Este consejo fue aprobado, y Pipes llega a afirmar que la orden fue cursada incluso antes de la reunión del Buró.⁴

Fotieva logró mantenerse al corriente de todo lo que sucedía en las alturas. Encontraría también la forma de hacérselo saber a Lenin, el 3 de febrero, “como por torpeza”. Cuando Fotieva reclama de nuevo informes del expediente, choca esta vez con una fuerte oposición. Dzerjinsky le dice que vaya a ver a Stalin, y Stalin no está en Moscú. Al fin, éste le informa de que no puede entregarle el expediente hasta que el Buró haya decidido algo al respecto. Stalin interroga a Fotieva para saber si no ha dicho demasiado a Lenin, quien, terminantemente, debe mantenerse alejado de toda información sobre los asuntos corrientes. Fotieva lo niega, pero repetirá la conversación a Lenin, que hará esta breve observación, maliciosa e irritada: “¿Entonces el asunto nacional es un asunto corriente?” Lenin ha insistido demasiado para que Stalin le pueda negar el expediente sin estar cubierto por el Buró ya que, evidentemente, no se trataba de un asunto corriente. Fotieva, sin citar las fuentes, refiere un intercambio de mensajes entre Kamenev y Stalin en el curso de la sesión del Buró:

Kamenev: “Puesto que Vladimir Ilitch insiste, creo que será peor negárselo”.

Stalin: “Yo no sé nada; que haga lo que le parezca”.

Pero, evidentemente, éste no era su deseo, puesto que exige que se le libere de la carga de responsable del régimen médico de Lenin. El Buró hace caso omiso y decide enviar el expediente a Lenin, sin comprender del todo lo que éste intenta hacer con él.⁵

Lenin quería simplemente verificar los hechos por sus propios medios. A este objeto, constituyó una comisión investigadora privada, formada por Gorbunov, su encargado de negocios en el S.N.K., y por sus secretarías Fotieva y Gliasser. Las primeras cuestiones que esta comisión debía poner en claro —seguirían otras a medida que avanzara el estudio del expediente— eran las siguientes:

- 1) ¿Por qué se acusaba de desviacionismo al antiguo C.C. georgiano?
- 2) ¿Qué se le reprochaba como infracción a la disciplina?
- 3) ¿Por qué el *Zakkrajkom* era acusado de represión con respecto al C.C. georgiano?
- 4) Medios físicos de la opresión «biomecánica».
- 5) Línea del C.C. del P.C.R. en ausencia de Vladimir Ilitch y en su presencia.
- 6) ¿Con quién ha entrado en relaciones la comisión? ¿Ha investigado exclusivamente las acusaciones contra el C.C. georgiano, o también las que se han formulado contra el *Zakkrajkom*? ¿Ha estudiado el caso de «biomecánica»?
- 7) Situación actual; la campaña electoral, los mencheviques, la opresión, la querrela nacional.”⁶

⁴ PIPES, *op. cit.*, pág. 282 y FOTIEVA, *op. cit.*, pág. 54.

⁵ FOTIEVA, *op. cit.*, págs. 64-65.

⁶ *Sotch.*, t. 45, págs. 606-607

Con estas indicaciones, y constantemente impulsados por Lenin, sus tres auxiliares pusieron manos a la obra, esperando terminarla en tres semanas. Lenin plantea a Fotieva preguntas cada vez más precisas, ya que su inquietud se revela cada vez más fundada, y la responsabilidad de las personas implicadas más grave. El 14 de febrero, la comisión recibe nuevas indicaciones, que denotan el estado de ánimo de Lenin y su resolución de no dejar nada en la sombra:

“Tres nociones fundamentales: 1) no está permitido golpear a nadie; 2) las concesiones son indispensables; 3) no se puede comparar un pequeño Estado con otro grande.

“¿Stalin estaba enterado (del incidente)? ¿Por qué no reaccionó?”

La falta personal se convierte en una falta política de máxima gravedad. Más adelante leemos: “El calificativo de «desviacionistas» con el significado de desviación chauvinista y menchevismo demuestra la misma desviación en los *velikoderjavniki*”. Este término, que engloba bajo una misma denominación a los hombres que Lenin critica, es difícil de traducir; evoca la idea de chauvinismo, de egocentrismo de gran potencia, de imperialismo. Lenin está ahora decidido a suprimir esta tendencia adversa del Partido. En cierto sentido, incluso pasa de inmediato a la acción, puesto que cursa la siguiente orden: “Directiva de Vladimir Ilitch: hacer alusión ante Soltz a la idea de que está (Vladimir Ilitch) del lado del más débil. Dar a entender a alguno de los ofendidos que toma su partido”.⁷ Lenin no desea pues seguir guardando el secreto ni la neutralidad; por el contrario, intenta prevenir a los interesados. Soltz, puesto al corriente, ha informado sin duda a los miembros del Buró Político y probablemente a Stalin. Por su parte, los georgianos deben de haber comunicado la noticia a alguno de sus protectores. Esta debe pues haber circulado, en forma bastante limitada al principio, pero suficiente para reforzar la vigilancia de una y otra parte. Es posible que desaparecieran del expediente documentos excesivamente comprometedores. No sin asombro, Fotieva se entera por Soltz y escribe lo siguiente: “Camaradas del. C.C. georgiano le han remitido material referente a toda clase de vejaciones cometidas contra los georgianos (partidarios del antiguo C.C. del P.C.G.). En cuanto al incidente —la ofensa cometida por el camarada Ordjonikidze contra Kabanidze—, la comisión, central de control poseía una declaración de la víctima, pero ha desaparecido. A mi pregunta: «¿Cómo, desaparecida?», el camarada Soltz ha respondido: «Así, desaparecida». Pero esto no tiene mayor importancia, ya que el C.C.C. dispone de un informe objetivo de Rykov, que estaba entonces en el escenario de los hechos”.⁸ (Sin perdernos en detalles, se podría poner en duda la objetividad de Rykov, quien, el 9 de diciembre, en ocasión de su informe a Lenin, no dijo ni una palabra del incidente, del que Lenin se enteró por el propio Dzerjinsky, tres días más tarde.)

Lenin espolea a su comisión; su estado de salud es precario y quiere a toda costa dirigir un memorándum sobre la cuestión nacional al congreso que se avecina. Sin embargo, nuevos elementos pueden exigir una ampliación de la encuesta, quizás incluso el envío de alguien al lugar de los hechos, cosa que requeriría bastante tiempo. Cualquier retraso de la comisión, dice el 4 de febrero a Fotieva, corre el riesgo de echarlo todo a perder y de provocar en él el mayor de los disgustos. Ninguna nota en el “Diario” entre el 14 de febrero y el 5 de marzo. Los presentadores de las *Obras* tampoco proporcionan indicación alguna sobre estas tres semanas. Es probable que Lenin no escribiera nada durante este tiempo, y por otra parte sus secretarías están muy ocupadas con el trabajo en la “comisión clandestina”.⁹ Sin embargo, conocemos un hecho: el 3 de marzo la comisión envía sus conclusiones.¹⁰ Pero aún hoy seguimos ignorando el contenido de este documento. ¿Por qué no lo ha publicado todavía el Instituto del Marxismo-Leninismo? ¿Habrá “desaparecido”, al

⁷ *Ibid.*, pág. 107. Estas notas fueron redactadas por Fotieva. Soltz era uno de los dirigentes de la Comisión Central de Control.

⁸ FOTIEVA, *op. cit.*, pág. 75.

⁹ Fotieva menciona, sin embargo, en *Iz vosporninanj...* notas tomadas el 10 de enero (pág. 70) y el 16 de febrero (pág. 75). Pero éstas no figuran en el “Diario”.

¹⁰ *Sotch.*, t. 45, pág. 714.

igual que la acusación de Kabanidze? Hasta ahora, no se sabe nada en concreto. De cualquier modo, los resultados de los trabajos de la comisión debieron dar el carácter de un combate en toda regla a los dos últimos días activos de Lenin. Debieron llevar al colmo su amargura y su cólera contra sus compañeros de equipo, y debieron reforzar su convicción de que el asunto georgiano no era más que el indicio de un mal mucho más profundo.

Pero las fuerzas declinantes de Lenin no iban a permitirle vivir por mucho tiempo en una tal tensión moral y nerviosa. A causa de ello, su enfermedad se agravaría de una manera fatal. Y, efectivamente, bajo la acción conjugada del drama que vivía y del proceso esclerótico progresivo, Lenin empezó a encontrarse muy mal.¹¹

Sin duda, ésta fue la razón que le impulsó a descargar sin más dilación los golpes que preparaba desde hacía dos meses contra sus adversarios, aunque fuera un poco prematuro hacerlo. Los tres primeros asaltos fueron dirigidos contra un solo y único objetivo: Stalin. Ocultando a los médicos la profunda emoción que le embargaba cuando tomó estas decisiones, les dijo, relata Fotieva, que se trataba sólo de unas cartas de trámite. Llamó a Voloditcheva hacia el mediodía del 5 de marzo y dictó dos cartas.

La primera, altamente secreta, y escrita en un tono afectuoso muy raro en Lenin, estaba destinada a Trotsky y su contenido debía serle comunicado de inmediato por teléfono. Helo aquí:

“Te ruego con insistencia que te encargues de la defensa del asunto georgiano en el Comité Central del Partido. Este asunto se encuentra actualmente bajo la «persecución» de Stalin y de Dzerjinski, y no puedo fiarme de su imparcialidad, sino todo lo contrario. Me sentiría tranquilo si consintieras en tomar a tu cargo la defensa; si no consientes, por cualquier razón, devuélveme el expediente, y veré en ello la señal de tu desacuerdo.

Con mi mejor saludo de camarada, Lenin.”¹²

Lenin no podía hacer nada sin un aliado. Trotsky no era sólo el único posible, sino también un apoyo seguro. Con la protección de Lenin vivo, Trotsky era todavía invencible en estos primeros meses de 1923. La fórmula de saludo era tan calurosa que Stalin, obligado a leer esta carta ante el Comité Central en julio de 1926, cuando su posición no podía ser ya seriamente amenazada, prefirió, sin embargo, cambiarla por un simple: “Con mi saludo comunista”.¹³ Esta carta significaba una gran victoria para Trotsky: la conclusión definitiva de este “pacto contra la burocracia” que Lenin le había propuesto a principios de diciembre y cuya realización había esperado en vano.¹⁴ Podía sentirse también auténticamente consagrado como heredero, y, por lo tanto, sentirse seguro en cuanto al resultado final de la sorda intriga que se tramaba contra él desde la enfermedad de Lenin.

Este, después de haber tomado las decisiones políticas, podía ahora permitirse llevar más lejos la ofensiva y saldar con Stalin una cuenta privada. En espera de la respuesta de Trotsky a su primera carta, se puso a dictar otra a Stalin respecto a la ofensa que éste infirió a Krupskaya, pero la fatiga a la vez, y también ciertas dudas de orden táctico, le impulsaron a dejar para el día siguiente la redacción definitiva de este difícil mensaje. Lenin se preguntó sin duda si esta intervención de carácter personal no atenuaría el alcance de la crítica de principios, y si era compatible con su actitud global. Pero al día siguiente, al enterarse de la respuesta de Trotsky, que evidentemente fue positiva,¹⁵ acabó el dictado, lo leyó de nuevo y pidió a Voloditcheva que llevara la carta a Stalin y esperara su respuesta. He aquí el texto glacial de este mensaje, destinado a herir lo más duramente posible:

“Al camarada Stalin,
altamente secreto, personal,

¹¹ Véase, “Diario” del 5 y 6 de marzo, y TROTSKY, *La Révolucion défigurée*, op. cit., pág. 164.

¹² *Sotch.*, t. 54, pág. 329.

¹³ TROTSKY, op. cit., pág. 163.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 165.

¹⁵ Véase nuestra nota sobre la respuesta de Trotsky en el anexo VIII.

copias a los camaradas Kamenev y Zinoviev.

Muy respetable camarada Stalin,

Te has permitido la grosería de llamar por teléfono a mi mujer y de injuriarla. Ella estuvo de acuerdo en olvidar lo que se dijo. Sin embargo, lo comunicó a Zinoviev y a Kamenev. No tengo la intención de olvidar lo que se ha hecho contra mí, y ni que decir tiene que lo que se hizo contra mi esposa lo considero hecho contra mí. Esta es la razón de pedirte que consideres si estás dispuesto a retirar lo que dijiste y a presentar tus excusas, o si prefieres romper las relaciones entre nosotros.

Con respeto, Lenin.”¹⁶

Este 6 de marzo, a medida que transcurre el tiempo, Lenin va de mal en peor y esto le hace quemar etapas. El día anterior, Fotieva y Gliasser, que iban y venían entre Lenin y Trotsky — inmovilizado él también por un lumbago en otro apartamento del Kremlin—, habían anunciado a este último que Kamenev salía para el Cáucaso y que él, Trotsky, podía confiarle, si lo deseaba, cualquier encargo.¹⁷ No se sabe con exactitud cuál era el objeto del viaje de Kamenev. Pero Trotsky, que había recibido el memorándum del 20 de diciembre y otros papeles de Lenin sobre Georgia, propuso mostrar estos textos a Kamenev para que de inmediato pudiera tomar ciertas medidas sobre el terreno. Fotieva fue a plantearle el asunto a Lenin, y regresó con una respuesta categóricamente negativa: “De ningún modo. Vladimir Ilitch dice que Kamenev enseñará la carta a Stalin, que cerrará un trato desigual y lo traicionará luego”.¹⁸ Esto sucedía probablemente por la mañana. Poco después de la primera respuesta, Fotieva fue a ver a Trotsky otra vez con nuevas instrucciones de Lenin y un ejemplar de otra carta. Lenin proponía esta vez que se revelara todo a Kamenev, e incluso que se le diera a conocer este nuevo mensaje, dirigido a los supuestos desviacionistas georgianos. Se trataba de cuatro líneas cargadas de ardor combativo:

“(rigurosamente secreto)

A los camaradas Mdivani, Makharadze y otros. ¡Queridos camaradas!

Sigo vuestro asunto con todo mi corazón. Disgustado por la rudeza de Ordjonikidze y la connivencia de Stalin y de Dzerjinsky, preparo notas y discurso para vosotros.

Respetuosamente. Lenin.
6 de marzo de 1923.”¹⁹

Esta actitud estaba lejos de la irritada respuesta de que hizo objeto a los georgianos el 21 de octubre. Lenin había llegado a conclusiones diametralmente opuestas. No se lo ocultaba a sí mismo, y esto era una razón más para defenderlos.

Trotsky, asombrado por el cambio de Lenin en cuanto a la participación de Kamenev en el secreto, pidió explicaciones. Fotieva le dijo lo que suponía: “Probablemente es porque Vladimir Ilitch se siente peor y se apresura a hacer cuanto le es posible”. Puede confiarse en la veracidad de Trotsky cuando cita que una de las secretarías de Lenin, probablemente Gliasser, le dijo: “Vladimir Ilitch prepara una bomba contra Stalin”.²⁰

A pesar del deseo claramente expresado por Lenin de que la carta en que exigía excusas llegara a manos de Stalin, Krupskaya titubeó en hacer transmitir el mensaje. Evidentemente, en esta época ya temía al *genssek*. Pidió a las secretarías que aplazaran el envío de la carta. Pero, al día siguiente, Voloditcheva se negó a toda vacilación: estaba obligada a ejecutar las órdenes terminantes de

¹⁶ *Sotch.*, t. 54, págs. 329-330.

¹⁷ *Ibid.*, pág. 329.

¹⁸ TROTSKY, *op. cit.*, págs. 163-164. El “Diario” y las otras fuentes a que nos referimos aquí permiten constatar la exactitud del testimonio de Trotsky sobre estos puntos. Lo único que quizá le sucede es equivocarse en veinticuatro horas en la cronología de los hechos.

¹⁹ *Sotch.*, t. 54, pág. 330.

²⁰ TROTSKY, *op. cit.*, pág. 164.

Lenin. Krupskaya buscó consejo antes de decidirse y, como lo hacía a menudo, recurrió al amable Kamenev. Debió ser en esta ocasión cuando Kamenev se enteró de que “Vladimir Ilitch se preparaba para aplastar políticamente a Stalin”.²¹ Voloditcheva llevó entonces la carta a Stalin, quien respondió de inmediato pidiendo disculpas, como más tarde se supo gracias al testimonio de la hermana de Lenin. Pero Lenin no pudo enterarse de estas disculpas: ese día, 7 de marzo, fue víctima de un grave ataque. Su estado se agravaba peligrosamente. El 10 de marzo, la mitad de su cuerpo estaba paralizado. Lenin ya no iba a recuperar jamás el habla.²²

La vida política de Lenin había terminado. Tenía sólo cincuenta y tres años y moriría once meses después, el 21 de enero de 1924. Su organismo de hierro no había cesado de librar un combate desesperado.

²¹ DEUTSCHER, *op. cit.*, pág. 90.

²² Véase en el anexo X nuestra nota sobre la enfermedad de Lenin después de la recaída del 10 de marzo.

CAPÍTULO VIII

RUSIA ENTRE OCCIDENTE Y ORIENTE

La parte más característica y sorprendente de la evolución de Lenin a lo largo de los últimos ochenta días durante los cuales pudo todavía concebir ideas y expresarlas, es la que se refiere a las reflexiones sobre individuos. Sin embargo, estas reflexiones sólo son en cierto modo derivaciones. Lenin no pierde de vista los problemas globales que su Estado debe afrontar,

Y, naturalmente, el principal análisis, el que permite integrar todos los otros datos, apreciar las grandes tendencias de la evolución y ponderar, por parte de los dirigentes, las razones para confiar o para temer, es el de la política mundial. Ahora bien, la situación se desarrollaba entonces precisamente en dirección contraria a la que los bolcheviques previeran después del éxito de la toma del poder. No se había producido ninguna revolución en los países occidentales. En los sitios donde había estado a punto de triunfar, sus partidarios no podían ahora levantar cabeza. Entre los otros países, los principales habían adquirido una estabilidad inesperada y la posibilidad, al parecer, de brindar a sus proletarios ventajas tales que las perspectivas revolucionarias en Occidente parecían esfumarse por el momento. A causa de esto, y concienciando la soledad de Rusia, Lenin busca apoyo en otras partes. Y se volverá hacia Oriente con creciente confianza.

Observaba en aquella zona los comienzos de un proceso de inmensos alcances. Bajo la presión de la misma fuerza que frenaba y oprimía Alemania, las masas asiáticas entraban en la era capitalista, pero penetraban a la vez en un período de conmociones revolucionarias de carácter nacionalista y anti-imperialista. Es por ahí que Lenin entrevió a largo plazo el fin del aislamiento ruso, con la esperanza de un renacimiento de las fuerzas revolucionarias en el mundo:

“El resultado de la lucha depende en última instancia del hecho de que Rusia, India, China, etc., forman la inmensa mayoría de la población del globo. Y es precisamente esta mayoría de población la que, desde hace algunos años, es impulsada con increíble rapidez a la lucha por su liberación. A este respecto, no puede haber ninguna duda en cuanto al resultado final de la lucha a escala mundial.¹

Aunque el resultado final siga siendo hoy una incógnita, la conjetura era acertada en cuanto a la dinámica de la historia contemporánea. Con un sentido profundo de las realidades, Lenin prevé igualmente que el desarrollo del proceso revolucionario adquirirá en el futuro formas todavía más específicas y desconcertantes, para los defensores de un marxismo demasiado esquemático, que las que había conocido en Rusia. En este contexto, Lenin examina el carácter específico de la revolución rusa. Lo explica por la posición de Rusia entre el mundo de la civilización capitalista y el Oriente asiático, con una preponderancia de elementos orientales, en aquel momento. A veces se busca la explicación del desarrollo del fenómeno estaliniano en una herencia oriental: esta interpretación es bastante leninista. No deja de tener interés citar a este respecto un párrafo del texto *Sobre nuestra Revolución*, escrito contra las tesis de los socialdemócratas. Estas no toman en cuenta el hecho de que “Rusia, situada entre los países civilizados y los países que esta guerra lleva por primera vez definitivamente a la civilización, es decir, todo el Oriente, los países extraeuropeos, podía, y, por consiguiente, tenía que mostrar algunos rasgos particulares, inscritos evidentemente en el mareo general de la evolución mundial, pero de naturaleza tal que diferenciaban su revolución de todas las revoluciones anteriores de la Europa Occidental, y que contenían en relación a éstas

¹ *Sotch.*, t. 45, pág. 404. Véase anexo IX.

elementos nuevos propios de los países orientales”.²

Esto constituye una fuente de dificultades y de debilidad. Durante un cuarto de siglo, arrastrará a Rusia hacia un sistema que a algunos les gusta caracterizar con el concepto de “modo de producción asiático”. Pero, al mismo tiempo, era también casi una ventaja estratégica: la faz occidental de Rusia era demasiado débil para poder desencadenar revoluciones en el Oeste, pero su faz asiática parecía tener mejores condiciones para jugar el papel de acelerador y de modelo entre las multitudes orientales. Lenin estaba seguro de ello, pero para un porvenir lejano. El problema del estadista consistía en responder a esta pregunta: ¿Cómo resistiría Rusia hasta la llegada de estos refuerzos? Lenin no ocultaba a sus conciudadanos que el juego estaba lejos de haber sido ganado, y es preciso señalar que sus declaraciones eran publicadas en los grandes periódicos. ¿Era posible que la Rusia soviética se beneficiara durante mucho tiempo de la pugna entre Occidente y el Japón, que había actuado a su favor durante la guerra civil? Lenin no quiere pronunciarse. No escatima las profecías optimistas en cuanto a la sabiduría de la historia en general, pero se abstiene prudentemente de formular previsiones demasiado tranquilizadoras para el porvenir inmediato.

Se observa que la perspectiva de Lenin en este campo no es la que adoptaron sus sucesores, es decir la que se expresa en la tesis del “socialismo en un solo país”. Por el contrario, se trata de *proderjatsija*, de resistir hasta la llegada de refuerzos y, entretanto, de construir, no inmediatamente, el socialismo, sino una sociedad de transición. En “Más vale menos pero mejor”, Lenin afirmará: “No somos lo bastante civilizados para poder pasar directamente al socialismo”. La idea central de este artículo, que contiene la quintaesencia del legado que quería hacer a su pueblo antes de morir, es que los objetivos deben ser más modestos, más realistas, menos ambiciosos; hay que desconfiar de la megalomanía. Pero este realismo no lograba todavía desvanecer el malestar que la situación específica de la revolución rusa provocaba entre sus más fervientes promotores. Era paradójico, aberrante incluso, que el poder proletario se viera en la imposibilidad de abordar las tareas para las que había nacido. Por muy ocupado que estuviera en asegurar la supervivencia práctica de la revolución, Lenin sentía también este malestar y, en consecuencia, se esforzaba en demostrar la legitimidad de la revolución dentro de los términos de la teoría marxista. Al estar persuadidos los marxistas de que podían prever mejor que nadie el curso de la historia, era embarazoso para ellos que los acontecimientos que acaecían en la realidad no se parecieran a determinados clisés establecidos.

En efecto, la revolución rusa encajaba tan mal en la interpretación más corriente del marxismo, parecía tan “anti-marxista” a sus adversarios, que los mencheviques, derrotados y agostados en la arena de la acción histórica, especialmente gracias al genio político de Lenin, podían, sin embargo, blandir contra él los términos de la doctrina con un sentimiento de superioridad. La toma del poder político en ausencia de una infraestructura adecuada, la dictadura del proletariado casi sin proletariado, acaparada por un partido en el seno del cual éste era minoritario, la readmisión del capitalismo después de una revolución pretendidamente socialista, la omnipotencia de una enorme máquina estatal burocratizada a medida de sus deseos, y tantos otros hechos innegables que desafiaban la doctrina y la sensatez. ¡Y he aquí que ahora las apuestas se hacían sobre las masas precapitalistas de Oriente en lugar de contar con el Occidente civilizado! En su lecho de enfermo, Lenin estudia estas críticas. La respuesta del teórico no es más ortodoxa que la acción del estadista.

“¿Y si la situación absolutamente sin salida, al decuplicar las fuerzas de los obreros y de los campesinos, nos ha ofrecido la posibilidad de proceder a la creación de las premisas esenciales de la civilización: al contrario de lo que han hecho todos los otros Estados de la Europa occidental? [...]

[...] Si, para crear el socialismo, es preciso haber alcanzado un nivel de cultura determinado [...], ¿por qué no teníamos que empezar nosotros por conquistar en forma revolucionaria las condiciones previas de este nivel determinado para, a continuación, valiéndonos del poder obrero y campesino y del régimen soviético, ponernos en movimiento y alcanzar a los otros pueblos?”

² *Ibid.* pág. 379.

Todavía hay más; haciendo una cita un tanto sorprendente, Lenin añade: “Recuerdo que Napoleón dijo: *On s'engage... et puis on voit*”.³ La Rusia soviética contemporánea, seguida por China o Cuba, ha demostrado con hechos que se podía conquistar el poder primero y dedicarse a alcanzar el nivel de las otras naciones después. Sin embargo, la máxima “*On s'engage... et puis on voit*” no deja de ser ambigua. Lenin, marxista en toda su *Weltanschauung* y en su sistema de comprensión de las realidades sociales, partidario de una acción siempre en función del estado de madurez de las fuerzas sociales, apartado de todo espíritu aventurero, parece decir a la vez que el momento de la toma del poder y la manera de tomarlo no pueden ser estrictamente calculados en términos de un análisis histórico-social teórico. El acto revolucionario, como toda política, es en cierto sentido un arte, en el cual el realismo se mezcla íntimamente con el amor al riesgo. Ninguna revolución concordaba por completo con la teoría que la había precedido y tendía a realizarla. Por esta razón, el mensaje de Lenin a los futuros revolucionarios, aunque parezca casi una llamada a la aventura, exige sobre todo que se prescinda de clisés, cualquiera que haya sido su utilidad en el pasado. En este sentido, contiene una advertencia implícita contra los clisés que pudieran originarse en las propias teorías leninistas.

Todo esto no era fácil de decir, y Lenin no habría sentido este curioso deseo de justificar su victoria si hubiera estado seguro de la supervivencia de su régimen. Este no era el caso. La revolución todavía podía ser aplastada, y de ser así Lenin no sabía cómo la juzgaría la historia.

El estudio de los problemas internacionales no agotaba la lista de peligros que acechaban al Estado soviético. Se vería obligado a maniobrar en circunstancias cada vez más complicadas.⁴ Entonces, puesto que había decidido resistir todo el tiempo que hiciera falta, ¿mediante qué programa, por medio de qué reformas internas se lograría?

El tumor burocrático inquietaba, ciertamente, a Lenin pero, a su juicio, no era de ahí de donde procedía la amenaza más grave: una ruptura entre los obreros y los campesinos sería el fin de la revolución. El análisis, fundado casi siempre en la existencia de dos clases fundamentales, tendría que integrar con la *Nep* una tercera, la burguesía. La perspectiva era todavía más sombría. Al proponerle un aliado eventual, se hacía más palpable el riesgo de defección del campesinado. La alternativa era entonces la siguiente: “La suerte de nuestra república dependerá a fin de cuentas de esto: la masa campesina, fiel a su alianza con la clase obrera, ¿marchará con ésta, o permitirá que los *nepmany*, la nueva burguesía, la desuna, la separe de los obreros?”⁵ La alianza sobre la que descansa la existencia del régimen es precaria, Lenin no lo oculta. Ciertamente, el pequeño y el ínfimo campesinado, nacidos de la revolución, confían en el sistema soviético: “No obstante, con esta confianza en la revolución y sólo con ésta, no nos es fácil resistir hasta la victoria de la revolución socialista en los países más avanzados”.⁶ El campesinado está demasiado atrasado para que se pueda contar con su seguro apoyo, tanto más cuanto que la guerra civil y la intervención extranjera han hecho retroceder la economía del país.

Una base social cual la descrita compromete a un tiempo la estabilidad del Estado y la del Partido. Y la del Partido está ya amenazada por la posibilidad de una repentina escisión provocada por un choque entre los jefes. De nuevo, Lenin siente la necesidad de justificarse desde el punto de vista de la doctrina en cuanto a la importancia que da a las relaciones entre las personalidades para el desarrollo de la historia, importancia que un dogma sociológico difundido por el padre del marxismo ruso, Plekhanov, había minimizado. Una vez más, Lenin tenía razón.

A los albueros de la alianza por una parte, al peligro de escisión en el Partido por la otra, es preciso oponer por un lado medidas a largo término, y por otro una reorganización inmediata de los peldaños superiores de la máquina gubernamental. En este marco, los proyectos de Lenin deben ser considerados como medidas de urgencia, aun cuando la mayoría de ellos sólo pudieran dar fruto al cabo de bastante tiempo. Los dos tipos de remedios van unidos uno a otro, la eficacia y el menor costo posible de la máquina gubernamental debían contribuir a atraerse a los campesinos. Es preciso

³ *Ibid.*, págs. 380-381.

⁴ *Ibid.*, págs. 343-344.

⁵ *Ibid.*, págs. 387-388.

⁶ *Ibid.*, pág. 401.

conquistar al campesino, evidentemente, pero no por medio de la propaganda comunista. El Partido es puesto en guardia contra una empresa de este tipo:

“Esto no debe tomarse en el sentido de que deberíamos llevar de inmediato al campo las ideas comunistas puras y simples. Mientras no tengamos una base material para el comunismo en las aldeas, puede decirse que esto sería realizar un trabajo nocivo, un trabajo nefasto para el comunismo.”⁷

Lenin piensa en un sistema de iniciación gracias al cual las células obreras de las ciudades difundirían en el campo la influencia urbana y soviética, a condición, sin embargo —ya que Lenin conocía su mundo—, de que esta especie de patronazgo fuera totalmente voluntario y no se convirtiera a su vez en un cuerpo burocratizado.

Quizá podría definirse globalmente el programa de Lenin respecto al campesinado en la consigna: “revolución cultural”. Este concepto, en la actualidad muy en boga en un país que dice ser leninista, se caracteriza ante todo en Lenin por un realismo y un antidogmatismo que no podría dudarse en calificar de exacerbados. Lenin ridiculiza despiadadamente a todos los que parlotean sobre la “cultura proletaria”, cuando se vive es un “estado de incultura semi-asiático”; sería preferible pretender simplemente una cultura, e incluso, más modestamente, el saber leer y escribir. Antes de disertar en forma docta sobre la cultura proletaria, hay que tratar de alcanzar el nivel de un país occidental medio: “Para empezar nos bastaría con poseer una auténtica cultura burguesa; para empezar nos bastaría con librarnos de dos tipos particularmente tenaces de la cultura preburguesa, es decir del tipo burocrático y del tipo feudal. En esta materia, la precipitación y la temeridad son lo más nocivo”.⁸ Aunque este programa se denomine “revolución”, su ejecución ocupará un largo período histórico. Es una obra de larga duración; hay que recorrer “toda una época de desarrollo cultural de la masa popular”. “Esto es lo único que le falta a Rusia para pasar al socialismo”, dirá Lenin en *De la cooperación*.

Esta tarea debe ocupar el centro de las preocupaciones del régimen. El maestro de escuela popular debe revestirse de un prestigio nuevo y gozar de ciertos privilegios materiales (en esa época: abastecerlo de pan en forma prioritaria). Este aspecto del programa de Lenin permanecerá entre los más utópicos de su gran empresa: el pedagogo aldeano se mantendrá durante largo tiempo en la U.R.S.S. en una situación más bien desfavorable.

El programa socioeconómico de Lenin para el ámbito rural, su “plan cooperativo”, aparece íntimamente ligado a la “revolución cultural”; su importancia se ve acrecentada por ésta. Pero se trata asimismo de una obra de larga duración.

A los ojos de Lenin, la *Nep* es y debe seguir siendo por mucho tiempo el marco socioeconómico accesible al campesino, comprensible para él y adecuado a sus intereses. Antes de morir, Lenin hace hincapié sobre el carácter de auténtico principio rector de esta idea, durante un largo período de transición y, “en suma, todo lo que debemos hacer bajo el régimen de la *Nep*, es agrupar en cooperativas unas capas lo suficientemente amplias y profundas de la población rusa”.⁹ En este punto era preciso plantear la cuestión de la correspondencia de una concepción de este tipo con los objetivos socialistas del régimen. Lenin había considerado siempre el cooperativismo como esencialmente burgués; por esta razón era factible preguntarse si las tendencias capitalistas de la *Nep* no reforzarían este supuesto carácter del movimiento cooperativista campesino. En relación a esto, Lenin realiza un total cambio doctrinal. Cree que el cooperativismo es el buen sistema para llevar a la clase campesina hacia las estructuras socialistas. Lo cree con tanta firmeza que el cooperativismo ocupa entonces en sus proyectos el sitio que ha dejado vacante el capitalismo de Estado, que Lenin ha abandonado después de su fracaso en la práctica. Debido a que el poder y los principales medios de producción se encuentran ahora en manos de la clase obrera, el

⁷ *Ibid.*, pág. 367.

⁸ *Ibid.*, pág. 389.

⁹ *Ibid.*, pág. 370.

cooperativismo ha dejado de ser una institución esencialmente burguesa y mercantil como lo había sido antes. Iba a ser una institución socialista cuyo crecimiento correría parejas con el del socialismo. Este sistema permitiría que todo campesino participara en la construcción del socialismo por medio de procedimientos que le fueran familiares. Parecía haberse encontrado el buen camino: “Propiamente hablando, sólo necesitamos hacer que nuestra población sea lo bastante «civilizada» para que pueda comprender todas las ventajas que ofrece una adhesión generalizada a las cooperativas, y para organizarla. *Solamente* esto. Esta es toda la sabiduría que nos hace falta en la actualidad para pasar al socialismo”. Pasar al socialismo significa hacerlo al final del largo período necesario para la realización del primer objetivo. En función de su nueva estrategia cooperativista, Lenin redefine así el socialismo en general: “El régimen de los cooperativistas civilizados, cuando los medios de producción pertenecen a la sociedad y el proletariado como clase ha triunfado sobre la burguesía, es el régimen socialista”.¹⁰ Lenin no tiene tiempo de desarrollar esta idea en su artículo, que es perfectamente claro en su conjunto. Los únicos párrafos algo confusos son los que intentan explicar en qué sería socialista una cooperativa (y no sabemos de qué clase: ¿de consumo, de venta o de producción?), y tan socialista como una empresa estatal, carácter que no ofrecía ninguna duda a Lenin. Este cambio de doctrina plantea tantos problemas como los que resuelve. Por ejemplo, Lenin no habla de cooperativas de producción; las funciones de las que él proyecta serían principalmente comerciales. El campesino y el comerciante ruso “ejercen el comercio a la manera asiática; mientras que para ser un auténtico mercader es preciso comerciar a la europea”; el cooperativismo permitirá a los campesinos convertirse en “comerciantes inteligentes y civilizados”. Para Lenin éste sería entonces uno de los signos que demostraría que Rusia había logrado recorrer todo el intervalo de tiempo que la separaba de los países evolucionados.

¿El socialismo iba a ser un régimen de “comerciantes civilizados”? Seguramente no es así como Lenin entendía la cuestión. Los términos “socialismo” y “comunismo” tienen para él una aplicación tan amplia que no siente escrúpulos en emplearlos ahora por su carga revulsiva y su valor propagandístico, sin preocuparse, en reflexiones que se refieren esencialmente a la estrategia política a mediano término, de la exactitud científica del empleo de estas palabras. El mismo artículo proporciona la clave para comprender la manera algo desenvuelta con que trata este género de conceptos. Al justificarse por haber abandonado la noción de capitalismo de Estado ante ciertos comunistas más celosos que él de la pureza doctrinal, y que habían criticado constantemente su uso, dice: “No se han percatado de que lo que siempre me ha preocupado es la finalidad práctica”. Esta es la razón por la que, en estos textos, las tareas inmediatas más importantes fueran bautizadas indistintamente con los nombres de “socialismo” o de “comunismo”. Al ser el cooperativismo, a su juicio, una empresa de importancia capital, le concede con liberalidad ejecutoria de nobleza para incitar a las altas esferas del Partido a prestarle la necesaria atención. Todo orden social nace con el apoyo de una clase determinada, explica Lenin; apoyar el sistema cooperativo, la circulación cooperativa, concediéndole créditos y ventajas, era de utilidad. Esto era lo que Lenin deseaba que se hiciera pero, en este terreno, sus sucesores le iban a secundar sólo en forma muy parcial.

¹⁰ *Ibid.*, pág. 373.

CAPÍTULO IX

PARA UNA REFORMA DE LAS ESTRUCTURAS
GUBERNAMENTALES

La reforma de las estructuras gubernamentales es el tema desarrollado con más amplitud en los proyectos de Lenin, ya que el poder político es casi la única palanca que tienen los bolcheviques para imponer una dirección socialista al desarrollo de la sociedad rusa. En efecto, una orientación de este tipo no está todavía en el orden de los movimientos espontáneos de esta sociedad. La herramienta, si se utilizaba mal, corría el peligro de escapar de las manos que la sostenían. Lenin, desde el final de la guerra civil, no cesaba de repetir: “Aprendamos a gobernar”.

Para luchar contra todas las tendencias perjudiciales, para intentar poner remedio a todas las enfermedades del aparato estatal del Partido, Lenin sólo veía un punto de partida: organizar en forma ejemplar la élite comunista y, ante todo, la cabeza del Partido. De ahí tenía que partir la renovación. De momento, incluso los grandes comisariados funcionaban mal. Lenin no les dispensa de sus más severas críticas.

Había algo todavía peor: estaba inquieto por el funcionamiento de su propio *Sovnarkom*, lo cual explica que, en el transcurso del año 1922, consagrara una parte importante del trabajo que todavía podía realizar a la organización de las funciones de sus adjuntos y, a través de ellos, de todo el gobierno central. Descubre con horror que el *Sovnarkom* ha instituido ciento veinticinco comisiones, cuando, según él, dieciséis serían sobradamente suficientes para llevar a cabo las mismas tareas.

Por otra parte, de regreso al trabajo después de un período de enfermedad, Lenin se da cuenta de que durante su ausencia las dos máquinas, el gobierno y el Partido, han dejado de trabajar sincronizadas y han empezado a trabajar por partida doble o a girar en el vacío, con la manifiesta tendencia de los altos funcionarios, incluidos los comisarios, de rehuir las responsabilidades, ora escudándose tras las ciento veinticinco comisiones, ora pasando cualquier problema por mínimo que fuera, y a veces incluso cuestiones de rutina, al Buró Político.

La recomendación más importante, dada el 23 de diciembre por primera vez, era la de aumentar hasta cien el número de miembros del Comité Central. Con ello, Lenin se proponía amortiguar los choques entre los principales jefes, rehabilitar el prestigio del Comité Central —muy necesitado de ello— y confiarle una tarea que hasta entonces no había sido suya: reconstruir todo el aparato estatal sobre una base nueva.¹

Lenin no explica por qué el Comité Central tiene necesidad de ser rehabilitado, pero no es difícil comprender que, ante los otros veinte miembros de este organismo, los siete Grandes del Buró Político gozaban de una influencia excesiva en él. Después del XI congreso, estos siete fueron Lenin, Stalin, Trotsky, Zinoviev, Kamenev, Tomsy y Rykov.² En la segunda etapa de su plan, Lenin propondrá que se constituya, al lado del Comité Central ampliado, una Comisión Central de Control que abarcara de setenta y cinco a cien miembros y que estaría encargada precisamente de asumir las tareas de construcción del aparato estatal. La idea inicial era que los nuevos miembros fueran elegidos entre los obreros, pero esta cláusula será abandonada finalmente, puesto que las tareas que debían asignárseles eran demasiado complejas para que las llevaran a buen término los obreros de las fábricas.

El Comité Central y la nueva Comisión Central de Control constituirán en conjunto el nuevo Comité Central, importante asamblea de ciento cincuenta a doscientas personas, que pasaría a ser en

¹ Estas ideas serán reasumidas por Lenin en sus artículos “Sobre la Inspección Obrera y Campesina” (cuya primera versión se reproduce en *Sotch.*, t. 45, págs. 442-450) y en “Más vale menos, pero mejor”, reproducido aquí en el anexo IX.

² Así como cuatro suplentes, entre ellos Bukharin y Kuybychev.

realidad una Conferencia del Partido y se reuniría seis veces al año. Por otra parte, el presidium de la Comisión Central de Control participaría en los trabajos del Buró Político, como colaborador y como fiscalizador a la vez, y velaría por el funcionamiento regular del Comité Central y del Buró examinando todos los documentos, etc., sin consideración de personas, aunque se tratara del *gensek*.

El Comité Central, reforzado de esta forma, sería dotado de poderes más amplios. Pero, por último, ¿de dónde procedería la iniciación y el método para la creación de un cuerpo eficaz de funcionarios? Lenin recurre a la institución de la que en otro tiempo fuera promotor, pero que lo había decepcionado profundamente: la Inspección Obrera y Campesina, que designaremos en su sigla rusa con las tres letras R.K.I. Esta organización tenía la tarea de controlar el trabajo de los organismos gubernamentales y administrativos. Bajo la dirección de Stalin, comisario de control, desde marzo de 1919 hasta el 25 de abril de 1922, se había convertido en un cuerpo pletórico y muy burocratizado, que comprendía unos doce mil funcionarios, entre los que figuraban pocos obreros: el *tchinovnik* había logrado hacerse dueño muy pronto de las instituciones destinadas precisamente a combatir la burocracia.

Trotsky había comenzado a acusar a la R.K.I. desde principios de 1922. Por aquel entonces, Lenin todavía defendía este comisariado y, por lo tanto, indirectamente, también a su jefe, pero en sus últimos textos lo describe como un foco de ineptitud, un “asunto sin esperanza”: “No existe otro comisariado peor organizado que la ni siquiera posee una sombra de autoridad”. Estos dardos lanzados a Stalin a través del comisariado del que había sido responsable, fueron sin duda la causa de que el artículo “Más vale menos, pero mejor”, cuya redacción estaba terminada el 10 de febrero, no apareciera en *Pravda* hasta el 4 de marzo.³

Era preciso librarse cuanto antes de todo este fárrago, para conservar en el seno del comisariado sólo a tres o cuatro cientos de los mejores especialistas en métodos científicos de gestión y organización del trabajo, reclutados entre los antiguos funcionarios de la R.K.I. o en otra parte. De esta manera podrían jugar un papel pedagógico ante los nuevos miembros del Comité Central. Por otra parte, en todo lo relativo a las administraciones gubernamentales, la nueva R.K.I. se uniría a la Comisión Central de Control en una especie de comisariado modelo que agruparía “todo lo mejor de nuestro orden social”. Por lo tanto, los especialistas de la gozarían a la vez de una situación material privilegiada y de un gran prestigio, gracias a una fusión parcial con las altas esferas del gobierno.

Llegado el caso, la nueva Comisión Central de Control sería a la vez una especie de academia o de instituto, ya que dedicaría parte de su tiempo al estudio de los métodos de gestión, control y racionalización del trabajo, bajo la dirección de expertos en la materia. De golpe, este C.C.C.-R.K.I., con sus quinientos expertos y miembros de la Comisión Central, se convertiría en una institución dotada de la más alta capacidad de trabajo, de una eficacia y de un nivel sin igual en el Estado, un singular supercomisariado de organización y supervisión, encargado de difundir los buenos métodos en todos los niveles de la administración pública.

Aprender a gobernar y enseñarlo a la máquina administrativa, ganarse así la confianza de los campesinos y reducir al mínimo los riesgos de ruptura de la “alianza”, prevenir el peligro de escisión “accidental” del Partido, ayudar al Estado a maniobrar más holgadamente en el campo internacional, “éstas son”, dice Lenin, “las grandes tareas que sueño para nuestra Inspección Obrera y Campesina. He ahí por qué proyecto para ella la fusión del organismo supremo del Partido con un «simple» Comisariado del Pueblo”. Con estas palabras termina el último artículo que escribió Lenin.

Lenin, que se calificaba de marxista ortodoxo, que utilizaba indudablemente el método marxista para considerar los fenómenos sociales y que abordaba el problema internacional en términos de clases, se comporta, sin embargo, en su programa, como un jefe ejecutivo guiado por un estricto sentido de élite, en lo que se refiere a los problemas de gobierno. No aplica al hecho de gobernar los

³ Según DEUTCHER, *op. cit.*, págs. 88-90, la mayoría del Buró se oponía a la publicación; Kuybychev había incluso propuesto imprimir, para uso de Lenin, un número especial de *Pravda* con el artículo en cuestión. Pero Trotsky insistió para que el artículo fuera publicado normalmente, y su idea triunfó finalmente con el apoyo de Kamenev o de Zinoviev.

métodos de análisis social, y se limita a examinarlo desde el ángulo de las técnicas de organización. Esto no es más que el resultado de la situación del poder soviético a principios del año 1923, puesto que, repetimos, el poder político —sobre todo con la *Nep*— era el único instrumento de acción que quedaba en manos de los bolcheviques. Este hecho inesperado, que inquietaba a quienes detentaban el poder, era la primera manifestación de una de las características más originales de nuestra época: la supremacía de los factores políticos, la enorme influencia de los gobiernos sobre la economía y la sociedad en general. El leninismo era más apto que otras escuelas del marxismo para comprender esta verdad, puesto que su voluntarismo hacía hincapié en la conciencia política y en la posibilidad de inculcar sus principios a las fuerzas sociales.

El sentido de élite de Lenin no hacía más que traducir su adaptación a una situación en que la principal fuerza del régimen era una minoría, y se disponía a utilizarla al máximo para que sirviera de detonador al proceso de transformación social de todo el país. Pero, en este orden de ideas, el pensamiento de Lenin encierra algunos puntos débiles; disminuye su vigilancia hacia algunas tendencias peligrosas que, precisamente, predominarán muy pronto en la cumbre del poder.

Es verdad que las circunstancias habían sido de tal especie, hasta fines de 1921, que era lógico que la preocupación principal de Lenin fuera defender el poder, conquistado a costa de tanta audacia y de tantos sacrificios, antes que organizar la defensa contra el poder, contra la hipertrofia de la dictadura. La cuestión debía haberse planteado en 1922, pero se le escapa, como lo había hecho la cuestión nacional “casi por completo”, para decirlo con sus palabras. Lenin, prisionero de la enfermedad, pero también de su propia máquina gubernamental, se plantea al fin el problema tan difícil, y quizás insoluble a corto plazo, de los frenos y las garantías necesarios para asegurar la salud política y moral de la dictadura. En este momento no se puede confiar en las fuerzas sociales que deberían participar en su funcionamiento, puesto que Rusia debe primero instruirse. Los obreros, en especial, “quisieran darnos un aparato mejor, pero no saben por dónde empezar, no tienen el nivel necesario”.⁴ Los campesinos deben más bien ser vigilados. Por este motivo, Lenin se opone duramente a todo lo que, de cerca o de lejos, evoque la democracia burguesa. Pudo haber sacado provecho de una más madura reflexión, pero, de inmediato, estas prácticas hubieran llevado rápidamente a la exclusión de los bolcheviques del poder. Este es el motivo de volver a la élite, a la calidad de sus hombres, en espera de que el país adquiera una cultura.

Si todo el edificio descansa así sobre una base “idealista”, sobre la calidad de los cuadros superiores, y no sobre la fuerza y la conciencia de la clase obrera, esta actitud, por frágil que sea, e inesperada que sea en un marxista, responde perfectamente a la situación que Lenin debe afrontar. En otros países iban a presentarse más de una vez análogos problemas de estructuras, que darían lugar a la misma tentativa de solución. En este sentido y en esta medida, el “testamento de Lenin” conserva un interés actual, al proponer una política de los cuadros gubernamentales. Pero es preciso interrogarse con más amplitud y afrontar con lucidez el otro aspecto de la realidad del poder, la burocracia, esa burocracia que padecen los países en vías de desarrollo que han escogido para desarrollarse métodos estatales y centralistas.

Lenin combatía ferozmente la burocracia, pero no la analizaba lo suficiente en profundidad. Admitía que comprendía todavía defectuosamente este problema: “Es una cuestión que todavía no hemos podido estudiar”.⁵ Lenin, las más de las veces, quiere ver en ella una herencia del antiguo régimen. La explicación, sin ser falsa, es a todas luces insuficiente. La burocracia iba a convertirse, por otra parte, en un rasgo tan característico de la realidad soviética, y a ajustarse hasta tal extremo al sistema, por su composición y por sus métodos, que los elementos del pasado iban a perder pronto toda importancia. Es preciso buscar en otra parte.

El crecimiento incesante del número de funcionarios y de su influencia en la vida del país era alimentado por la conjugación de los factores inherentes a un país atrasado y de una necesidad real

⁴ *Sotch.*, t. 45, págs. 390-391. La primera versión de los textos sobre la R. K. I. dice que los obreros deberán representar la fuerza esencial del nuevo Comité Central y de la Comisión Central de Control. El artículo publicado por la *Pravda* ya habla menos de ello. En “Más vale menos, pero mejor”, la idea de la preponderancia de los obreros en las nuevas instituciones queda totalmente abandonada.

⁵ *Ibid.*, pág. 251.

de nuevas administraciones o de administraciones adicionales, engendrada por la economía en desarrollo y por la planificación centralista. Por ello —y Lenin no se dio cuenta— la burocracia se convirtió en la auténtica base social del poder. No es posible la existencia de un poder político “puro”, privado de toda base social. El poder debe encontrar una base social que no esté constituida únicamente por los aparatos de coacción. El “vacío” en el que parecía sostenerse el régimen soviético se colmó con rapidez, aunque los bolcheviques no se dieran cuenta o no quisieran darse cuenta. El período estaliniano podría caracterizarse por la sustitución de la base social inicial del poder, constituida por la clase obrera, parte de los campesinos más pobres y algunos estratos de la “intelligentsia”, por la burocracia.

A. Stalin, siendo como el propio Lenin un técnico del poder, pero carente de la envergadura intelectual y moral de éste y desprovisto de los escrúpulos de los “cuadros europeos del Partido”, no le costaba nada incorporar a sus proyectos todas las enmiendas de Lenin tendentes a un sentido idealista, internacionalista o socialista, pues daba por descontado que muchas cosas quedarían en letra muerta y que la realidad, tal como él la comprendía, iba a prevalecer. De este modo, todos los proyectos a los que Lenin atribuía tanta importancia —ampliación del Comité Central, creación de la gran Comisión Central de Control y fusión con la R.K.I.— serán aceptados y realizados; pero, al no estar animadas ya por el espíritu en que habían sido concebidas, estas creaciones sólo servirán para facilitar la victoria de las tendencias que Lenin quería combatir.

Si el régimen de Lenin terminó apoyándose en una fuerza, la burocracia, que éste aborrecía, esto es sólo fruto de una situación en que un régimen nuevo impuso un esfuerzo de desarrollo a un país atrasado, donde las fuerzas sociales vitales eran débiles, indiferentes u hostiles. Si Lenin no previó este fenómeno, esto se debe a que su análisis social se fundamentó sólo en tres clases: los obreros, los campesinos y la burguesía, sin tener en cuenta el aparato estatal en cuanto a estrato social diferenciado en un país que nacionalizaba las ramas esenciales de la economía. Un gran historiador reprocha a Lenin el desconocimiento del papel de las administraciones en una sociedad moderna... o, digamos, en vías de modernización.⁶ Este reproche está justificado en la medida en que Lenin confundía los aparatos con el reinado del *tchinovnitshesivo* de tipo zarista. Pero ya había abordado la cuestión en el año 1918, al favorecer a las administraciones en contra de las tendencias anarcosindicalistas de los obreros; en 1923, sus proyectos de reorganización demuestran que cada vez era más consciente del problema.

Lo abordó una vez más desde otro ángulo. Lenin sigue analizando el Partido en su función de “vanguardia del proletariado”. Pero el Partido está compuesto por una minoría de obreros que, además, no juega en él el primer papel, y esto inquieta a Lenin. La composición del Partido refleja más o menos la situación de las fuerzas sociales del país. En su seno, al igual que en el conjunto del régimen, la tendencia general que más tarde reforzará su “monolitismo”— va hacia la burocratización, que se expresa especialmente por la preponderancia de las funciones ejecutivas y por la estructura piramidal del aparato. Es el proceso de transformación de un partido político en un aparato de poder. Stalin advierte la tendencia y, lejos de frenarla como quería Lenin, la acepta, se apoya en ella y la robustece.

Al término de su vida, Lenin ve cada vez más claramente estos problemas, ya que la intención implícita o explícita de todos sus proyectos es oponerse a las tendencias que despuntan en el régimen y que, después de su muerte, van a triunfar. Habría sido preciso que viviera para demostrar que podía cambiar sustancialmente algo, pero, en este caso, hubiera tenido que superar también una serie de puntos débiles existentes en su análisis y en su razonamiento; los fenómenos de que habla en su “testamento” no los veía aún con toda claridad.

Vemos, por ejemplo, que la C.C.C.-R.K.I. que él proyecta debe ser independiente de los otros organismos de la cumbre gubernamental, lo que, en teoría, está garantizado por su vínculo directo con el Congreso del Partido y por su responsabilidad exclusiva ante esta asamblea. Ahora bien, Lenin no dedica ni una palabra al Congreso y a su papel. Esto constituye una importante laguna. Quizá pueda explicarse debido a que el Congreso había sido hasta entonces una autoridad

⁶ CARR, *Socialism in One Country*, t. II, pág. 200.

suficientemente importante y prestigiosa. Pero iba a encontrarse, sin quererlo Lenin, ligado por sus disposiciones de marzo de 1921 sobre la prohibición de fracciones. Esta temible arma facilitada al Secretariado permitía a éste paralizar todo intento de discusión o de contestación, al poder calificar cualquier desacuerdo de divisionismo. Por otra parte, el Congreso iba a quedar fuera de combate a causa de la facultad que tenía el Secretariado de nombrar prácticamente a todos los cargos de responsabilidad del Partido. Muy pronto, la composición de los Congresos será libremente manipulada por el Secretariado.

En estas condiciones, ha desaparecido la libertad necesaria para la búsqueda y formulación de una política. El mecanismo que permitía cambiar de línea o de equipo es falso o inexistente; Lenin lo menciona. Otra grave laguna: los miembros del futuro C.C.C.- R.K.I. no debían ser elegidos, sino nombrados por el *Orgbjuro*. Todo el futuro de la reforma dependía, pues, de los criterios y el espíritu de esta designación. Lenin, inconscientemente, sigue razonando como si fuera a participar en ella. Ha comprobado que uno de los miembros del Buró Político, el *gensek*, posee un poder que los otros no tienen, y quiere que unos poderosos fiscalizadores controlen sus actividades al mismo tiempo que las del Buró. Ahora bien, si el *gensek* conserva las prerrogativas que tiene —y Lenin no ha propuesto explícitamente una revisión de esta situación, salvo cambiar al titular del cargo—, es él quien en la práctica nombrará a los fiscalizadores. Y esto es lo que sucedió.

Última laguna, para concluir, muy distinta y *significativa*: todo el programa de Lenin tendía a asegurar la unidad del Partido, a evitar la escisión. Pero no dice palabra de este fenómeno, el divisionismo, cuya represión servirá después de sempiterno pretexto para acallar toda crítica: bajo Stalin, la Comisión Central de Control, constituida aparentemente en el espíritu de los proyectos de Lenin, iba a hacer de esto poco menos que su única preocupación. A este respecto, es perfectamente permisible una suposición, no desprovista de verosimilitud: Lenin ya no veía en el divisionismo *el* mismo peligro que en la época del levantamiento de Kronstadt y estaba dispuesto a arrinconar las cláusulas secretas de las deliberaciones del X congreso. Esta suposición concuerda con el sentido general del “testamento”, tal como vamos a intentar esclarecer seguidamente y como conclusión.

CAPÍTULO X

SI LENIN HUBIERA VIVIDO...

En vista de la poca influencia que las sugerencias de Lenin han tenido sobre la marcha de los acontecimientos en la U.R.S.S., se siente a veces la tentación de calificadas de utópicas, alejadas de la realidad e ineficaces. Sin embargo, creemos que merecen más atención y una apreciación más positiva. Es cierto que si bien Lenin consideraba objetivamente los problemas de su régimen, algunas tendencias se le revelaron demasiado tarde y otras no fueron comprendidas por él con toda la claridad que era de desear. Sin embargo, sus propuestas de reformas comprendían en lo esencial, tanto por su contenido explícito como por sus consecuencias implícitas, una respuesta global a la realidad política del país.

Recapitulemos someramente el conjunto de estos puntos.

Lenin no discernió en toda su amplitud el peligro representado por el abuso de poder que podía ejercer la cumbre de la jerarquía, y su tendencia a degenerar en una dictadura personal irresponsable. Pero se percató del problema a propósito de un sector particular de la vida política del país, la cuestión de las nacionalidades, y esto le alarmó en extremo, hasta el punto, como hemos visto, de estar dispuesto a hacer derogar la estructura de la Unión que el Congreso de los Soviets acababa de aprobar, y llegar a exigir la liquidación política de los *dzerjimordy*. Cuando se piensa en los puestos que los tres principales de ellos ocuparon a los dos años de la muerte de Lenin, es posible medir el enorme trecho que existe entre la dirección que tomaron los acontecimientos y el curso que Lenin quería darle: en ese momento, en lugar de estar expulsados del Partido, Ordjonikidze ocupaba la presidencia del aparato de control del Partido y del Estado, Dzerjinsky presidía el Consejo Nacional de Economía y Stalin seguía ocupando el puesto clave del Partido.

La idea de la Comisión Central de Control no era un simple procedimiento para mejorar el trabajo del aparato estatal. Su implantación debía acarrear cambios importantes en el propio carácter de la cumbre de la jerarquía y en la élite que reinaba en el seno del Partido. Si se hubiera logrado el refuerzo del Comité Central, habría tenido como consecuencia la sumisión del Secretariado y de todo el cuerpo legislativo del Partido al control de un organismo más amplio y más representativo. Se habría concedido un papel nuevo —Lenin deseaba que fuera preponderante— a los especialistas y a los estudiosos, con su entrada en las altas esferas del Partido y el gobierno. Desde la idea inicial de conceder mayor valor a las decisiones del *Gosplan*, Lenin había llegado a concebir este C.C.C.-R.K.I., que debería educar a los cekistas y ayudarlos en la tarea de reformar los aparatos. Si se hubiera emprendido realmente este espectacular esfuerzo por reunir en torno al Comité Central “todo lo mejor que existía dentro de la dictadura”, es fácil imaginar que la calidad del personal en la cumbre del poder, sus métodos de trabajo y las relaciones internas habrían cambiado por completo. Aunque no hubiera tenido éxito, al menos se habría intentado un cambio serio en las tendencias del aparato. Por otra parte, el nuevo carácter del período que se iniciaba —un período de respiro según la apreciación de Lenin— parecía requerir estos cambios. El espectro del hambre, particularmente aterrador durante los años 1920 y 1921, cedió ante la primera buena cosecha, la de 1922, recolectada bajo el signo de la *Nep*. Se podría pasar a esas tareas de construcción y civilización (en sentido dinámico: *kulturnitchestvo*) que iban a requerir un tiempo indeterminado. Este trabajo en profundidad requeriría, como es natural, sin que esto se dijera expresamente, no sólo una evolución en los métodos y en el estilo del gobierno, sino también el advenimiento a la cumbre de elementos nuevos, administradores y políticos cultos y especializados, con un desplazamiento del centro de gravedad del poder, que pasaría del Secretariado al Comité Central, tendente a desbancar el

apparatchik de costumbres rudas y poco instruido. El proyecto de Lenin constituía un auténtico “golpe de Estado”, puesto que se trataba a la vez de desplazar a algunos jefes y de implantar una nueva orientación en todo el funcionamiento de la dictadura: métodos de reclutamiento y de trabajo, nuevos criterios para la elección de los objetivos. Ante ello nos sentimos tentados, extrapolando un término de moda, a hablar de una “revolución tecnológica” contra la burocracia que Lenin encontraba primitiva en exceso.

Por otra parte, Lenin intenta establecer en la cumbre de la dictadura un equilibrio entre diferentes elementos, un sistema de control recíproco que podría jugar el papel —nuestra comparación es aproximativa— de la separación de poderes en un régimen democrático. Un importante Comité Central, elevado al rango de Conferencia del Partido, traza las líneas globales de la política y supervisa el conjunto del aparato del Partido, a la vez que participa en la ejecución de las tareas más importantes, tanto como institución considerada globalmente como a través de las actividades de sus miembros considerados individualmente. Una parte de este Comité Central, organizado en Comisión Central de Control, además de su participación en las funciones comunes del Comité Central, controlaría a este mismo Comité Central y a los órganos que de él emanan: Buró Político, Secretariado, *Orgbjuro*. La Comisión Central de Control, flanqueada por los especialistas de la R.K.I., o C.C.C.-R.K.I., tenía que ocupar una posición especial en relación al conjunto de las instituciones; su independencia debía garantizarse con su vínculo directo con el Congreso del Partido, sin pasar por el Buró Político y sus instrumentos administrativos, ni por el Comité Central. Vistos bajo este aspecto, estos proyectos parecen complejos y poco elaborados. Pero, aun siendo embrionarios, plantean el problema de principio: ¿Cómo garantizar la supervivencia de una dictadura revolucionaria instaurada en condiciones “prematuras”, y a la vez salvaguardar la pureza inicial y la adhesión a los principios? Lenin intentaba racionalizar la dictadura, de modo que ésta pudiera defenderse a la vez de sus enemigos exteriores y de los peligros inherentes al poder dictatorial.

La parte más explícita del legado de Lenin podría resumirse esquemáticamente en estos tres mandamientos:

1. Frenad el nacionalismo, en particular el nacionalismo ruso, combatid este chauvinismo de gran potencia que todos los brazos de la máquina gubernamental tienden a servir; velad por la educación internacionalista de los pueblos de la Unión.
2. Combatid la burocracia inculta, derrochadora y generadora de opresión, combatidla a todos los niveles, incluida la cumbre del Partido; luchad por una administración eficaz del Estado.
3. Deponed a Stalin.

La ausencia, en el “testamento”, de toda mención a la interdicción de las fracciones se torna significativa por la ausencia igualmente de referencias relativas al terror como medio de promover la ejecución de los planes del gobierno. Sin embargo, el terror había ocupado un lugar bastante considerable en los escritos anteriores de Lenin, que había sido un ferviente defensor del mismo, como último recurso. El nuevo volumen 45 de las *Obras* contiene numerosos textos, hasta ahora desconocidos o defectuosamente conocidos, que lo analizan en cuanto a método: era preciso mantener esta arma siempre en reserva, Lenin tenía empeño en recordarlo, por cuanto se corría el riesgo de que la liberalización que acompañaba a la *Nep* rompiera los cordones de seguridad del poder. Así, en una carta dirigida a Kamenev y publicada por primera vez en el año 1959, Lenin declara: “Es una equivocación muy grande pensar que la *Nep* haya puesto fin al terror; todavía vamos a recurrir al terror y al terror económico”¹ Explica a Kamenev que será preciso encontrar la manera de hacerlo entender “delicada y educadamente” a todos aquellos que en la actualidad quisieran rebasar los límites asignados por el poder a los hombres de negocios.

Pero, en otros textos, más inquietantes, si se considera el uso que después se haría de ellos, Lenin iba más lejos. En sus enmiendas al proyecto del código penal, insistió para que se diera la

¹ Carta a Kamenev del 3 de marzo de 1922 (*Sotch.*, t. 45, p. 428).

interpretación más amplia posible a la noción de “acción contra-revolucionaria”. Su definición debía ser vinculada a la “burguesía internacional”, en forma tal que este tipo de delito quedara jurídicamente impreciso y que toda arbitrariedad tuviera entrada por esta puerta. El delito habría consistido, entre otras cosas, en una “propaganda y agitación” o en “una participación o ayuda a una organización” en provecho de aquella parte de la burguesía internacional que no reconoce al régimen soviético iguales derechos que al capitalismo, o intenta derrocarlo por la fuerza. Esta formulación ya es harto amplia, pero lo realmente estremecedor, si se considera que la represión podía llegar hasta la pena capital, es la ampliación del delito por analogía: sería culpable “quien prestara concurso objetivamente a esta parte de la burguesía internacional” (que combate al régimen), y asimismo quien participara en una organización del interior cuyas acciones ¡“ayudaran o fueran susceptibles de ayudar” a esta burguesía!² Citamos este ejemplo para demostrar que Lenin deseaba entonces dejar campo libre al empleo del terror o a la amenaza de este empleo (no por medio de la *Checa* únicamente, sino a través de los tribunales y de un procedimiento regular), mientras los grandes países capitalistas siguieran amenazando a la U.R.S.S.

Lenin está, por tanto, lejos de ser un liberal, blando e incapaz de emprender, llegado el caso, una acción enérgica. Pero, contrariamente a algunos de sus herederos, la represión le repugnaba; la reservaba para la defensa del régimen contra amenazas graves e importantes y para el castigo de quienes transgredieran la legalidad.

Ahora bien, volviendo al último programa de Lenin, el empleo de la coacción —y con más razón del terror— queda ostensiblemente excluido cuando se trata de establecer las bases de una nueva sociedad. El segundo *¿Qué hacer?* de Lenin exalta la prudencia, la medida, la moderación y la paciencia. Lenin no ha abandonado el arma de la coacción, si se trata de defender el régimen, pero, para construir, está vedada toda precipitación: “Es preciso impregnarse de una desconfianza saludable ante todo movimiento de avance brusco e inconsiderado, ante toda especie de presunción”. Esta frase está extraída de “Más vale menos, pero mejor”. Es mejor no alcanzar el éxito “hasta dentro de dos años, o incluso hasta dentro de tres, antes que precipitar las cosas sin ninguna esperanza de formar un buen material humano”. “¡Nada de segunda revolución!”, ésta será la interpretación del “testamento” que Bukharin, cinco años después, lanzará contra Stalin, y estaba en lo cierto. Lenin ya no evoca la fuerza como “partera de una nueva sociedad”, después de la toma del poder y del retorno de la paz; la nueva consigna en esta situación nueva es claramente seguir el camino de una evolución gradual. Y esta nueva consigna es formulada contra toda la presión de la realidad rusa que —y Lenin lo sabía perfectamente— no hacía más que gravitar en sentido contrario.

La regla de “Más vale menos, pero mejor” será ciertamente difícil de hacer observar pero, por anticipado, Lenin rechaza el argumento de las tendencias espontáneas:

“Sé que la regla contraria se abrirá camino entre mil vueltas y revueltas. Sé que va a ser preciso oponer una resistencia formidable, que se tratará de dar muestras de una perseverancia prodigiosa, que esta tarea, al menos en los primeros años, será terriblemente ingrata. Y, sin embargo, estoy persuadido de que sólo así llegaremos a nuestro objetivo y sabremos, una vez lo hayamos alcanzado, fundar una república auténticamente digna del nombre de República Socialista Soviética, etc.”³

A nuestro juicio, no se puede hablar de utopía a propósito de los grandes objetivos de Lenin. Muchos de los objetivos asignados al régimen en lo que se refiere al desarrollo económico y cultural del país han sido hoy alcanzados. En cuanto a la otra gran empresa, la de crear una máquina dictatorial capaz de controlarse a sí misma en gran medida, aunque su realización esté hoy más cercana, sufrió de buenas a primeras un doloroso descalabro: el régimen soviético atravesó un largo período, sumariamente denominado “estaliniano”, cuyos rasgos esenciales fueron diametralmente opuestos a las perspectivas del “testamento”. Este hecho reclama algunos comentarios. La dictadura progresista es uno de los fenómenos políticos más importantes de nuestro siglo. Su papel es de gran

² Carta a Kurskij, comisario para la justicia, de fecha 15 de mayo de 1922. *Ibid.*, t. 45, págs. 189-190.

³ *Ibid.*, pág. 392. Véase anexo IX,

importancia y sus perspectivas están lejos de haberse esfumado. Pero nada permite concluir que este tipo de dictadura, en determinado grado de desarrollo, esté obligatoriamente abocada a degenerar en una dictadura personal, despótica e irracional. Visto en una perspectiva histórica, el objetivo de Lenin, que consistía en llegar a un régimen dictatorial racional, a la cabeza del cual figuraran jefes íntegros, dotado de instituciones eficaces y que trabajara conscientemente para rebasar el subdesarrollo y la dictadura, no tenía en sí nada de utópico. Por otro lado, en el tiempo de Lenin, aun en condiciones tan difíciles, la máquina dictatorial soviética funcionaba todavía de forma muy diferente a como iba a funcionar más tarde. Si los proyectos de Lenin no se realizaron, fue a causa de que las tendencias originadas durante la guerra civil sólo podían ser conjuradas por medio de reformas audaces, y de que en ausencia de un jefe capaz y prestigioso los proyectos en cuestión quedaban reducidos a simples "votos". La máquina implantada bajo Lenin hará con facilidad caso omiso de las intenciones profundas del jefe desaparecido; el embalsamamiento de su cuerpo y la institución póstuma de un culto a su persona iban a servir para intentar encubrir un tipo de dictadura completamente ajeno a sus planes.

El mayor desfase entre las intenciones de Lenin y la historia real se encuentra en el campo de los métodos. Parece que en la actualidad la U.R.S.S. haya entrado en un período de evolución interior en que los métodos económicos y pedagógicos sustituyen progresivamente a la coacción administrativa, como deseaba Lenin. Mas, durante largo tiempo, el terror fue el instrumento principal para implantar las nuevas estructuras.

En nuestros días, se discute vivamente la cuestión de si los métodos de Stalin, tan perjudiciales a la idea que nos hacíamos del socialismo y al desarrollo del movimiento socialista en el mundo, representaban la elección, brutal pero justa, del único camino posible, o bien si existía otra fórmula que Stalin personalmente había sido incapaz de concebir.

No cabe duda de que las poderosas fuerzas inherentes a la situación interior de Rusia y a su posición internacional impelían a recurrir a los métodos de fuerza para romper los obstáculos que se oponían al desarrollo, tenaces en extremo en ese país atrasado, agrario y aislado. No cabe duda que, cualquiera que hubiera sido la capacidad de sus jefes y de sus minorías, la Rusia soviética estaba predestinada a sufrir crisis y conmociones. Era difícil imaginar una curva de desarrollo que subiera suave y gradualmente, sin tropiezos ni convulsiones. Lenin no se hacía ilusiones al respecto y tampoco las difundía. Sin embargo, en cualquier circunstancia deseaba una política meditada, quería que se fuera dueño de uno mismo ante cualquier tensión o cualquier dilema que se debiera enfrentar. Si hubiera vivido, habría tenido que resolver inevitablemente el problema de la "acumulación primigenia" (constitución del primer capital para el arranque de la economía industrial), por grande que hubiera sido su aversión ante este concepto. Hubiera tenido que reaccionar cuando el campesinado, aun sin una intención política deliberadamente hostil, se negó a vender el trigo y prácticamente amenazó con sumergir al país en el hambre, a causa de la débil oferta de productos industriales. Se hubiera visto constantemente obligado a enfrentarse con la paradoja de un partido único en un país socialmente diversificado, se hubiera visto obligado a preservar la unidad del Partido y los imperativos de disciplina y eficacia tan a menudo contradictorios con los que imponía la necesidad de dejar un sitio a la libre crítica para impedir que el Partido cayera en la degeneración burocrática.

¿Hubiera logrado Lenin resolver prácticamente todas estas cuestiones en forma correcta, y cómo se las hubiera ingeniado? (¿Puede legítimamente un historiador emprender una indagación de este tipo? Afirmamos que sí, a condición de no traspasar ciertos límites, que la transformarían en una especulación gratuita.)

Para responder a esta pregunta, es necesario proceder a una extrapolación cuyo punto de partida se encuentra en nuestros conocimientos de la personalidad de Lenin y su último programa. Sin duda Lenin se habría empeñado en la realización de sus reformas; en el curso del camino, algunas hubieran demostrado ser poco realistas o irrealizables y habrían sido sustituidas. Otras, e incluso su política global, hubieran tropezado con oposiciones en el seno del Partido y con dificultades en el país; la oposición interior hubiera procedido de la burocracia, de los *apparatchiki* nombrados por el *Orgbjuro*, oposición debilitada, sin embargo, al menos por algún tiempo, por la eliminación del

grupo de Stalin, que Lenin hubiera llevado a cabo conforme a sus intenciones. Con Lenin nunca hubiera cesado la lucha contra los “métodos administrativos” y contra la ineficacia de la burocracia, contra el nacionalismo ruso (y los nacionalismos locales alimentados por éste). Se hubiera visto obligado incesantemente a movilizar aliados dentro del Partido y fuera de él; hubiera tenido que recurrir a las “fuerzas vivas” del país: la juventud, obrera y estudiantil, los intelectuales, los mejores elementos campesinos, determinados elementos de la vieja guardia revolucionaria, de los otros partidos socialistas y de tal o cual grupo, según las circunstancias, de la vieja guardia bolchevique, compuesta entonces por hombres todavía jóvenes; los elementos más ilustrados de la administración hubieran sido asimismo un apoyo. El *apparatchik*, los policías, los *dzerjimordy* y los *tchinovniki*, sin desaparecer nunca del todo, hubieran sido constantemente atacados, desalentados, rechazados. El primer plano de la escena hubiera sido ocupado por los innumerables militantes que Stalin debía eliminar, y también por militantes menos brillantes pero a menudo honestos, que debían ser utilizados por el sistema estaliniano, por toda clase de gente valiosa no afiliada que debía sucumbir en las purgas. Se habría visto más fácilmente a Lenin perecer en prisión que infligir a su país una hemorragia demencial de esta clase. Una coalición de Lenin con Trotsky y algunos otros hubiera permitido una utilización racional de los mejores cuadros, en lugar de su eliminación. Es indudable que esta legión de hombres no se hubiera limitado sólo a contribuir en la promoción del programa de Lenin, hubiera sido también un plantel de oponentes que habrían intentado desbordarlo, unas veces a la derecha y otras a la izquierda. Lenin, con toda certeza, no habría utilizado los métodos estalinianos para deshacerse de ellos. Nuestras palabras se convertirían en una simple especulación si afirmáramos que Lenin habría vencido y salido airoso infaliblemente. También pudo haber sucumbido, o acabar en “desviacionista” como tantos otros. Pero lo que sí puede afirmarse con certeza es que Lenin habría combatido encarnizadamente el proceso que terminó haciendo del período estaliniano lo que éste fue.

Para no ser derrotado, Lenin hubiera tenido que realizar prodigios de habilidad, hubiera debido mostrarse audaz, diestro en las maniobras, innovador en política; estas cualidades se le reconocen ampliamente. Se hubiera visto precisado a, según sus propias palabras, “dar muestras de una obstinación prodigiosa”. Puede creerse que era capaz de hacerlo. Es legítimo pensar que Lenin, actuando de acuerdo con Trotsky y otros, hubiera podido hacer pasar la Rusia soviética por un camino menos trágico, más racional y que habría comprometido menos la idea del socialismo. En efecto, Lenin necesitaba la ayuda de Trotsky para llevar a buen fin sus ideas. No fue sólo a causa de la enfermedad que recurriera a él. Los dos hombres se completaban perfectamente, aun sin llegar a producir la simbiosis que Lenin quería ver entre Krjijanovsky y Pjatakov en el *Gosplan*, Juntos simbolizaban la llamada movilizadora de la Revolución de Octubre.

Trotsky solo no era capaz de lograr el reagrupamiento, la consolidación y la conservación de los “futuros depurados”. Deutscher explica perfectamente por qué no podía ser el “heredero”: por ejemplo, estando ya Lenin definitivamente paralizado, Trotsky acabó por concluir aquel “compromiso desigual” contra el que Lenin le había puesto en guardia. Tranquilizó a Kamenev, diciéndole que, aunque en el fondo estaba de acuerdo con Lenin, no era del parecer de “acabar con Stalin, ni de excluir a Ordjonikidze, ni de separar a Dzerjinsky del Comisariado para Vías y Comunicaciones”. Empezó a amonestar a Stalin: “Basta de intrigas, necesitamos una honesta colaboración”.⁴ Quería mostrarse magnánimo, seguro de poder permitírselo con el apoyo de Lenin consignado en el “testamento”, pero así demostraba precisamente que no comprendía las recomendaciones esenciales de éste.

Su debilidad era también la de un hombre demasiado altivo y, en cierto sentido, demasiado idealista para maniobrar en la “cocina” política del círculo limitado de los dirigentes. Su posición de *outsider*, a causa de su pasado y de su estilo, le impidió actuar, cuando llegó la ocasión —y para él sólo hubo una— con la resolución que se imponía. Sucumbió a una fetichización del Partido, a un legalismo y a unos escrúpulos que le paralizaban y le impedían responder sin vacilaciones a lo que sus enemigos hacían contra él, como Lenin lo hubiera hecho. Lenin, el fundador, no temía deshacer

⁴ TROTSKY, *Ma vie*, op. cit., pág. 559.

y rehacer lo que había hecho con sus propias manos, Lenin no temía organizar la gente en torno suyo, conspirar, batirse por la victoria de su línea y para conservar la dirección en sus manos.

Trotsky no era ese tipo de hombre. Desaparecido Lenin, Stalin tenía la victoria asegurada.

Anexos

I

EL PROYECTO DE STALIN LLAMADO DE
“AUTONOMIZACION”

“1. Considerar la utilidad de la conclusión de un acuerdo entre las Repúblicas Soviéticas de Ucrania, Bielorrusia, Azerbaidján, Georgia y Armenia y de la R.S.F.S.R. respecto a la adhesión formal de estas Repúblicas a la R.S.F.S.R. dejando de lado la cuestión de Bukhara, del Khorezm y de la República de Extremo Oriente, y limitando el acuerdo a la conclusión de protocolos sobre las tarifas aduaneras, el comercio exterior, los asuntos extranjeros, las cuestiones militares, etcétera.

Addenda: Aportar las modificaciones necesarias a las constituciones de las Repúblicas enumeradas en el párrafo 1 y a la de la R.S.F.S.R. previo examen de la cuestión por los órganos soviéticos.

2. En consecuencia, las resoluciones del V.C.I.K.¹ de la R.S.F.S.R. serán consideradas como ejecutivas en lo que se refiere a las instituciones centrales de las Repúblicas enumeradas en el párrafo 1, y las de los S.N.K.² y del S.T.O.³ de la R.S.F.S.R. por los comisariados unificados de estas Repúblicas.

Addenda: Los representantes de estas Repúblicas formarán parte del presidium del V.C.I.K. y de la R.S.F.S.R.

3. Los servicios de asuntos exteriores y comercio exterior, de defensa, de vías de comunicación y de correos y telégrafos de las Repúblicas enumeradas en el párrafo 1, se fusionarán con las instituciones correspondientes de la R.S.F.S.R. y los comisariados correspondientes de la R.S.F.S.R. delegarán en estas Repúblicas unos representantes acompañados de un pequeño número de funcionarios.

Estos representantes serán designados por los comisariados de la R.S.F.S.R. con el acuerdo de las C.I.K. de las Repúblicas.

Hay que considerar útil la participación de representantes de las Repúblicas concernidas en las representaciones de los comisariados de asuntos exteriores y de comercio exterior en el extranjero.

4. Los comisariados para las finanzas, la alimentación, el trabajo y la economía de las Repúblicas estarán sometidos formalmente a las directivas de los comisariados correspondientes de la R.S.F.S.R.

5. Los otros comisariados *de* las Repúblicas enumeradas en el párrafo 1, es decir los comisariados para la justicia, la instrucción pública, el interior, la agricultura, el control obrero y campesino, la salud pública y los seguros sociales se considerarán independientes.

Addenda 1: Los organismos de las Repúblicas enumeradas más arriba que tengan por objeto la lucha contra-revolucionaria quedarán sometidos a las directrices de la G.P.U. de la R.S.F.S.R.

Addenda 2: Los de las Repúblicas sólo dispondrán del derecho de amnistía en los asuntos civiles.

6. La presente decisión, si es confirmada por el Comité Central del P.C.R., no será publicada sino comunicada a los Comités Centrales de las Repúblicas para que circule entre los órganos soviéticos, los comités ejecutivos centrales, o los congresos de los Soviets de dichas Repúblicas, antes de la convocatoria del congreso pan-ruso de los Soviets, donde se declarará que expresa la voluntad de estas Repúblicas.”

(Archivos centrales del Partido en el Instituto del Marxismo-Leninismo del C.C.-P.C.U.S. Origen: Sotchinenija, 5.^a edición, t. 45, págs. 557-558.)

¹ Comité Ejecutivo Central Pan-ruso.

² Consejo de Comisarios del Pueblo.

³ Consejo del Trabajo y de la Defensa.

II

OBSERVACIONES DE LENIN Y SU PROYECTO DE FORMACIÓN DE LA U.R.S.S.

“Carta a L. B. Kamenev, destinada a los miembros del Buró Político del C.C.-P.C.R. (b)

26/IX

¡Camarada Kamenev! Sin duda Stalin ya te habrá enviado la resolución de su comisión relativa a la incorporación de las Repúblicas independientes a la R.S.F.S.R.

En caso de que todavía no la hayas recibido, te ruego que la pidas al secretario y la leas de inmediato. A propósito de este asunto he conversado ayer con Sokolnikov, he hablado hoy con Stalin y debo ver a Mdivani (comunista georgiano sospechoso de *nezavisimost*) mañana.

En mi opinión, la cuestión tiene enorme importancia. Stalin se apresura en exceso. Dado que ya tenías antes la intención de ocuparte de ello y que incluso has estudiado un poco este asunto, debes meditar seriamente sobre él y Zinoviev debe hacer lo mismo.

Stalin ya ha aceptado hacer una concesión, la de sustituir el término de «adhesión» a la R.S.F.S.R. del párrafo 1 por «unión formal con la R.S.F.S.R. en el marco de una Unión de Repúblicas Soviéticas de Europa y Asia».

Confío en que el sentido de esta concesión está claro: nos reconocemos iguales en derecho con la R.S.S. de Ucrania, etc., y entramos con ella en pie de igualdad en una nueva Unión, una nueva Federación, la «Unión de las Repúblicas Soviéticas de Europa y de Asia».

En este caso, el párrafo 2 también debe modificarse para crear, paralelamente a las sesiones del V.C.I.K. de la R.S.F.S.R. algo parecido a un «V.C.I.K. federal de la Unión de Repúblicas Soviéticas de Europa y Asia».

Si el primer organismo debe reunirse una vez por semana y el segundo a igual ritmo (o incluso si se trata de establecer convocatorias cada dos semanas), las cosas no serán difíciles de combinar.

Es importante no echar agua al molino de los *nezavisimets*, no destruir su *independencia*, pero establecer un *nuevo escalón*, una Federación de Repúblicas *que tengan iguales derechos*.

La segunda parte del párrafo 2 podría quedar como está: las quejas (contra las decisiones del S.T.O. y del S.N.K.) serán examinadas por el V.C.I.K. federal, *sin que por ello se retrase su resolución* (como en el caso de la R.S.F.S.R.).

El párrafo 3 podría conservarse con esta modificación: «se funden con los comisariados federales situados en Moscú, los comisariados correspondientes de la R.S.F.S.R., que dispondrá en las Repúblicas *miembros de la Unión de Repúblicas de Europa y Asia* de representantes acreditados y de un reducido número de funcionarios».

La segunda parte del párrafo 3 queda como ésta; para ser más equitativos, quizá podría decirse: «según acuerdo de los V.C.I.K. de las Repúblicas miembros de la Unión de Repúblicas Soviéticas de Europa y Asia».

Sería preciso reflexionar sobre la tercera parte: ¿no sería necesario sustituir «útil» por «obligatoria»? ¿O no sería preciso estipular una obligación *teórica*, aunque fuera en forma de una *interpelación* y no admitir una decisión que no estuviera sujeta a *interpelación* más que en los casos «excepcionales»?

El párrafo 4, ¿debería quizás estipular «fusionar según acuerdo de los V.C.I.K.»?

¿Podría añadirse al párrafo 5: «con la creación de conferencias y congresos comunes (o generales) de carácter *puramente consultivo* (o *únicamente consultivo*)?»

Esto originaría las modificaciones correspondientes en la primera y segunda addenda.

Stalin ha dado su conformidad para atrasar el depósito de la resolución en el Buró Político del Comité Central hasta mi llegada. Llegaré el lunes 2 de octubre. Me gustaría poder verte con Rykov durante unas dos horas por la mañana, pongamos desde el mediodía hasta las dos o, si es necesario, digamos de 5 a 7 o de 6 a 8 de la tarde.

Lo anterior constituye mi punto de partida. Aportaré adiciones y modificaciones sobre la base de mis conversaciones con Mdivani y los otros camaradas. Te ruego :insistentemente que hagas tú lo mismo y me contestes.

Tuyo

Lenin.

P.S. envía copias a *todos* los miembros del Buró Político.”

(Redactado el 26 de septiembre de 1922 y publicado con arreglo al manuscrito. Primera publicación en 1959 en *Leninskij Sbornik*, XXXVI. Fuente: *Sotchinenija*, 5.^a edición, t. 45, págs. 211-213.)

III

PROYECTO SOMETIDO AL COMITE CENTRAL EL 6 DE OCTUBRE DE 1922, REDACTADO POR STALIN TENIENDO EN CUENTA LAS ENMIENDAS DE LENIN

“1. Considerar indispensable la conclusión de un acuerdo entre Ucrania, Bielorrusia, la Federación de Repúblicas Transcaucásicas y la R.S.F.S.R. relativo a la unión en el marco de una «Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas», en la que cada una de ellas disponga del derecho de abandonar libremente la «Unión».

2. La instancia suprema de la «Unión» será el «C.I.K. federal», constituido por los representantes de los C.I.K. de la R.S.F.S.R., de la Federación Transcaucásica, de Ucrania y de Bielorrusia, representadas en proporción a su población.

3. El órgano ejecutivo del «C.I.K. federal» será el «*Sovnarkom* federal», designado por el «C.I.K. federal».

4. Los comisariados de asuntos exteriores, de comercio exterior, de la defensa, de comunicaciones y de correos y telégrafos de las Repúblicas y de la Federación que formen parte de la «Unión», se fusionarán con los órganos correspondientes de la «U.R.S.S.», teniendo los comisariados correspondientes de la «Unión de Repúblicas» en todas las Repúblicas y Federaciones sus representantes acreditados junto con un reducido número de funcionarios, designados por los comisariados de la «Unión» de acuerdo con los C.I.K. de las Federaciones y Repúblicas.

Addenda: Considerar indispensable el agregar representantes de las Repúblicas concernidas en las representaciones en el extranjero de los comisariados de asuntos exteriores y de comercio exterior.

5. Los comisariados para las finanzas, la alimentación, la economía, el trabajo y el control de las Repúblicas y Federaciones miembros de la «Unión de Repúblicas», al igual que sus organismos centrales de lucha contra-revolucionaria quedarán sometidos a las directrices de los comisariados correspondientes y a las decisiones del *Sovnarkom* y S.T.O. de la «Unión de Repúblicas».

6. Los otros comisariados de las Repúblicas miembros de la «Unión», es decir los comisariados para la justicia, la instrucción pública, el interior, la agricultura, la salud pública y los seguros sociales se considerarán independientes.”

(Archivos centrales del Partido en el Instituto del Marxismo-Leninismo del C.C.-P.C.U.S. Fuente: *Sotchinenija*, t. 45, pág. 559.)

IV

OPINION DE STALIN SOBRE LA CARTA DE LENIN DEL 13 DE
OCTUBRE RELATIVA AL MONOPOLIO DEL COMERCIO
EXTERIOR

“La carta del camarada Lenin no me ha hecho cambiar de opinión en cuanto a la justeza de la decisión del pleno del Comité Central del 6 de octubre relativa al comercio exterior. Los «millones» del comisando del comercio exterior (por otra parte deben establecerse y calcularse primero) pierden todo valor si se toma en consideración que quedan compensados varias veces por las decenas de millones oro que este comisariado hace salir de Rusia. Sin embargo, visto el carácter insistente de la proposición del camarada Lenin al objeto de que se demore la puesta en práctica del pleno del Comité Central, yo voto en pro, al objeto de que esta cuestión sea discutida por el próximo pleno con la participación de Lenin.”

(Archivos centrales del Partido en el Instituto del Marxismo-Leninismo del C.C.-P.C.U.S.
Fuente: Fotieva, *12 vospominanij o Lenin*, págs. 28-29.)

VI

CARTA DE KRUPSKAYA A KAMENEV, EL BURO POLITICO
PERMITE A LENIN, DEL 23 DE DICIEMBRE DE 1923, RELATIVA
AL COMPORTAMIENTO DE STALIN PARA CON ELLA EL 24 DE
DICIEMBRE, DICTAR SUS NOTAS

“¡Lev Borisovitch! Stalin se permitió ayer una salida de tono de las más groseras contra mí, a propósito de cuatro palabras que me dictó Lenin con autorización de los médicos. No data de ayer mi entrada en el Partido. En el curso de estos treinta años no he escuchado nunca una sola palabra grosera de un camarada. Los intereses del Partido y de Ilitch no me son menos caros que a Stalin. En estos momentos tengo necesidad de todo mi dominio sobre mí misma. Sé mejor que todos los médicos de qué se puede hablar y de qué no se puede hablar a Ilitch, ya que sé lo que le altera y lo que no, y en cualquier caso lo sé mejor que Stalin.”

Krupskaya pide (según el resumen que hacen los redactores sin citar sus palabras textuales) ser protegida contra “una injerencia grosera en su vida privada, contra injurias indignas y amenazas”.

“No me cabe ninguna duda en cuanto a la decisión unánime de la comisión de control con la que Stalin se permite amenazarme, pero no tengo fuerzas ni tiempo para perder en una comedia tan estúpida. Yo también soy un ser de carne y hueso y mis nervios están tensos en extremo. N. Krupskaya.”

(De los mismos archivos. Fuente: *Sotchinenija*, t. 54, págs. 674-675.)

“1. Se otorga a Vladimir Ilitch el derecho de dictar todos los días durante cinco a diez minutos, pero esto no puede tener el carácter de una correspondencia e Ilitch no debe esperar respuesta a estas notas. Las entrevistas quedan prohibidas.

2. Se advierte a amigos y domésticos que no deben comunicar a Lenin nada relativo a la política, para no darle motivos de meditación y preocupación.”

(De los mismos archivos. Fuente: *Sotchinenija*, t. 45. pág. 710.)

VII

PLAN DE TRABAJO DICTADO POR LENIN EL 27 (O EL 28) DE
DICIEMBRE DE /922

“Memorándum:

En la carta sobre el aumento del número de miembros del Comité Central se ha omitido (un párrafo) sobre las relaciones entre el Comité Central aumentado y la Inspección Obrera y Campesina.

Temas a tratar:

1. El *Centrosojuz*¹ y su importancia desde el punto de vista de la N.E.P.
2. La relación entre el *Glavprofobr*² y el trabajo de la instrucción popular en general.
3. La cuestión nacional y el internacionalismo (a propósito del reciente conflicto en el seno del Partido georgiano).
4. El nuevo libro estadístico sobre la educación nacional aparecido en 1922.”

(Fuente: *Sotchinenija*, t. 45, pág. 592.)

¹ Unión de la Cooperación.

² Comité de la Educación Profesional.

VIII

RESPUESTA DE TROTSKY A LENIN A PROPÓSITO DE LA DEFENSA DE LOS GEORGIANOS

El Instituto del Marxismo-Leninismo de Moscú dice que Trotsky rehusó encargarse de la defensa de los georgianos ante el Comité Central y el Congreso, con el pretexto de que estaba enfermo. No se aporta ninguna prueba para sostener esta alegación, que repite Louis Fisher en su biografía de Lenin. Pero Deutscher dice lo contrario¹ y el “Diario” menciona, el 6 de marzo de 1923, que “la respuesta (de Trotsky) fue recibida por teléfono y estenografiada”; si esta respuesta hubiera sido negativa, Lenin no habría enviado a Trotsky el texto de su memorándum y la copia de la carta a los georgianos, escrita después de haber recibido la respuesta de Trotsky.

Poseemos también una carta de Fotieva a Kamenev, fechada el 16 de abril de 1923, que confirma el acuerdo con Trotsky. He aquí su texto:²

“Al camarada Kamenev, copia al camarada Trotsky

Como continuación de nuestra conversación telefónica, le participo, en tanto que presidente del Buró Político, lo siguiente: como ya le he dicho, el 31 de diciembre de 1922, Vladimir Ilitch dictó un artículo sobre la cuestión nacional. Esta cuestión le atormentaba mucho y se preparaba a intervenir a propósito de ella en el congreso del Partido_

Poco tiempo antes de su última recaída, me informó de que publicaría este artículo, pero más tarde. Después, cayó enfermo sin haberme dado la orden definitiva.

Vladimir Ilitch consideraba que este artículo debía servir de directiva y lo consideraba muy importante. Por órdenes suyas se comunicó al *camarada Trotsky*, a quien Vladimir Ilitch había encargado defender su punto de vista en el congreso dada su unidad de criterio sobre esta cuestión...”

El Instituto del Marxismo-Leninismo no cita esta carta, pero confirma su existencia y señala que Fotieva la envió al Buró Político el 16 de abril de 1923.

¹ Véase *Sotchinenija*, t. 45, pág. 607; FISHER, *La Vie de Lénine*; DEUTSCHER, *op. cit.*

² Carta citada por Trotsky, *op. cit.*, pág. 163. Las cursivas son nuestras.

IX

MAS VALE MENOS, PERO MEJOR

(Pravda, 4 de marzo de 1923)

“En lo que concierne al perfeccionamiento de nuestro aparato estatal, a mi juicio, la Inspección Obrera y Campesina no debe apresurarse ni correr tras la cantidad. Hasta hoy, hemos tenido tan poco tiempo para pensar y velar por la calidad de nuestro aparato estatal que sería legítima la preocupación de formarlo con un cuidado extremo, de concentrar en la Inspección Obrera y Campesina un material humano de alta calidad, es decir que no fuera a la zaga de los mejores modelos occidentales. Ciertamente, esto es demasiado modesto para una república socialista. Pero los primeros cinco años nos han llenado la cabeza de desconfianza y de escepticismo. A pesar nuestro, estamos inclinados a imbuirnos de este sentimiento ante aquellos que disertan demasiado y con demasiada facilidad, por ejemplo, sobre la «cultura proletaria»: para empezar, nos bastaría con poseer una auténtica cultura burguesa; para empezar, nos bastaría con librarnos de los tipos particularmente inveterados de la cultura preburguesa, es decir burocrática o feudal, etc. En esta materia, la precipitación y la temeridad son lo más nocivo. Muchos de nuestros jóvenes literatos y comunistas deberían metérselo bien en la cabeza.

Y ahora, en lo que concierne al aparato estatal, debemos extraer de la pasada experiencia esta conclusión de que es mejor proceder más lentamente.

Las cosas andan tan mal con nuestro aparato estatal, para no decir que son detestables, que primero nos es preciso reflexionar seriamente sobre la forma de combatir sus defectos; defectos que, no lo olvidemos, se remontan al pasado, el cual, ciertamente ha sido alterado pero no ha sido todavía abolido; no se trata de una fase cultural superada hace tiempo. Planteo aquí precisamente la cuestión de la cultura, porque en este orden de cosas sólo hay que considerar realizado aquello que ha penetrado en la vida cultural, en los modos de proceder y en las costumbres. Ahora bien, entre nosotros, lo que hay de bueno en nuestra organización social ha sido captado al vuelo, no puede ser menos meditado, comprendido, sentido, examinado, probado, confirmado por la experiencia, consolidado, etc. Ciertamente, no podía ser de otro modo en una época revolucionaria y con un desarrollo tan vertiginoso que, en cinco años, nos ha llevado del zarismo al régimen de los Soviets.

Ha llegado el momento de meditar. Hay que imbuirse de una desconfianza saludable hacia un ímpetu desmedido, hacia toda clase de jactancia, etc.; es preciso pensar en verificar las disposiciones que proclamamos a cada hora, que utilizamos a cada minuto y de las que demostramos a cada segundo la debilidad, el carácter inconsistente e ininteligible. Lo más nocivo, aquí, sería la precipitación. Lo más nocivo sería creer que es suficiente lo poco que sabemos, o • incluso creer que poseemos un número más o menos considerable de elementos para formar un aparato realmente nuevo, y que merezca de verdad el nombre de aparato socialista, soviético, etc.

No, este aparato no lo tenemos, y sólo poseemos un número ridículamente escaso de elementos que permitan crearlo. Y no debemos olvidar que para implantarlo no hay que economizar tiempo, y que esto llevará muchos, muchos, muchos años.

¿Qué elementos poseemos para crear este aparato? Únicamente dos. En primer lugar, los obreros exaltados por la lucha por el socialismo. No son lo suficiente instruidos. Desearían darnos un aparato mejor. Pero no saben cómo hacerlo. No están lo suficientemente formados, no poseen el nivel de cultura requerido. Ahora bien, para hacer esto es necesario precisamente tener cultura. En este caso, la solución no se puede alcanzar con un golpe de audacia o un asalto, con fortaleza o con bravura, o, en general, por medio de alguna de las mejores cualidades humanas, no importa cual

sea. En segundo lugar, poseemos elementos de conocimiento, de instrucción, de enseñanza, pero ridículamente escasos en relación a todos los otros países.

Es preciso no olvidar que todavía estamos demasiado inclinados a querer suplir este saber (o a imaginarnos que se puede suplir) con el celo, la precipitación, etc.

Para renovar nuestro aparato estatal debemos asignarnos a toda costa la tarea siguiente: primero, instruirnos; segundo, instruirnos más; tercero, seguirnos instruyendo. Después, cuidar de que el saber no quede entre nosotros como letra muerta o como una frase de moda (lo que, reconozcámoslo, nos sucede muy a menudo); que el saber penetre auténticamente en el espíritu, se convierta en parte integrante de nuestra vida, plena y efectivamente. En resumen, es preciso que exijamos otra cosa que lo que exige la burguesía de la Europa occidental, saber lo que es digno y conveniente de exigir en un país que se propone convertirse en un país socialista.

Conclusión: debemos hacer de la Inspección Obrera y Campesina un instrumento de mejoramiento de nuestro aparato estatal, una institución verdaderamente ejemplar.

Para que pueda alcanzar el nivel deseado es preciso atenerse a la regla: si es necesario recomencemos veinte veces la tarea.

Para esto, es preciso que todo lo que haya realmente de mejor en nuestro régimen social se emplee con el máximo de prudencia, de reflexión y de competencia, para crear este nuevo comisariado del pueblo. Para esto, es preciso que los mejores elementos de nuestro régimen social, a saber: los obreros avanzados, primero, y, en segundo lugar, los elementos realmente instruidos, de los que se pueda garantizar que no creerán nada por las buenas y que no pronunciarán una sola palabra que sea contraria a su conciencia, sin temer concienciar las dificultades, cualesquiera que sean, y no retrocediendo ante nada para alcanzar el objetivo que se habrán fijado seriamente.

Hace cinco años que nos esforzamos en perfeccionar nuestro aparato estatal. Pero no ha sido más que una vana agitación que, en estos cinco años, nos ha demostrado simplemente que era ineficaz, incluso inútil, para no decir perjudicial. Esta vana agitación nos daba una apariencia de trabajo; en realidad, cebaba nuestras instituciones y nuestros cerebros.

Es necesario, al *fin*, que esto cambie.

Es preciso adoptar esta regla: más vale menos, pero mejor. Es preciso adoptar esta regla: más vale dentro de dos años, o incluso de tres, que precipitar las cosas sin esperanza alguna de formar un buen material humano.

Sé que será difícil observar esta regla y aplicarla en nuestra situación. Sé que la regla contraria se abrirá camino entre mil vueltas y revueltas. Sé que va a ser preciso oponer una resistencia formidable, que se tratará de dar muestras de una perseverancia prodigiosa; que esta tarea, al menos en los primeros años, será terriblemente ingrata. Y, sin embargo, estoy convencido de que sólo así llegaremos a nuestro objetivo y sabremos, una vez éste alcanzado, fundar una república auténticamente digna del nombre de República Socialista, Soviética, etc., etc., etc.

Es probable que muchos lectores hayan encontrado insuficientes las cifras que he citado a título de ejemplo en mi primer artículo.¹ Estoy convencido de que se pueden presentar muchos cálculos para demostrar la insuficiencia de estas cifras. Pero creo que por encima de todos los cálculos posibles e imaginables, debemos colocar una cosa: una calidad auténticamente ejemplar.

Estimo que ha llegado el momento justo en que debemos ocuparnos como es debido, con toda la gravedad requerida, de nuestro aparato estatal, y en que la precipitación sería quizá lo que causaría el peor daño. Por eso me inclino a prevenir en contra de un aumento de estas cifras. Muy al contrario, creo que en este caso hay que mostrarse particularmente avaro en cifras. Hablemos claro. El comisariado del pueblo de la Inspección Obrera y Campesina no goza en la actualidad ni de una sombra de prestigio. Todo el mundo sabe que no existen instituciones peor organizadas que las que dependen de nuestra Inspección Obrera y Campesina, y que en las condiciones actuales no se puede exigir nada de este comisariado. Es preciso tener esto muy presente si realmente queremos llegar a constituir, de aquí a unos años, una institución que, en primer lugar, sea ejemplar, en segundo lugar inspire a todos una confianza absoluta, y, por último, demuestre a todos y a cada uno que hemos

¹ “¿Cómo reorganizar la Inspección Obrera y Campesina?”

justificado realmente las actividades de esta alta institución que es la Comisión Central de Control. En mi opinión, todas las normas generales del personal de sus administraciones deben ser proscritas de golpe y sin recurso. Debemos escoger los cuadros de la Inspección Obrera y Campesina con un cuidado particular, sometiéndoles al más riguroso examen, y de ninguna otra manera. En efecto, ¿para qué instituir un comisariado del pueblo en que el trabajo se hiciera medianamente, y que, de nuevo, no inspirara la menor confianza, y cuya opinión no tuviera más que un ínfima autoridad? Creo que nuestra tarea principal es evitarlo cuando realicemos la reorganización que proyectamos en la actualidad.

Los obreros que designemos como miembros de la Comisión Central de Control deben ser comunistas irreprochables, y creo que será preciso consagrarles un largo esfuerzo para enseñarles los métodos y los objetivos de su tarea. Después, se precisará un número determinado de personal auxiliar, al que se tendrá la precaución de someter a un triple control antes de su admisión. Por último, aquellos de los postulantes que decidamos, a título excepcional, encuadrar de entrada en la Inspección Obrera y Campesina, deberán reunir las condiciones siguientes:

- primera, serán recomendados por varios comunistas;
- segunda, pasarán una prueba en la que demuestren que conocen nuestro aparato estatal;
- tercera, pasarán una prueba en la que demuestren que conocen los elementos de la teoría relativa a nuestro aparato estatal, los principios de la ciencia administrativa, la contabilidad, etc.;
- cuarta, deberán actuar en buena inteligencia con los miembros de la Comisión Central de Control y con su propio secretariado, de forma que podamos responder del buen funcionamiento de todo el aparato.

Reconozco que éstas son unas condiciones fuera de serie, y dudo mucho que la mayoría de los «prácticos» de la Inspección Obrera y Campesina no las declaren irrealizables, o no las acojan con una sonrisa desdeñosa. Pero, a cualquiera de los dirigentes actuales de la Inspección Obrera y Campesina o de las personas vinculadas a este comisariado, les pregunto: ¿puede alguno de ellos decirme francamente cuál es la utilidad práctica de este comisariado del pueblo que es la Inspección Obrera y Campesina? Creo que esta pregunta les permitirá encontrar el sentido de la medida. O bien no vale la pena proceder a la reorganización —hemos visto tantas cosas— de esta empresa desesperada que es la Inspección Obrera y Campesina; o bien es realmente preciso imponerse la tarea de crear por medio de un esfuerzo lento, difícil, desacostumbrado y no sin recurrir a numerosas comprobaciones, algo auténticamente ejemplar, susceptible de inspirar respeto a todos y a cada uno de nosotros, no por la única razón de que títulos y grados obligan.

Si no nos armamos de paciencia, si no se consagra a esta obra varios años, es mejor no emprenderla.

Creo que entre los establecimientos que ya hemos concebido, en lo tocante a institutos superiores del trabajo, etc., hay que escoger un mínimo, comprobar si están organizados con toda la seriedad requerida, y seguir la tarea, pero sólo de modo que esté realmente a la altura de la ciencia moderna y nos beneficie de todas sus adquisiciones. A partir de esto, ya no será una utopía esperar tener, dentro de algunos años, una institución que esté capacitada para desempeñar su tarea, es decir perfeccionar nuestro aparato estatal con método, sin desfallecimiento y gozando de la confianza de la clase obrera, del partido comunista de Rusia y de toda la población de nuestra República.

La acción preparatoria podría comenzar desde ahora. Si el comisariado de la Inspección Obrera y Campesina aceptara el plan de esta reforma, podría iniciar de inmediato los preparativos y seguir actuando sistemáticamente para llevarlos a buen fin, sin apresurarse y sin negarse a rehacer lo que haya sido hecho ya una vez.

Las medias tintas serían en este caso perjudiciales al máximo. Todas las consideraciones de otro orden que se pudieran hacer a propósito de los efectivos de la Inspección Obrera y Campesina estarían, en realidad, basados en los viejos principios burocráticos, en los viejos prejuicios, en aquello que ya ha sido condenado y que provoca la burla pública, etc.

En suma, la cuestión se plantea así:

O bien demostrar, desde ahora, que hemos adquirido conocimientos serios en materia de construcción del Estado (no está vedado aprender algo en cinco años); o bien no estamos maduros todavía para esto y, entonces, no vale la pena encargarse de ello.

Creo que con el material humano de que disponemos no será inmodesto presumir que ya sabemos bastante como para poder reconstruir de nuevo, con método, al menos un solo comisariado del pueblo. Es cierto que este solo comisariado debe dar la medida del conjunto de nuestro aparato estatal.

Abrir de inmediato un concurso para la redacción de dos o más manuales sobre la organización del trabajo en general y especialmente de la administración.

En primer lugar, podría tomarse como base el libro de Iermanski, aunque, dicho sea entre paréntesis, este autor simpatice en forma claramente manifiesta con el menchevismo y sea incapaz de redactar un manual que pueda convenir al poder de los Soviets. Después, se podría tomar por base la obra recientemente aparecida de Kerjentssev; por último, se podrían aprovechar al^{gunos} otros manuales que tratan diversos aspectos de la cuestión.

Enviar algunas personas expertas y concienzudas a Alemania o a Inglaterra, para recoger documentación y estudiar el problema. He dicho Inglaterra para el caso en que el viaje a Estados Unidos o al Canadá fuera imposible.

Nombrar una comisión encargada de elaborar el programa preliminar de los exámenes a que deben someterse las personas que soliciten un puesto en la Inspección Obrera y Campesina; al igual que para los solicitantes de puestos en la Comisión Central de Control.

Estas actividades y otras parecidas no importunarán, por supuesto, al comisario del pueblo ni a los miembros del colegio de la Inspección Obrera y Campesina, ni al presidium de la Comisión Central de Control.

Paralelamente, será necesario designar una comisión preparatoria encargada de encontrar candidatos a los puestos de miembros de la Comisión Central de Control. Espero que para estos puestos tendremos en la actualidad un número de candidatos más que suficientes, tanto entre los colaboradores experimentados de las administraciones como entre los estudiantes de nuestras escuelas soviéticas. No sería muy razonable excluir por anticipado a tal o cual categoría. Probablemente nos será necesario dar la preferencia a un personal variado para esta institución, en el que debemos buscar una síntesis de numerosas cualidades, de méritos diversos. De forma que será preciso un gran esfuerzo para redactar la lista de los candidatos. Sería indeseable en extremo que este nuevo comisariado se formara según una norma única, digamos, el tipo de funcionario, o eliminando el tipo de agitador, los hombres cuyo rasgo distintivo es la sociabilidad o la facultad de penetrar en los medios poco familiares a este género de colaboradores, etc.

Creo que expresaría mejor mi pensamiento comparando mi plan con instituciones de carácter académico. Los miembros de la Comisión Central de Control examinarán regula-intente, bajo la dirección de su presidium, todos los dosiers y documentos del Buró Político. Por otra parte, deberán repartir su tiempo en forma racional entre las diversas tareas de comprobación de los sistemas administrativos de nuestras instituciones, desde las *más* pequeñas y menos importantes hasta las grandes administraciones del Estado. Por último, deberán estudiar también la teoría, es decir la teoría de la organización del trabajo al que tienen intención de dedicarse; deberán incluso efectuar ejercicios prácticos bajo la dirección de camaradas experimentados o de profesores de los institutos superiores de la organización del trabajo.

Pero creo que no tendrán ocasión de limitarse a esta actividad puramente académica. Necesitarán prepararse, por otra parte, para funciones que no dudaría en llamar de preparación para la caza, no diré de rateros, pero algo de este tipo, y para la invención de ardidés destinados a disimular sus campañas, sus marchas y contramarchas, etc.

En las instituciones de la Europa occidental, semejantes proposiciones provocarían una indignación inaudita, un sentimiento de protesta moral, etc.; pero confío en que todavía no estemos burocratizados hasta este extremo. La *Nep* no ha adquirido aún entre nosotros una reputación tal para que pueda ofender la idea de atrapar a alguien. Hace tan poco que ha sido edificada nuestra

República de los Soviets y hay un tal batiburrillo que nadie pensará en irritarse ante la idea de que en este fárrago se realicen pesquisas con ayuda de ciertos ardidés y de sondeos que algunas veces apunten a fuentes bastante lejanas o se realicen por caminos indirectos. Y si alguien pensara hacerlo, puede tenerse la seguridad que todos nos reiríamos de buena gana.

Nuestra nueva Inspección Obrera y Campesina, esperamos, dejará muy lejos tras de sí esta cualidad que los franceses denominan *pruderie*,² y que podríamos llamar afectación ridícula o ridícula ostentación, y que hace en forma superior el juego a toda nuestra burocracia, tanto de nuestras instituciones soviéticas como de las organizaciones del Partido, puesto que, dicho sea entre paréntesis, la burocracia existe tanto en unas como en otras.

Si he escrito más arriba que debíamos instruirnos y seguir instruyéndonos en las escuelas superiores de organización del trabajo, etc., esto no significa ni remotamente que conciba esta «enseñanza» a la manera escolar o que me limite a la idea de una enseñanza escolar. Confío en que un auténtico revolucionario no sospechará que haya renunciado aquí a entender por «enseñanza» una broma semidivertida, una añagaza, una buena jugada o algo por el estilo. Sé que en un Estado estirado y circunspecto de la Europa occidental esta idea habría provocado auténtico horror; ningún funcionario que se respete habría consentido siquiera en discutida. Pero confío en que nosotros no estemos todavía burocratizados hasta este punto y en que la discusión de esta idea sólo provoque buen humor entre nosotros.

En efecto, ¿por qué no unir lo agradable a lo útil? ¿Por qué no aprovechar una broma divertida o semidivertida para sorprender alguna cosa ridícula, algo dañoso, o semirridículo, semidañoso, etc.?

Me parece que nuestra Inspección Obrera y Campesina ganará mucho tomando en cuenta estas consideraciones y que la lista de los casos en que nuestra Comisión Central de Control o sus colegas de la Inspección Obrera y Campesina han conseguido algunas de sus victorias más brillantes se enriquecerá con numerosos éxitos de nuestros futuros inspectores y fiscalizadores, en aspectos que no es demasiado cómodo mencionar en manuales decorosos y circunspectos.

¿Cómo puede unirse una institución del Partido con una administración soviética? ¿No hay en ello algo inadmisibile?

No planteo esta cuestión en nombre propio sino en nombre de aquellos a quienes he aludido más arriba al decir que tenemos burócratas no sólo en nuestras administraciones soviéticas sino también en las organizaciones del Partido.

En efecto, ¿por qué no reunir unas instituciones con las otras cuando el interés de la cosa lo exige? ¿Es que nadie se ha dado cuenta jamás de que, por ejemplo, en un comisariado del pueblo como el de asuntos exteriores una tal reunión es extremadamente útil y se practica desde su fundación? ¿Acaso el Buró Político no discute, desde el punto de vista del Partido, multitud de cuestiones, grandes y pequeñas, relativas a nuestras «contramanoobras» en respuesta a las «manoobras» de las potencias extranjeras, a fin de prevenir para decirlo cortésmente, alguna artimaña por su parte? ¿Acaso no es una fuente inmensa de energía en nuestra política la alianza flexible del elemento administrativo y del elemento del Partido? Creo que lo que ha demostrado su valía y se ha consolidado en nuestra política exterior y ha pasado a ser una costumbre hasta el punto de no suscitar la menor duda en la materia, no sería menos conveniente (e incluso mucho más, en mi opinión) para el conjunto de nuestro aparato estatal. Ahora bien, la Inspección Obrera y Campesina debe tomar en consideración justamente nuestro aparato estatal en su totalidad, y su actividad debe incidir sobre todas las instituciones del Estado sin excepción, locales, centrales, comerciales, puramente administrativas, escolares, teatrales, etc., en una palabra, todas, sin la menor excepción.

¿Por qué entonces en el caso de una institución de esta envergadura y que, por otra parte, exige una flexibilidad extraordinaria en sus formas de actividad, por qué entonces no admitir en su caso una fusión particular del organismo de control del Partido con el del Estado?

Para mí no habría ningún inconveniente. Es más: creo que esta fusión constituye la única fianza que garantice una actividad fecunda. Creo que todas las dudas a este respecto emanan de los

² En francés en el texto.

rincones más polvorientos de nuestro aparato estatal y que no merecen otra cosa que ser puestas en ridículo.

Otra duda: ¿es conveniente asociar los estudios al ejercicio de una función? Me parece que no sólo es conveniente sino necesario. En general, a pesar de toda nuestra actitud revolucionaria ante los principios que rigen los Estados occidentales, éstos han logrado inocularnos una serie de prejuicios de lo más perjudicial y ridículo. En cierta medida este contagio proviene también de nuestros amables burócratas que nos lo han pasado a sabiendas, con la esperanza muchas veces de poder pescar en las aguas revueltas de estos prejuicios. Y han pescado en estas aguas revueltas hasta tal punto que sólo los ciegos impenitentes no se han dado cuenta de cuán ampliamente se practicaba esta pesca.

En toda la esfera de las relaciones sociales, económicas y políticas somos «terriblemente» revolucionarios. Pero en lo que concierne a la jerarquía y al respeto de las formas y prácticas del proceso administrativo, nuestro «revolucionarismo» cede constantemente su lugar al espíritu de rutina más enmohecido. En este caso puede constatarse un fenómeno del más alto interés, saber que en la vida social el más prodigioso salto adelante va unido con frecuencia a una monstruosa indecisión ante los menores cambios.

Esto se concibe porque los pasos adelante más audaces pertenecían, desde muy antiguo, al dominio de la teoría, a un dominio cultivarlo principalmente, incluso casi exclusivamente, en el plano teórico. Asqueado de la abominable realidad burocrática, el ruso aligeraba su corazón construyendo andamiajes de sistemas eminentemente audaces; y ésta es la razón por la que estos sistemas eminentemente audaces adquirirían en nuestro país un carácter extraordinariamente estrecho. Se veía coexistir la osadía en las construcciones de orden general con una sorprendente timidez ante la más insignificante de las reformas administrativas. La idea de una prodigiosa revolución agraria universal se elaboró con una audacia desconocida en los otros países; y al lado de esto, se carecía de imaginación para realizar una reforma administrativa de décimo orden; se carecía de imaginación o de paciencia para aplicar a esta reforma los principios generales que, en lo tocante a los problemas de orden general, daban tan «brillantes» resultados.

He aquí la razón de que nuestra vida presente reúna en forma sorprendente rasgos de audacia pasmosa y una tal indecisión de pensamiento ante los cambios más insignificantes.

Creo que siempre ha sido así en todas las revoluciones auténticamente grandes, ya que éstas nacen de las contradicciones entre lo viejo, la tendencia a retocar lo viejo y la tendencia más abstracta hacia lo nuevo, nuevo hasta el extremo de no contener ni un ápice del pasado.

Y cuanto más radical es esta revolución más tiempo subsistirán estas contradicciones.

El rasgo que caracteriza nuestra vida actual es éste: hemos destruido la industria capitalista, nos hemos dedicado a demoler a fondo las instituciones medievales, la propiedad señorial, y, sobre esta base, hemos creado el pequeño y el minúsculo campesinado que sigue al proletariado, confiado en los resultados de su acción revolucionaria. Sin embargo, con esta sola confianza no nos es fácil sostenernos hasta la victoria de la revolución socialista en los países más avanzados: ya que el pequeño y el minúsculo campesinado, sobre todo bajo la *Nep*, queda, por necesidad económica, a un nivel de productividad bajo en extremo. Por lo demás, la situación internacional hace que Rusia haya retrocedido; que en el conjunto la productividad del trabajo nacional sea ahora sensiblemente menos elevada que antes de la guerra. Las potencias capitalistas de Europa occidental, en parte a sabiendas y en parte instintivamente, han hecho todo lo posible para retrasarnos, para aprovechar la guerra civil en Rusia en vistas de arruinar al máximo nuestro país. Precisamente una salida de este tipo a la guerra imperialista les parecía ofrecer, sin duda, muchas ventajas. Si no derrocamos el régimen revolucionario de Rusia, al menos entorpeceremos su evolución hacia el socialismo, así era como razonaban, más o menos, estas potencias y, desde su punto de vista, no podían razonar de otro modo. A fin de cuentas han cumplido la mitad de su tarea. No han derrocado el nuevo régimen instaurado por la Revolución, pero no le han permitido tampoco dar de inmediato un paso adelante tal que haya justificado las previsiones de los socialistas, que les haya permitido desarrollar a un ritmo extremadamente rápido las fuerzas productivas, que les haya permitido desarrollar todas las posibilidades cuyo conjunto hubiera formado el socialismo y demostrar a todos y a cada uno con

toda claridad, palmariamente, que el socialismo implica fuerzas inmensas y que la humanidad ha pasado ahora a una nueva etapa de desarrollo que comprende perspectivas extraordinarias brillantes.

El sistema de relaciones internacionales es ahora de tal especie que en Europa un Estado, Alemania, está subyugado por los vencedores. Entonces, varios Estados, entre los más viejos de Occidente, se encuentran, a consecuencia de la victoria, en condiciones que les permiten aprovechar la ocasión para hacer ciertas concesiones a sus clases oprimidas, concesiones, que, aunque mediocres, retardan el movimiento revolucionario en estos países y crean una apariencia de «paz social».

Por otra parte, buen número de países, los de Oriente, la India, China, etc., precisamente a causa de la última guerra imperialista, han sido desviados definitivamente de su camino. Su evolución se orienta definitivamente hacia el derrotero general del capitalismo europeo. Ha empezado en ellos la efervescencia que afecta a toda Europa. Y se ha hecho evidente al mundo entero que se han lanzado por un camino que no puede dejar de acabar en una crisis del conjunto del capitalismo mundial.

Por consiguiente, en la hora actual, nos enfrentamos con la siguiente pregunta: ¿sabremos sostenernos con nuestra pequeña y minúscula producción campesina, con el estado de deterioro de nuestro país, hasta el día en que los países capitalistas de la Europa occidental hayan consumado su desarrollo hacia el socialismo? Pero no lo consuman como antes creíamos. Lo consuman, no a través de una «maduración» regular del socialismo entre ellos, sino al precio de la explotación de ciertos Estados por otros, de la explotación del primer Estado vencido en la guerra imperialista, explotación unida a la de todo el Oriente. Por otra parte, precisamente a consecuencia de esta primera guerra imperialista, el Oriente ha entrado definitivamente en el movimiento revolucionario, y ha sido definitivamente arrastrado al torbellino del movimiento revolucionario mundial.

¿Qué táctica impone esta situación a nuestro país? Evidentemente la siguiente: debemos dar muestras de la mayor prudencia, a fin de conservar nuestro poder obrero, de mantener bajo su autoridad y bajo su dirección a nuestro pequeño y minúsculo campesinado. Tenemos la ventaja de que el mundo entero, desde ahora, es arrastrado a un movimiento que debe engendrar la revolución socialista universal. Pero también tenemos la desventaja de que los imperialistas han conseguido escindir el mundo en dos campos; y esta escisión se complica por el hecho de que Alemania, país en que el capitalismo está realmente evolucionado, sólo podría hoy recuperarse muy difícilmente. Todas las potencias capitalistas de lo que se denomina el Occidente la despedazan y le impiden recuperarse. Por otra parte, todo el Oriente, con sus centenares de millones de trabajadores explotados, reducidos al último extremo, está en tales condiciones que sus fuerzas físicas y materiales no resistirían de ningún modo la comparación con las fuerzas físicas, materiales y militares de cualquier Estado, por mucho menor que fuera, de la Europa occidental.

¿Podemos conjurar el futuro choque con estos países imperialistas? ¿Podemos confiar en que los antagonismos y los conflictos internos entre los países imperialistas prósperos de Occidente y los países imperialistas prósperos de Oriente nos concederán por segunda vez una tregua, como lo han hecho la primera vez, cuando la cruzada emprendida por la contrarrevolución occidental en ayuda de la contrarrevolución rusa fracasó a consecuencia de las contradicciones que existían en el campo de los contrarrevolucionarios de Occidente y de Oriente, en el de los explotadores orientales y de los explotadores occidentales, en el de Japón y de Estados Unidos?

Me parece que a esta pregunta hay que responder que la solución depende en este caso de un enorme número de factores; lo que permite, en suma, prever el resultado de la lucha, es el hecho de que a fin de cuentas el propio capitalismo instruye y educa para la lucha a la inmensa mayoría de la población del globo.

El resultado de la lucha depende en último término del hecho de que Rusia, India, China, etc., forman la inmensa mayoría de la población del globo. Y es justamente esta mayoría de población la que, desde hace algunos años, es impulsada con una rapidez increíble a la lucha por su liberación. A este respecto, no podría haber ni una sombra de duda en cuanto al resultado final de la lucha a escala mundial. En este sentido, la victoria definitiva del socialismo está absoluta y plenamente asegurada.

Pero lo que nos atañe aquí no es de ningún modo esta victoria final del socialismo. Lo que nos

atañe es la táctica que debemos seguir nosotros, Partido Comunista de Rusia, nosotros, poder de los Soviets de Rusia, para impedir que nos aplasten los Estados contrarrevolucionarios de la Europa occidental. Para que podamos subsistir hasta el próximo conflicto militar entre el Occidente imperialista contrarrevolucionario y el Oriente revolucionario y nacionalista, entre los Estados más civilizados del mundo y los países atrasados como los de Oriente, que, sin embargo, constituyen la mayoría, es preciso que esta mayoría tenga tiempo para civilizarse. Nosotros tampoco, nosotros no somos lo bastante civilizados para poder pasar directamente al socialismo, aunque poseamos las premisas políticas. Debemos seguir esta táctica o bien adoptar para nuestra salvación la política siguiente.

Debemos esforzarnos en construir un Estado en el que los obreros sigan ejerciendo la dirección sobre los campesinos, conserven la confianza de estos últimos y, por medio de una economía rigurosa, destierren de todas las esferas de la vida social el menor exceso.

Debemos realizar el máximo de economías en nuestro aparato estatal. Debemos desterrar de él todo vestigio de excesos que le ha dejado en tal cantidad la Rusia zarista, su aparato capitalista y burocrático.

¿No *será* acaso esto el reinado de la mediocridad campesina?

No. Si conservamos a la clase obrera su dirección sobre el campesinado, podremos, a costa de una economía de las más rigurosas en la gestión de nuestro Estado, emplear todas las cantidades economizadas para desarrollar nuestra gran industria mecanizada, la electrificación, la extracción hidráulica de la turba, para terminar de construir la central hidroeléctrica del Volkhov, etc.

Ahí, y sólo ahí, están nuestras esperanzas. Sólo entonces podremos, para emplear una imagen, cambiar de caballo, abandonar el penco del campesino, del mujik, renunciar a las economías indispensables en un país agrícola arruinado, y montar en el caballo que busca y no puede dejar de buscar el proletariado, a saber, la gran industria mecanizada, la electrificación, la central hidroeléctrica del Volkhov, etc.

He ahí cómo vinculo en mi espíritu el plan de conjunto de nuestro trabajo, de nuestra política, de nuestra táctica, de nuestra estrategia, a las tareas de la Inspección Obrera y Campesina reorganizada. He ahí lo que justifica a mis ojos el cuidado excepcional, la atención sostenida que debemos dedicar a la Inspección Obrera y Campesina, situándola a una altura excepcional, confiriendo a sus dirigentes los derechos del Comité Central, etc., etc.

He aquí la justificación: sólo depurando al máximo nuestro aparato, reduciendo al máximo todo lo que no es absolutamente necesario, podremos sostenernos en forma infalible. Y esto, no al nivel de un país de pequeña agricultura campesina, no al nivel de esta estrechez generalizada, sino a un nivel que se eleva cada vez más hacia la gran industria mecanizada.

Estas son las grandes tareas que sueño para nuestra Inspección Obrera y Campesina. He ahí por qué proyecto para ella la fusión del organismo supremo del Partido con un «simple» Comisariado del Pueblo.

2 de marzo de 1923.

Lenin.”

(Traducción francesa: *Oeuvres*, Editions Sociales, París, t. 33, págs. 501-517.)

NOTA SOBRE LA ENFERMEDAD DE LENIN A PARTIR DEL 10 DE MARZO DE 1923

La parálisis de la mitad derecha del cuerpo y la pérdida del habla sobrevenidas el 10 de marzo parecían tan alarmantes que el gobierno decidió revelar la gravedad de la enfermedad. Los *Izvestija* publicaron desde entonces un boletín diario sobre su salud. El 15 de mayo, Lenin es trasladado desde su aposento en el Kremlin a su residencia campestre de Gorki. Dos meses después, en el transcurso del mes de julio, parece realizarse un milagro: la salud de Lenin mejora de nuevo. Empieza a dar paseos, se ejercita en escribir con la mano izquierda. Incluso puede visitar al presidente del sovjoz local y pasar tres días con él.

Hacia el 10 de agosto se le permite leer. Recibe todos los días la *Pravda* y más tarde los *Izvestija* y otras publicaciones. Pronto podrá emprender la lectura de libros de los que se le prepara una lista. Habitualmente es Krupskaya quien le lee los artículos de los periódicos y acaso los pasajes de los libros que él le señala, ya que Lenin no está ni remotamente restablecido por completo. Por este motivo, es sorprendente que lograra hacer aceptar a los que le rodean el viaje que emprende el 18 de octubre. Se traslada a Moscú, va al Kremlin en coche y parte de nuevo para recorrer las calles y visitar los terrenos de la exposición agrícola. Regresa a continuación a su gabinete de trabajo, permanece silencioso en él durante largo rato, recoge algunos libros de su biblioteca y regresa a Gorki.

Entre el 14 de noviembre y el 16 de diciembre, van a visitarle Bukharin, Preobrajensky, Skvortsov-Stepanov, Krestinsky, Pjatnitsky y el redactor de *Krasnaja Nov'*, Voronskij. Le hablan de los asuntos corrientes y le dan cuenta de noticias que Lenin escucha con atención, pero no parece que hubiera recobrado el uso de